

## UN ARBITRIO

PARA GOBERNAR Á ESPAÑA.

## INTRODUCCION.

Sabido es que en los siglos XVI y XVII se presentaron muchos memoriales al Rey proponiendo á Su Majestad diferentes *arbitrios*, para remediar los males políticos y económicos que á la Nacion aquejaban, principalmente la despoblacion, la decadencia de las fábricas y la salida del numerario y toda forma de metales preciosos. Dignos son de leerse aquellos escritos, todos por bien intencionados, por curiosos muchos, por ingeniosos algunos, por practicable muy pocos. Esto último ha dado motivo á que se conserven tales arbitrios como objetos de curiosidad más que de provecho en la historia de la economia politica, y de que se haya dado á sus autores el nombre de *arbitristas*, voz cuya terminacion, mirando á la indole y analogias de nuestra lengua, no arguye mucho aprecio ni gran consideracion para con ellos. Sin arredrarme por ese antecedente, he elegido el titulo de *un arbitrio* como castizo y propio para expresar mi pensamiento: que no va vinculada en el titulo la calidad buena ó mala de lo que se arbitra, ni es aquella acepcion irónica esencial á su significado, ni con titularlo de otro modo se conseguiria hacer cosa mejor, como en sí no lleve el proyecto algo de útil y de realizable. Y como quiera que mi intencion es, lo mismo que la de aquellos honrados arbitristas, patriótica y derecha, estoy dispuesto á aceptar sin repugnancia el dictado de «*un arbitrista más.*»

Mi empeño ha sido buscar, y creo haber hallado, un medio de acabar con la *empleomanía* y sus funestas consecuencias.

Algunas personas de claras luces y profundo saber, á quienes he comunicado mi pensamiento, lo califican de nuevo y de atrevido. Ambas calificaciones admito, no como laudatorias, que nada tienen de eso, sino como exactas. Es nuevo, porque, en verdad, tampoco ha llegado á mi noticia nada semejante, ni he tomado de ninguna parte la idea, que nació en mi mente, entera y espontánea. Y puede llamársele atrevido, porque decir verdades sin reserva ni miramiento, lo mismo que proponer remedios como los que yo propongo para curar los males de la Patria, es oficio peligroso y nada lucrativo y

tomarse un trabajo que no ha de tener más premio que la satisfaccion de la conciencia por haber cumplido un deber.

Para atreverse á tanto, es necesario hacer un gran esfuerzo de voluntad, salir de esta atmósfera sofocante de egoismo y pequeñez en que vivimos, y elevarse á las alturas de la moral, donde se respira el aire puro y regenerador de la abnegacion y el patriotismo. Para proponer un plan de esta índole, es requisito indispensable en el proponente no pensar ni haber pensado nunca en ser hombre politico, ni diputado, ni ministro, y cifrar toda su ambicion en que el plan se realice, siquiera ignore todo el mundo quién lo inventó; pues dicho se está que el que ponga el dedo en la llaga y discurra su remedio, queda *ipso facto* incapacitado para aplicarlo.

Esto sólo está al alcance de quien, habiendo llegado á ser ministro por los procedimientos acostumbrados se sienta poseido de una ambicion verdaderamente grande y patriótica; tenga la fortaleza bastante para romper las ligaduras de la rutina y apartarse de la estéril y ociosa lucha de los partidos *politicos*; se desprenda del espíritu de egoismo y bandería que empequeñece y anula tantas inteligencias, y se decida á quemar sus naves y á lanzarse á la empresa con ánimo de conquistar gloria imperecedera ó de sucumbir en la demanda.

La empresa es árdua, pero no imposible, si un verdadero hombre de gobierno, con la ayuda y apoyo de cuantos buenos patriotas sienten la absoluta necesidad de acometerla, se apercibe á la lucha, que ha de ser tenaz y reñida. Porque son muchas las preocupaciones que hay que combatir, muchos los errores que desvanecer; muchos los abusos que reprimir, infinitos los intereses bastardos y las ambiciones criminales que lastimar.

Fuerte y empeñada ha de ser la resistencia de los que vean desconcertadas sus cábalas y muertas sus esperanzas con este arbitrio; pero, más que vencer á estos enemigos, importa sacar de su error á muchos hombres de buena fe, que por falta de energia se contentan con lamentar el mal y se asustan ante el rigor del único procedimiento capaz de extirparlo. Esos hombres honrados repiten sin espantarse las palabras de cierto eminente estadista, quizá el primero que ha tenido España en el último tercio de siglo, quien dijo que el presupuesto es «*la olla de los pobres.*» Esos mismos hombres han leído sin escándalo, en un periódico demócrata y nivelador si

los hay, que es menester irse con tiento en eso de condenar la empleomanía, porque, según él, es «*la miseria de levita*,» sin que ni al articulista ni á sus lectores se les haya ocurrido dar á los pretendientes el sencillísimo y honrado consejo de que se quiten la *levita* y se pongan á trabajar. Esos hombres no reparan en que la empleomanía y el *socialismo*, cuyo sólo nombre los aterra, son una misma cosa, y es forzoso demostrarles que con su tolerancia y falta de brío se hacen cómplices de los socialistas. Me lisonjeo de que algunos de los razonamientos que van en el texto conducen á esa demostración y pueden allanar el camino á quien cuente con autoridad y decisión bastantes para llevar á cabo tan urgente reforma.

Si se contempla el tamaño del asunto, parecerá que he andado escaso en su exposición; pero yo he estimado oportuna sobriedad lo que podrá tildarse de menguado laconismo, y, atento sólo á dar á conocer los fundamentos de mi plan, dejo para cuando se haya aceptado por bueno, justo y útil, el pormenor de su ejecución y los procedimientos que tengo excogitados para llevarlo á efecto.

El capítulo I va dedicado á presentar en compendiado resumen el tráfico abusivo é inmoral que suele hacerse con los empleos públicos. Designo esta escandalosa aberración con el conocido nombre de *empleomanía*, á falta de otro más propio y comprensivo; porque «empleomanía», según la Academia, es «el afán con que se codicia un empleo público retribuido, tenga ó no tenga el pretendiente méritos para obtenerlo y aptitud para servirlo»; y yo con ese título no quiero denominar sólo aquel vicio de los pretendientes, sino también el más culpable de los que acceden á sus pretensiones, y el error todavía más trascendental que ha cundido en el común de las gentes acerca del asunto y el olvido total de los principios de justicia y buen gobierno, que es consecuencia de tal extravío. Si á alguien tacha de duras mis palabras ó de demasiado severas mis censuras, sepa, para no extrañarlo, que mi intención no es conquistar la benevolencia de los hombres políticos, sino echarles en cara sus malas mañas y afearles su conducta, para que se conviertan y enmienden aquellos en quienes quede algo de patriotismo; que mi propósito es levantar la conciencia pública contra los desmanes de la llamada *política*. Y en cuanto á la dureza de los términos, no concibo cómo puede un buen español contemplar los horribles padecimientos de la Patria sin que revelen dolor é indignación sus palabras; si hay quien á la vista de tal desgracia sea capaz de tanto comedimiento, cuente con mi admiración, pero esté seguro de que no le tengo envidia.

Tampoco aspiro á rivalizar en esa pintura de nuestras miserias con los muchos autores de nove-

las, comedias y cuadros de costumbres, que han empleado su ingenio en poner de relieve las flaquezas de los hombres políticos y en ridiculizar á los pretendientes. Ni por asomo puede compararse mi modesto trabajo con esos primores del arte, ni tampoco quisiera que se pareciese á ellos en sus efectos: con tan magistrales obras se consigue divertir al público por espacio de algunos minutos y conquistar el nombre de inspirado poeta ó de fino crítico: con estos renglones no pretendo que nadie ria ni que llore tampoco lágrimas estériles, sino que todo español honrado sienta su rostro encendido de vergüenza, y sacuda la pereza, y se desprenda del egoísmo, y piense en lo que debe á su patria.

En el capítulo II se examinan los diferentes medios propuestos y ensayados hasta ahora para atajar el daño, universalmente conocido y lamentado, y se trata de averiguar por qué han sido ineficaces todos ellos. A este propósito debo citar un folleto, titulado: *La cuestión de los empleos públicos en España, por un político con ganas de dejar de serlo*, opúsculo que llegó á mis manos cuando estaba ya escrito aquel capítulo y que no me ha obligado á reformar una sola letra de su texto, pues que estaba hecha en él la refutación previa de este, como la de los diversos procedimientos de su misma índole. Si no me engaño, y el autor se sirve leer lo que allí va dicho, habrá de convencerse de que para acertar con el remedio que busca no basta *tener ganas de dejar de ser político*; es necesario haber dejado de serlo totalmente, y mejor todavía, no haberlo sido nunca. Otro reparo me permitirá el autor que le haga: en la página 77 de su estimable escrito se deja llevar con un poco de inadvertencia del mal ejemplo del vulgo, é incurre en la inexactitud de aseverar que España es *la única nación del mundo* donde se dan esos escándalos. En mi librito (cap. I) va probado con citas auténticas que sucede otro tanto y mucho más en otras partes.

La definición del *arbitrio* con los fundamentos de derecho y las tradiciones nacionales que le sirven de base, van en el capítulo III. En él se dan á conocer los términos á que alcanzan los puntos esenciales de la reforma, la nueva condición á que se reduce el personal del servicio del Estado, y se presenta distintamente por cuadros respectivos la economía que ha de obtenerse en cada sección del presupuesto: mas sin entrar en todas las minuciosidades reglamentarias que habrán de acompañar á la reforma, por no hacer difuso el escrito con anticipados pormenores, como ya se ha dicho.

Con el título de *Sustitución*, se estudian algunas consideraciones importantes sobre el servicio del Estado en el capítulo IV.

El V se destina á enumerar las *ventajas* que han de lograrse con la aplicación de este arbitrio.

Y por último, en el VI he querido salir al encuentro de algunas de las *objecciones* que acaso se harán al proyecto, á aquellas que he podido presumir, sin que por eso tenga la jactancia de haberlas previsto todas. Y deseando que el pensamiento se depure y aquilate por medio de discusion amplia y razonada, enviaré un ejemplar de mi escrito á cada periódico, con la súplica de que, si alguno lo cree digno de atencion y estudio, tenga á bien franquear sus columnas para que en ellas se publiquen los reparos que á algun crítico puedan ocurrir, como tambien las réplicas y comentarios con que se tratará de satisfacer sus objeciones.

## CAPITULO PRIMERO.

### EMPLEOMANÍA.

Vocablo que tiene significaciones distintas, segun el carácter de las personas que lo pronuncian; achaque calificado de diversos modos con arreglo al criterio de quienes lo juzgan; llaga social, cuya vista excita varios sentimientos á medida de la conciencia de los hombres que profundizan su estudio. Todos hablan de ella en tono de censura; pero unos lo hacen por el mero gusto de maldecir y soltar la rienda á su humor festivo y satírico, sin más consecuencias; otros obedecen al prurito ruin de rebajar con bastarda fruicion el nombre de su patria, ponderando los grados que ha descendido nuestro carácter en la escala de la dignidad; quién denuncia la empleomanía como vicio funesto y vituperable, pero si va á buscarse el fondo de su intencion, pronto descubrimos que lo que le inquieta y provoca sus iras es la concurrencia de tantos competidores; pocos son los que lamentan de veras ese mal, miden con espanto su profundidad y trascendencia y buscan con patriótico empeño el modo de remediarlo.

A este número se jacta de pertenecer el autor de este *arbitrio*. A curar radicalmente esa vergonzosa lepra se dirigen sus esfuerzos.

Para pintar ese horrible cuadro no se necesitan dotes de inspirado artista, ni hay que imaginar grupos ni que inventar colores. Quien haya contemplado la antesala de un ministro, con más los corredores, los patios y avenidas del ministerio, inundados de pretendientes, en cualquiera de los dias que tan á menudo se suceden de cambios políticos ó personales en las regiones del poder; quien haya visto las mismas turbas de concurrentes en torno de los diputados; quien se haya mezclado, á fuer de observador, en sus ruidosos corrillos y oido los méritos que cada cual alega, y los valedores con que cuenta, y las promesas y esperanzas de que viene henchido, y las lecciones de táctica que ha estudiado, y la carta que ostenta el uno y la tar-

jeta doblada de un modo convencional y misterioso que muestra el otro, y la audacia, la destreza ó la humildad con que esotro se empeña en amansar la fiereza de los porteros; quien haya tomado datos estadísticos de las empresas de ferro-carriles ó de las casas de huéspedes para formar idea del aumento de poblacion que tiene Madrid en esos dias con las densas nubes de postulantes que, cual bandadas de buitres, acuden de todas las provincias á lanzarse sobre la codiciada presa; quien haya asistido á la batahola de una campaña electoral y podido enterarse de las intrigas, de los pactos, de las transacciones, de las promesas, de las amenazas, de las perfidias, de los ultrajes de todo género inferidos á la moral y á la dignidad humana en esas luchas de los modernos gladiadores, en esos conciliábulos de los mercaderes de política; quién tenga siquiera idea de esos escándalos, no necesita por cierto que nadie se esfuerce en ponderarle el asqueroso resumen de nuestras miserias.

Mas si por acaso hubiese álguien tan poco curioso ó tan alejado de esas bulliciosas escenas, que no hubiese podido observarlas por si mismo, fácilmente hallará su perfecta descripcion en los periódicos del partido vencido en cada una de sus luchas. Sin más que pasar la vista por una coleccion de cualquiera de ellos, correspondiente á los dias en que se dió la batalla, tendrá noticia cabal de todos los desmanes, de todas las supercherias, de todas las iniquidades, de todas las trampas, de todos los escándalos ocurridos, con el aditamento de pormenores biográficos interesantes, que acaban de dar idea de la moralidad de los hombres y de sus manejos. Pero téngase en cuenta y midase bien lo que he dicho: los periódicos que han de consultarse han de ser precisamente los de aquellos dias críticos, porque poco tiempo, muy poco, despues pudiera suceder que el periódico que censuró tan duramente á aquellas personas y con tal severidad calificó sus actos, se convierta de súbito en su panegirista por una de esas frecuentes transiciones, coaliciones ó transacciones que constituyen la parte más delicada, sublime y metafísica de la ciencia moderna, que eclipsa á todas las demas con sus sorprendentes peripecias.

Sucede tambien que al cabo de un año, ó quizá de un par de meses, el partido que ántes vimos derrotado, se ostenta vencedor en otro cambio de fortuna, y entónces los periódicos del bando opuesto nos ofrecen una reproduccion fiel de los mismos anatemas, idéntica ponderacion de las mismas abominaciones, sin más que cambiar los nombres propios y volver del reves los calificativos.

La sinceridad y la intencion patriótica con que mutuamente se prodigan esas acusaciones los hombres de partido, queden allá para sus conciencias:

lo que aquí nos importa reconocer es que se endilgan sendas verdades. Lo que nos cumple y nos duele saber, y se halla hartamente demostrado por lo que ellos se dicen y lo que todos vemos, es que el resultado práctico de tales manejos es el olvido total de la justicia, de la delicadeza y del deber; es la perversión más desastrosa de las ideas y de las costumbres; es hacer imposibles la administración y el gobierno.

Florez Estrada escribía en 1836:

«Entre los gastos más ruinosos que hay en el lujo de un gobierno, debe contarse el gran número de *sinecuristas* de toda especie, á título de funcionarios públicos, sobre todo en la administración de la hacienda pública. Cuantas más personas haya ocupadas en el manejo de los fondos públicos, más riesgo corren éstos de tener la suerte de aquellos rios cuyas aguas, destinadas por la naturaleza á fertilizar una vasta comarca, se pierden en estériles arenas.»

Más adelante, y al mismo propósito, cita estas palabras de autor más antiguo:

«El estar pobre la real Hacienda, fuente que debiera ser muy opulenta, según las muchas y excesivas cargas de tributos, no es falta de las contribuciones, culpa sí de las muchas sangrías que hacen manos por do pasan las contribuciones, y sin quitar la causa, aunque la tierra brotase plata, sería imposible no estar cada día el Real Patrimonio en mayor empeño, y los vasallos sin tener que empeñar.»

Y por último concluye el célebre economista con este notable aforismo:

«La multiplicación de agentes superfluos, además de gravar á la sociedad con gastos estériles, la priva de brazos industrioses.—(*Curso de Economía política.*)

Por más que tendrá siempre su valor esta magistratura á par que sencilla sentencia, habremos de convenir en que si Florez Estrada y su predecesor volvieran al mundo, se pararían avergonzados al contemplar los adelantos hechos desde entonces en ese camino, y comprenderían cuán cortos se quedaron en sus advertencias y calificaciones. Porque, en efecto, aquellos respetables críticos lamentaban con laudable intención que se multiplicase sin necesidad el número de agentes oficiales que vivían á costa del Erario, censuraban la falta de aptitud ó de pureza de algunos de ellos, y atribuían, sin expresarlo, su exceso, como también sus dañosas condiciones, al favor que influía malamente en su elección, dando todo por resultado el infiel manejo de los intereses públicos, con el doble perjuicio de apartar del trabajo honrado y útil á muchos, á algunos millares, si se quiere, de los que debieran con él contribuir á la riqueza nacional.

¿Cuál no sería, repito, su confusión al comparar la España de hoy con la de sus tiempos, y cuán pequeño les parecería el mal que tanto les escandalizaba al lado de lo que hoy verían con extático asombro!

Hoy nadie tiene tiempo ni poder para pensar en si los empleados públicos son ó nó aptos para desempeñar los puestos que se les confieren, ni entra esa consideración por nada en su nombramiento. Suele necesitarse, si, en algunos, cierta idoneidad para determinados oficios en interés personal de sus favorecedores, dotes de audacia y travesura para dirigir ó elaborar unas elecciones, por ejemplo: pero sin que esto tenga que ver en lo más mínimo con la administración pública; y, en todo caso, para obtener sus cargos han de ser deudos, asociados, clientes, favoritos, comensales ó ayudas de cámara de los que ocupan (con títulos semejantes) los altos puestos del gobierno.

Justo es, y grato también, confesar que entre los *sinecuristas* elegidos de esa manera nunca faltan algunos jueces probos, magistrados íntegros, funcionarios entendidos, celosos y respetables; pero estos son cabalmente los más expuestos á caer en desgracia y verse excluidos de la nómina oficial; y si se pregunta al ministro por qué ha destituido á uno de estos hombres dignos para colocar en su lugar á otro de muy distinta calidad, contestará con la mayor frescura que éste es propio para el puesto y aquél inconveniente por su misma rectitud, y que, á pesar de reconocer lo que valen ambos, ha tenido que hacer el cambio por *razones políticas*.

En cuanto al número de los empleados que se llaman *activos*, y que con más propiedad se calificarían diciendo *que cobran sueldo entero*, ese está limitado al parecer por la fórmula del presupuesto: pero en realidad por lo que dan de sí los bolsillos de los contribuyentes y la condescendencia de los prestamistas, amén de los ahorros que produce la insolvencia declarada de los más sagrados créditos.

Pero con saber todo esto no sabrían nuestros supuestos resucitados ni la mitad de los adelantos hechos en los últimos años. El verdadero progreso no puede estimarse con el solo examen de los asombrosos aumentos que han tenido las partidas del personal activo. Para medir toda su extensión tampoco bastan las del ejército de cesantes que crece cada día con los frecuentes cambios que *por razones políticas* experimenta ese personal. La verdadera expresión del adelanto está en decir que la cuarta parte de los españoles constituyen hoy una masa de verdaderos *sinecuristas*, parte empleados ahora mismo, parte cobrando cesantías, y éstos y los demás dedicados á buscar el modo de lanzar de sus puestos á los actualmente favorecidos, para ocuparlos ellos por otro poco de tiempo. Pero entre tanto, todos olvidados de trabajar en cosas útiles, todos decididos á vivir á costa de los demás.

Y este sistema, que ha llegado á constituir un modo de ser que cada día penetra más la esencia de la Nación entera, ha adquirido también una organi-

zacion digna de estudio, á manera de las leyes á que obedecen los planetas en la economía universal. Alrededor de los astros de primer orden describen sus órbitas otros de menor magnitud, que á su vez sirven de centro de atraccion á otros subalternos, cada cual rodeado de sus correspondientes satélites. Diferénciase empero el concierto celeste de este orden aparente, en el gran número de cometas excéntricos y errantes que vagan por el ancho espacio de la política y no entran en la sabrosa armonía del presupuesto, porque buenamente no caben tantos en el festin, por espléndido y abundante que sea. Y estos innumerables desheredados, en el curso errático de su agitacion vertiginosa, producen á cada paso violentos choqués y profundas perturbaciones, que en forma de pronunciamientos dan al traste con lo que óptimamente se llama *orden establecido*, ó, hablando en términos sublunares, derriban de sus empleos á los que están en el goce de su posesion, quienes por eso se irritan tanto contra el despojo y ponen el grito en el cielo porque hacen con ellos lo mismo que poco ántes hicieron ellos con otros.

En los primeros tiempos de estos trastornos, pudiera decirse, siguiendo el símil, que al desaparecer uno de estos sistemas siderales, aparecía otro formado de elementos propios y de antemano conocidos, con su correspondiente clasificacion y sus respectivas jerarquías. Dicho en otros términos: por entónces gozábamos en España la dicha de poseer dos ó tres partidos, porque, al decir de ciertos doctores, no hay cosa mejor, para tener dicha, abundancia y buen gobierno, que dividir á los españoles en unas cuantas banderías, que estén en perpétua lucha. Aquellos partidos se afanaban de continuo en derribarse y sustituirse alternativamente en el poder, y dicho se está que el triunfo de cada uno de ellos se señalaba principal ó quizá únicamente por el relevo de todos los empleados, desde los ministros hasta los porteros de las oficinas, por personas afiliadas al partido vencedor. Pero en esto, como en todo, se ha adelantado notablemente, porque el progreso no se detiene: y una vez proclamada la excelencia de la division en bandos, se ha llevado esta á tal extremo de perfeccion, que al observador más minucioso le sería imposible compilar la nomenclatura ni trazar la historia de cada una de las diminutas é innumerables partidas, que se han engendrado de los antiguos partidos. Estos, en su origen, se fundaron en ciertas opiniones y se organizaron para mantener ciertas doctrinas, opuestas á las de sus contrarios; degeneraron despues en sociedades mercantiles, cuyo objeto era apoderarse del mando para monopolizar su influencia y repartir los empleos lucrativos á prorata entre sus asociados. Mas andando el tiempo ha tenido lógicamente que suceder lo que ha sucedido, porque habiéndose aumentado tan pro-

digiosamente el número de los partícipes á ganancias, no puede haber empleos para tantos, si no se subdividen en nuevas compañías, por más que se hayan dilatado los limites del presupuesto.

Es, pues, necesario, filosóficamente hablando, lo que ocurre, y no podría ser otra cosa, dadas las tristísimas condiciones en que vivimos. Y, volviendo al símbolo de nuestro sistema planetario, cada uno de los cataclismos producidos por el choque de esas masas de materia cósmica, da por resultado las agrupaciones más anómalas y caprichosas, los fenómenos de atraccion y repulsion más inesperados, planetas de los órdenes más inferiores, constituidos en centros de nuevos sistemas por obra de la audacia y de la fortuna. En resúmen: que los grupos de hoy, si bien por mero hábito conservan el nombre de partidos, ni tienen por eso opiniones, ni doctrinas políticas que los distingan, ni son otra cosa que asociaciones efímeras y particulares, compuestas de un hombre que dice á los demas: «El dia que yo sea ministro, vosotros seréis empleados»; y de los que responden: «Haremos lo posible porque usted sea ministro.» Lo cual no se opone á que si llega el primero al puesto que apetece, y considera más útil para conservarlo olvidar sus promesas y favorecer á otros, lo haga sin empacho; y que si los satélites ven levantarse en el horizonte de sus esperanzas otro sol que caliente más, acudan á darle culto y se acojan á su amparo, volviendo la espalda á su antiguo Mecenas.

El saber hacer á tiempo y con habilidad estas evoluciones constituye la ciencia y levanta el crédito de los pretendientes políticos, incluyendo en esta calificacion á los de todas las esferas, desde el que aspira á la suprema magistratura, hasta el que codicia un estanquillo. El conservar á vueltas de esos equilibrios la adhesion de gran número de parciales con el cebo de la ganancia, obligando la gratitud de los que buenamente caben en las filas del presupuesto por medio de libranzas giradas contra el Tesoro público, y alimentando las ilusiones y esperanzas de los demas con graciosas promesas é ingeniosas disculpas, á fin de que no se desbanden, ese es el *summum* del arte.

Entre los muchos que ponen en práctica con provecho propio las reglas de ese funesto oficio, hay uno que raya más alto que todos, y es por eso mismo más que todos funesto, no sólo por el estrago que ha causado y está causando en la moral el ejemplo de su extraordinaria elevacion, sin más méritos ni más virtudes que sus manejos, sino tambien por el desconcierto introducido en todos los ramos de la administracion pública por las bandadas de sus favoritos, y la ancha brecha abierta en el Tesoro nacional por sus livianas larguezas. No pongo aquí el nombre de ese personaje, y tengo, sin

embargo, la seguridad de que por estas señas ha de ser pronto reconocido entre los innumerables que se dedican á esa granjería. Si así sucede, no podrá darse prueba más cumplida de la exactitud de mi juicio.

Sería curiosa una estadística de lo que cuestan á España (en dinero, se entiende) las mercedes, ascensos, favores y recomendaciones de ese célebre personaje, ya que lo hemos tomado con tanta justicia por insigne ejemplar de su especie. A primera vista parecerá imposible esa averiguación, y en efecto lo es, si ha de extenderse al largo número de años que cuenta ya su gloriosa carrera: algo podríamos saber de los últimos quince ó veinte, por lo ménos en lo relativo á la administracion civil, porque, segun mis noticias, desde esa época se lleva en los Ministerios un curiosísimo registro, en el que se anotan los nombres de los empleados, y al márgen de cada uno (no sus méritos y servicios, ¿qué importa eso?) el de su valedor. Venía un empeño irresistible, una recomendación de Palacio ó sus arrabales, del presidente del Consejo ó de alguna otra persona de gran significacion... Se consultaba á toda prisa el registro:—¿A quién sacrificamos?—¿A este?—A ese no, que es pariente del general N., del ministro P., del diputado H.—¿A este otro?—Si ese es recomendado del senador T., y además hombre por cuya influencia se ganan las elecciones en el distrito de...—Pues bien, á esotro.—Ménos mal, caiga ese, que no vale tanto, y alguno ha de ser la víctima.

Fácilmente se da á entender qué trastornos y perturbaciones sufriria ese registro á cada cambio de Ministerio. Sin embargo, toda su pintoresca variedad hubo de quedar eclipsada y pálida en 1868 por la asoladora vehemencia é irresistible empuje de la revolucion triunfante. En aquellos dias de vértigo, en que se nombró empleados de correos á personas que no sabian leer, algun magistrado de Audiencia que no tenia título de abogado y gobernadores de provincia á mozos de las oficinas de los periódicos victoriosos (porque los redactores no se contentaban con ménos que ministerios ó embajadas); en aquellos dias debemos suponer que seria imposible llevar concienzudamente ese registro, no sólo por la multitud de las promociones, sino tambien por la forma ejecutiva en que se procedía. Por entónces no era raro que llegase un jefe de barricadas, ú otro de los imperantes corifeos de la revolucion, á las oficinas de un Ministerio y entablase con el oficial encargado del personal el siguiente diálogo:—Extienda usted un nombramiento de tal destino á favor de D. N.—Ese destino no está vacante.—Pues destituya usted al que lo ocupa, y ponga usted en su lugar á quien le digo.—Es que ya no lo ocupa el que lo poseía anteriormente, y ha

sido dado á otro por el señor ministro.—No importa: haga usted lo que le mando, y déme la credencial, que yo me encargo de recoger la firma del ministro. (Histórico.)

Si en los últimos tiempos se ha restablecido la práctica de tan interesantes anotaciones, bien puede asegurarse, sin el menor recelo de exagerar, que ese personaje ha seguido dando más trabajo que nadie á los encargados de hacer los asientos, y que su nombre figurará en ellos repetido millares de veces y sirviendo de orla á la profusa nómina de sus favoritos. He oido decir que en cierta ocasion no muy remotá se quejaba un ministro de Hacienda de haber recibido cinco mil recomendaciones del señor á que nos referimos. No sé si habrá error ó exageracion en el número; pero sea como quiera, y habiendo que resignarse á ignorar lo que exactamente cuesta á España por este sólo concepto la condicion curiqueña de nuestro héroe, aunque nos atengamos á lo que así, á bulto, nos ofrece la memoria de sus innumerables mercedes de todas clases, desde fajas de general hasta credenciales del orden más subalterno, bien podemos sin escrúpulo afirmar que cuesta mucho. Los efectos de este flujo de favores en la moral y buena marcha de la administracion pública se pueden concebir, pero son de todo punto incalculables. Entre los infinitos favorecidos no faltará alguno que realmente mereciera su colocacion ó su ascenso; en eso no cabe duda, siendo tantos; pero tambien podemos creer que al dispensar el favor no entró esa consideracion nunca en el cálculo del otorgante.

Si hay que decir y que lamentar todo esto de un solo individuo, por distinguido y sobresaliente que sea entre los demas, ¿qué tiene de extraño el espantoso caos que nos rodea, si tomamos en cuenta la sama de miserias que, á semejanza suya, acumulan sobre nuestra patria los innumerables traficantes de todas categorías que siguen su ejemplo?

Aunque ya de esta breve exposicion de la manera de proveer los empleos se infiere hartó fácilmente la atencion que se presta al verdadero servicio del Estado, á cuyo fin debieran encaminarse los propósitos de los gobernantes, voy á referir un episodio de esos que, á mi ver, enseñan más que las historias completas y las disertaciones más elocuentes, ó que, por lo ménos, vienen á comprobarlas con irrecusable evidencia. Llamó no há mucho tiempo cierto ministro de Hacienda á uno de sus directores para decirle:—Necesito irremisiblemente dos vacantes en la provincia de... Los demas directores me han dicho que en sus ramos es imposible servir este pedido sin disgustar á otros amigos, y ello es preciso hacerlo.—Volvió á poco rato el director, despues de haber tomado antecedentes (sin duda consultaria el consabido registro), é hizo ver al ministro que

todos los empleados de su ramo en aquella provincia estaban asegurados por buenos protectores, ménos uno que, sin saber cómo ni por favor de quién, había durado unos cuantos años y desempeñaba un destino con 16.000 rs. de sueldo. Ambos sin vacilar designaron á éste por víctima; mas no por eso quedaba allanada la dificultad, porque era uno y se necesitaban dos para salir del apuro. Tal era este, que ya iba inclinándose el ministro á crear una nueva plaza con un pretexto y un título cualquiera, acudiendo al socorrido expediente de los créditos supletorios, cuando se iluminó el semblante del director como inspirado de una idea feliz.—Lo que puede hacerse, dijo, es suprimir esa plaza de 16.000 rs. y crear dos de á 8.000, y así se sale del apuro, ahorrando trámites y autorizaciones.—El ministro quedó muy complacido y aprobó en todas sus partes tan ingeniosa *combinacion* (voz técnica de esta moderna ciencia).

No sé si los candidatos y sus patronos quedaron igualmente satisfechos, ó si aspiraban á presas de más cuantía; pero como esto debe darnos poco ó ningun cuidado, busquemos la enseñanza que ofrece este incidente para sondear la profundidad del mal que nos aqueja. El hecho y los pormenores del diálogo no necesitan comentarios; ni por un momento se ocurrió á ninguno de los interlocutores la duda de si el servicio saldría mejor ó peor librado de su *combinacion*; ni siquiera pensaron si aquel hombre, que sin recomendacion de nadie se había conservado en su puesto, sería acaso de esos únicos que suelen quedar en las oficinas, porque sin ellos no sería posible la marcha buena ni mala de los expedientes, y á quienes tienen que acudir para todo desde el jefe hasta el último copista de la oficina. Ni pararon mientes en que acaso el depuesto tenía un cargo importante é indivisible, y que los que entraban á reemplazarlo, ni por su aptitud, ni por las categorías en que iban á colocarse, podían desempeñarlo absolutamente. Y hay que reparar en otra circunstancia de suma entidad: los que así procedían no daban á su acuerdo el carácter de un atentado, ni trataban del asunto en el tono misterioso de cómplices que se confabulan para realizar un propósito culpable: léjos de asaltarles el menor escrúpulo de conciencia, tan luégo como tomaron el acuerdo, lo comunicaron á los interesados, como la cosa más justa, más natural y más puesta en razón. Y la verdad es que, dadas las condiciones actuales, no cabe proceder de otra manera. Yo no sé si es posible llegar á ser ministro ó director sin haber incurrido en esas vituperables transacciones, sin haber ahogado muchas veces el grito de la conciencia; pero no dudo que, una vez ascendidos á esos puestos, sea por los medios que quiera, hayan tenido algunos verdadera intencion de extirpar abu-

sos, de combatir la inmoralidad, de purgar las oficinas de ineptos y de holgazanes, de gobernar, en fin, y administrar como Dios manda y el deber exige. Mas tampoco dudo que quien tal cosa se haya propuesto, habrá comprendido muy luégo que es empresa imposible mientras imperen estas circunstancias, y que hay que optar entre desistir de tal propósito, ó dejar de ser inmediatamente director ó ministro.

Hé aquí la condicion en que hoy se halla el servicio del Estado; y vengan luégo Florez Estrada y los suyos á ponderarnos los desmanes de los *sinecuristas* de su tiempo.

Estas pinceladas sirven para estudiar el padecimiento en la region capital, digámoslo así, y patentizan lo mal que lo hacen y la imposibilidad en que se encuentran de hacerlo mejor los encargados de dirigir la cosa pública. Veamos ahora de observar los síntomas de la misma dolencia en otras partes del cuerpo social, examinando cuál es el modo de ver de las gentes acerca del mismo asunto, cuál el criterio por que se guian casi todos, aún aquellos mismos que lo lamentan y censuran. De ese examen resultará averiguado que nadie se acuerda del fin á que se instituyeron los empleos públicos. Los más, queriendo pasar por justicieros, dan por consentido y licito el derecho que tienen á vivir á expensas del Tesoro público los que han hecho favores y contribuido á la elevacion de los poderosos, y recuerdan á éstos el deber en que están de recompensarlos en esa forma, ó bien los vituperan ágríamente y los califican de ingratos si no lo hacen con largueza. Para muchos el mejor hombre de Estado es aquel que se da más maña para repartir credenciales y dejar contentos á mayor número de paniaguados, parientes y amigos, y más todavia si alcanza con sus dones á favorecer á clases enteras. El derecho con que los partidos vencedores asaltan los puestos de la administracion y se apoderan de ellos como de presa legítima, está tan bien sentado en la opinion del mayor número, que aún los mismos vencidos y despojados lo reconocen (iba á decir con lealtad) al mismo tiempo que se aperciben con redoblado empeño á la lucha incesante que mañana les dará la victoria. Por eso se observa un fenómeno singular: en los primeros dias que siguen á un pronunciamiento, no son los lamentos de los vencidos los que más nos ensordecen, que éstos se resignan y callan esperando su vez; son los amigos de los vencedores los que se quejan á grito herido, ponderando sus merecimientos y acusando de ingratos á los que reparten los favores, cuando no alcanza para todos lo que en ese mismo tecnicismo se llama festivamente *el turrón* y cada cual no obtiene lo que presume que le corresponde á medida de sus ambiciones.

Pero en estos alegatos, no me cansaré de repetirlos, los nombres de patria, deber y servicio público, y aún las llamadas doctrinas de partido, si bien se invocan y repiten con frecuencia y en varios tonos, no tienen significación alguna; son meros pretextos para encubrir malamente, y sin engañar á nadie, el único y evidente propósito del medro personal; son gritos de guerra que profieren sin conciencia los combatientes al lanzarse contra sus enemigos y competidores.

Escojamos algunos entre los millares de ejemplos que nos ofrece á cada momento la vida pública y privada, patentizando lo que ha cundido esa perversa doctrina, acreditando cómo ese veneno ha penetrado hasta las entrañas de nuestro cuerpo social, cómo ha extraviado y falseado las ideas de moral y de patriotismo hasta en aquellos hombres que por otros conceptos pueden llamarse honrados, y aún aquellos mismos que á esa calidad unen distinguida ilustración.

Hablaban cierto día de política varias personas, discutiendo con la animación propia del asunto y defendiendo cada cual con calor sus opiniones. Dos de los concurrentes eran médicos, y los dos se habían manifestado en el debate acérrimos republicanos, y prodigado los mayores vituperios á los hombres y partidos reaccionarios y conservadores. Mas siguiendo la conversación, se vino á hablar de la ominosa *polaquería* y del conde de San Luis, su caudillo; y en el momento, como movidos por un resorte común, ambos doctores cambiaron de tono, asegurando que si todos los moderados fuesen como el conde de San Luis y todos los gobiernos como el suyo, muy otra sería nuestra situación. Alguno de sus oyentes, que no podía adivinar la causa de tan asombrosa y súbita mudanza, hubo de quedarse atónito y sin habla: pero otro, más en autos, les contestó con aire un tanto malicioso:—«Eso lo dirán ustedes porque ese ministro tuvo el proyecto, que por pocos días no llegó á plantearse, de crear el cuerpo oficial de médicos civiles.—Si, señor, ese era su proyecto, que bastaría para acreditarlo de hombre de Estado, quizá el primero de España.»—Y aquellos honrados discípulos de Esculapio, echando á rodar todo su republicanismo, se esforzaban por encarecer las ventajas que resultarían á España de gastar una docena ó dos de millones más en dotar á unos cuantos centenares de *sinecuristas*, que con los títulos de jefes de primera, segunda, y no sé cuántas más clases, con su agregado de oficiales subalternos de escalonadas categorías, viniesen á reforzar el ejército de empleados que inunda á Madrid y las provincias. Esa era todavía su esperanza, y hacían votos por que volviese á ser ministro su favorito hombre de Estado, que á la sazón no había muerto todavía.

¿Puede darse convicción más fuerte que la de aquellos republicanos? Pues aplíquese el cuento á cada caso, y se hallará la misma consistencia en las palabras de los hombres políticos. ¿Quién no recuerda las repetidas y tremendas declamaciones que años pasados prodigaban los revolucionarios contra las cesantías, y en particular contra las de los ministros por el mero hecho de haberlo sido un poco de tiempo y sin más derecho á goce pasivo que su efímera elevación? ¿Quién no escuchó sus repetidas promesas de acabar con ese y otros muchos abusos el día en que ellos tomasen las riendas del gobierno? Pues véase el número de pensiones de á 30.000 reales cada una con que sabrosamente se están regalando las docenas de ministros que lo han sido, algunos por quince días, desde 1868 acá. Y será milagro que á ningún ministro de Hacienda se le ocurra proponer esa economía, por grandes que sean los apuros del Tesoro. «Es preciso que todos vivamos» dirá cada cual; y una vez admitido el *derecho* de vivir á costa del Estado, no cabe reflexión más natural.

En ella se fundaba sin duda el ministro Sr. Camacho cuando, al dar á luz sus presupuestos para el año económico de 1874-75, declaró con la mayor llaneza que *consideraba de secundaria importancia y no urgente la reducción de los gastos del personal* (véase la exposición). Para decir esto en un documento de esa entidad, en el que al mismo tiempo se decreta *la insolvencia de los créditos más sagrados*, no basta la despreocupación personal del ministro; es necesario que éste tenga la seguridad de que habla á gentes que no se escandalizan por esas niñerías, ni han de prorumpir en un grito de reprobación al ver proclamado y puesto en práctica tan peregrino modo de entender y cumplir las obligaciones del Estado.

Y que no eran vanas palabras los propósitos que manifiesta el ministro en el preámbulo, se acredita cumplidamente en las partidas que componen el texto de su obra. Allí se borra de una plumada y con marcial desembarazo la cantidad no despreciable de 266 millones y un tercio de lo que tienen derecho á exigir anualmente los acreedores, alegando que no hay con qué pagar; pero en cambio, no sólo se conservan, sino que se aumentan las partidas del personal, ateniéndose á aquel principio de que no es importante ni urgente su reducción. Tomemos por ejemplo un ministerio; no el de la Guerra, porque habiendo *guerra*, pueden en ese ramo justificarse, y si no, disculparse, ó cuando ménos coonestarse todo género de dispendios: fijémonos en el de Gracia y Justicia, y concretémos la observación sólo á la secretaría. El personal de ésta en los presupuestos últimos (1872-73) ascendía á 1.600.000 reales, incluyendo en esta suma 120.000 para *au-*

mento del personal; más el Sr. Camacho, no contento con aprovechar estas sobras, añade para el mismo objeto otros 567.500 reales, y hace subir el total á 2.167.500 reales; pero ¿qué importancia podía tener medio millon más ó menos, una vez adoptado el ingenioso arbitrio de no pagar á los acreedores, y cuando por este medio se podía contentar á mayor número de amigos?

Otro episodio no ménos característico ha ocurrido durante el mando del mismo Sr. Camacho, que, no por lo que tenga de extraordinario, sino por el privilegio que gozó de entretener la curiosidad pública por espacio de dos meses largos con frecuentes peripecias, merece mencionarse. Había que proveer tres plazas de directores en Fomento; pero había para ellas cinco candidatos, cuya idoneidad no trato de negar (la de algunos me consta), pero sí que semejante consideración se tuviese en cuenta para elegir entre ellos, como sucede siempre en tales casos. La dificultad estaba en que todos ellos tenían títulos *políticos*, y en su favor se cruzaban irresistibles influencias. No pasaba día sin que algún periódico dijese que el Sr. N. era el designado para tal dirección, al tiempo que otro periódico afirmaba que era el Sr. H. el que la obtendría. Al cabo de tan largo debate, se resolvió el conflicto en la forma más sencilla y más acomodada á la liberal doctrina del Sr. Camacho: se satisfizo á todos, dando á tres de ellos las tres direcciones, y creando dos plazas de oficiales mayores á 40.000 reales para los restantes. Ahí está la *Gaceta*. Por de contado que al primer cambio político, que tardó poco, desaparecieron de golpe los oficiales y las oficialías.

Y vaya otra noticia del mismo género que copio de un periódico:

«Por salida á la carrera fiscal del Sr. C., que ha sido nombrado promotor del juzgado de Borja, se ha suprimido en el ministerio del ramo la plaza de auxiliar que aquel desempeñaba.»

Estos casos particulares, de que podrían citarse centenares de ejemplos, son los que dan verdadera idea de lo que ocurre; son los que enseñan cómo tienen que gobernar, de grado ó por fuerza, los que ejercen el poder supremo en nuestros días. Ese es también el criterio de los gobernados, menos aquellos pocos que no entran en la danza *política* y ven con repugnancia tanto abatimiento de la dignidad humana. Ese es el afán de la cuarta parte de los españoles, como ya he dicho, y no me arrepiento ni temo haber exagerado la proporción: todos se empeñan en vivir á costa de los demás, y el contagio cunde cada día más aterrador, y se propaga desde Madrid, que es el cáncer de nuestra patria, la tumba de nuestra honra y la sima donde se hunden nuestras riquezas y

nuestra sangre, como también el laboratorio de donde parte el veneno que viene á emponzoñar el aire que se respira en las provincias, hasta sus más pequeñas y remotas aldeas. Triste es observar cómo penetra en ellas el mal que nos affige, cómo las invade también la empleomanía, y el abandono de los trabajos útiles, y la perversión de las buenas costumbres. Llega uno de esos agentes que recorren los pueblos en tiempo de elecciones, y toma por instrumento para sus maniobras al hijo del tío fulano que hasta entonces no pensó en otra cosa que en guiar sus bueyes y en otros trabajos igualmente útiles y honrados, ni tuvo más recreo que salir á cazar los domingos; y después de levantarlo de cascos, dice á su padre—«Su hijo de usted es mozo de esperanzas, y es lástima verlo metido entre estos terrones: si usted me da su voto, y además compromete el de su cuñado y el de su vecino, yo le daré un empleo y lo pondré en carrera.—La carrera es que el muchacho pierde los estribos; que aquella casa, modelo ántes de costumbres sencillas, se convierte en centro de intrigas y ambiciones, que el padre se entrapa para llevarlo á la corte, que el mozo, una vez allí, se avergüenza de su vida anterior; que oculta como un delito sus antiguos y saludables hábitos de madrugar al alba y trabajar con alegría, y remeda con afectación los estilos de aquella gente disipada y licenciosa; que habla en tono de befa de todo lo que ántes respetó, para no incurrir en las burlas de los que le han precedido en aquella senda de perdición. El empleo, si llega á obtenerlo, dura poco; pero lo que sí dura ya para siempre es su invencible repugnancia al trabajo, es la perversión de su índole moral, es la pérdida de un ciudadano útil, trocado sin remedio en un zángano pernicioso. Que digan las personas sensatas de nuestros pueblos y aldeas si no conocen más de un ejemplar del género que se acaba de describir. Que digan cuántos padres no lloran su propia ruina y la de sus hijos con vergüenza para unos y otros, y cuántos también, aunque más raros, si los hijos son verdaderamente *listos*, no se han convertido de hombres pacíficos y honrados en intrigantes de mala ley y en insoportables caciques. Y, por último, que digan si el contagio no cunde cada día más, y si no se ven mermar progresivamente el número de hombres aplicados y de brazos útiles.

Al mismo fin conspiran los socialistas y comunistas. Con el propósito de vivir sin trabajar y á costa de los demás, se agitan los prosélitos de la Internacional. Salvo alguna diferencia puramente accidental en la forma, en lo sustancial es la misma la mente de los que buscan empleos alegando un derecho á ocuparlos y sin pensar siquiera en prestar servicio útil, y la de aquellos otros que pretenden el despojo de los ricos para regalarse con sus

riquezas. El fin es uno mismo, sean los que quieran los nombres y los procedimientos. El resultado, que por fuerza ha de ser el desquiciamiento de la sociedad, uno mismo también.

Y para probar con hechos prácticos y testimonios irrecusables que no se diferencian esencialmente ambos géneros de socialismo, acudamos otra vez á la *Gaceta*. Al tiempo de marcharse de España Don Amadeo de Saboya se habían decretado los presupuestos para el año económico de 1872-73, y ascendía su importe á 2.150.186.356 rs. Se proclamó la República, y á los pocos días (en 28 de Febrero) se aumentó en doscientos y pico de millones, subiéndolo á 2.367.803.884: pero esto duró sólo siete días, porque el 7 de Marzo votó la Asamblea otro aumento de 18.005.220, y no se contentó con eso: diez días después (17 de Marzo) decretó la friolera de otros 440.506.724, cuyo principal objeto era dar ocho reales diarios á cada uno de los miles de republicanos que no cabían en los ministerios ni en las oficinas, y aumentar una peseta al haber del soldado. Ya se ve que la República no se andaba con miserias: improvisar 676 millones y pico en el término de un mes es buena muestra de su magnífica largueza y del más cordial deseo de tener contentos á los amigos. Los ex-ministros contaban con sus 30.000 reales. Verdad es que aquel gobierno no había sido reconocido como tal por ninguno de los de Europa; pero eso no impedía que hubiese en todas las cortes embajadores y ministros con sus secretarios y séquito, que cobraban, por decontado, sus costosos sueldos. Los diputados provinciales no conquistaban con su elección democrática solamente un vano título, sino también algunos de ellos pingüe asignación; las oficinas del Estado, lo mismo que las provinciales y municipales, rebosaban dones con que satisfacer á los favoritos, quienes en la contemplación subjetiva de este nuevo cuerno de Amaltea veían el desagradio debido á los *desheredados*, de que tantas veces les hablaron los apóstoles del derecho moderno. Si esa gente ha de llamarse *el pueblo*, no se podrá desmentir á los que afirman que aquella época nos ofreció palpable la realidad de la soberanía popular.

El modo de buscar la idea que tenían aquellos soberanos de su derecho y de su dominación, es observar con sagaz y penetrante crítica sus genuinas manifestaciones, no en los momentos de exaltación salvaje, sino en los de abandono y confianza; no en los lances de contradicción y de lucha, sino en los episodios propios del género de vida que les habían creado aquellas extraordinarias circunstancias. Como siempre que se trata de descubrir una verdad, hay que sorprenderla en su nativa sencillez, cuando se muestra sin atavíos ni aparato teatral; conviene investigar el juicio que esos hombres for-

maban de sí mismos y de su imperio, y cómo lo expresaban sin darse cuenta de ello. El siguiente episodio puede servirnos para esa averiguación.

JOSÉ RUIZ LEÓN.

(Continuará.)

## ETIQUETAS DE LA CASA DE AUSTRIA.

### IX. \*

#### SALIDA DE S. M. Á LA CAPILLA ORDINARIA.

La noche antes del día en que S. M. había de ir á la capilla, el mayordomo mayor, ó en su defecto el semanero, saliendo por la ante-cámara, decía al decenero de la guarda de archeros la hora en que Su Majestad iría á la capilla, y después á los cabos de las escuadras de las naciones española y alemana, y á falta de ellos á los más altos, mandándoles avisar á los embajadores, grandes, mayordomos y guardas. Salía S. M. de su aposento acompañado de grandes y mayordomos, y si había cardenal, esperaba á S. M. en la cámara, sentado en su silla de brazos. Los embajadores aguardaban en la antecamarilla, y en la ante-cámara los gentiles-hombres, títulos de Castilla, los de Italia á quienes Su Majestad había concedido las preeminencias de los de Castilla, y los del sacro imperio que estaban bajo la firma de S. M., los caballerizos, los pajes con su ayo y los alcaldes de casa y corte; y en la saleta los acroes, costilleros, capitanes ordinarios y maceros. Si alguna señora de calidad quería hablar á S. M. en esta pieza, pedía licencia para entrar en ella al mayordomo mayor. En la sala esperaban los archeros formados á uno y otro lado de la habitación y dos soldados de cada nación, quedándose los demas en orden en el corredor, los españoles á la mano derecha y los alemanes á la izquierda. En la puerta de la ante-cámara daba un ujier los bastones á los mayordomos. En el acompañamiento marchaban delante los sargentos y los alféreces de las dos guardas; luego los alcaldes de casa y corte, los pajes con su ayo, los capitanes ordinarios, caballerizos, costilleros, acroes, gentiles-hombres, consejeros y títulos. Seguían los maceros arrimados á las guardias, los mayordomos y grandes, los Infantes, y si había Príncipe iba á la izquierda de S. M., no habiendo cardenal, porque habiéndolo, tomaba éste la izquierda y el Príncipe la derecha yendo un poco atrasados. Detrás de Su Majestad los embajadores por sus precedencias, el mayordomo mayor al lado derecho, y el capitán de archeros al izquierdo, no siendo grandes, cerrando el acompañamiento los archeros con su teniente.

\* Véanse los números 75, 78, 80 y 82, páginas 161, 281, 361 y 441.

Llegados á la capilla, esperaban á la puerta los sargentos, alféreces y tenientes de las dos guardias española y alemana, hasta que S. M. entraba; luégo se recogian las guardas, quedando cuatro soldados de ambas naciones á la parte de afuera, dos al postigo de la cortina y dos al de los mayordomos, para que no llamaran ni hicieran ruido. Los prelados tenían en la capilla su banco al lado del Evangelio, y en él se sentaba el capellan limosnero mayor, siendo consagrado, precediendo á todos por su dignidad. Si asistía el arzobispo de Santiago se le ponía silla rasa entre la cortina y el banco de los prelados. Si el que hacía las veces del limosnero mayor no era consagrado, permanecía en pié arrimado al pilar del arco de la capilla. El sumiller de cortina quedaba al lado de ella. Los mayordomos de la Reina, con bastones, se arrimaban á los cancelos entre las ventanas de las tribunillas y la pila del agua bendita.

Conforme iba entrando el acompañamiento, los que formaban parte de él ocupaban sus respectivos puestos: los alcaldes de casa y corte, en la puerta; los que no estaban autorizados por sus cargos para pasar de la saleta, se colocaban detras del banco de los capellanes; los que tenían entrada en la ante-cámara, detras del banco de los grandes; los mayordomos del Rey frente á la cortina, en pié, con sus bastones; los grandes en su banco; los embajadores en sitial arrimados al pilar del arco presbiterial, del lado del púlpito; los cardenales frente á la cortina de S. M., junto á las gradas del altar; el mayordomo mayor en la silla de su oficio, que estaba colocada un poco más adelante del banco de los grandes, permaneciendo detras de él, junto á la pila, un ujier de cámara para recibir sus órdenes; el teniente de archeros á su derecha, dos archeros arrimados al pilar y pared del lado á la cortina. Los maceros se quedaban detras del banco de los grandes. Permitiase la estancia en el coro á algunas personas de calidad hallándose impedidas.

Para salir S. M. de la capilla se guardaba el mismo orden que á la entrada, quedándose el acompañamiento en los cuartos donde respectivamente tenía cada cual ingreso.

## X.

## OFRENDA DE LOS CÁLICES EL DIA DE LA EPIFANÍA.

El emperador Carlos V ofrecía todos los años el día de la Epifanía, que es el de la Adoracion y ofrenda de los Reyes, tres cálices de plata sobredorada, de forma de copa, de valor de unos cien ducados. Uno de los cálices contenía una moneda de oro, otro incienso, y otro cera. Recibíalos S. M. de manos del mayordomo mayor, ó, en su defecto, de las de algun alto personaje á quien nombraba para este efecto (1). Salía S. M. de la cortina, acompa-

ñado de los grandes; los embajadores trocaban su puesto por el de los mayordomos, quedando el mayordomo más antiguo en sitio preferente al embajador, que ocupaba el último puesto en el banco de los de su clase. Al llegar S. M. al altar, el mayordomo mayor ó el semanero le ponía la almohada que recibía del ayuda de oratorio en la primera grada; siendo Príncipe ó Infante el que servía los cálices, ponía el mismo mayordomo otra almohada más abajo.

El limosnero mayor, estando consagrado, daba los cálices al Príncipe ó Infante que los había de presentar á S. M.; no siendo personas reales las que los habían de servir, los daba el mozo de la limosna en una fuente. De estos cálices se enviaba ordinariamente uno á San Lorenzo el Real, y los otros dos á las iglesias ó monasterios que mandaba S. M., mediante consulta con el limosnero mayor.

## XI.

## FESTIVIDAD DE LA CANDELARIA.

Este día se cubrían dos bufetes de la capilla al lado de la Epístola, y en el uno se ponían los cirios dorados destinados á las personas reales, y en el otro las demas velas, quedándose allí cerca el cerero y su ayuda para encenderlas oportunamente y darlas al asistente mayor, de cuya mano las recibía el prelado que oficiaba. Salía S. M. por el corredor en la forma ya dicha, y al entrar en la capilla se levantaba el prelado, que estaba vestido de pontifical, para bendecir las candelas. Acabado este acto, el prelado de mayor dignidad allí presente daba al oficiante su vela encendida, besándola al tiempo de recibirla, y seguidamente iban llegando á tomar velas, haciendo el debido acatamiento al altar y á SS. MM., los cardenales, el nuncio, el patriarca, los arzobispos y obispos; sentábase despues en el faldistorio de espaldas al altar y algo inclinado al lado del Evangelio, y daba velas á los capellanes, confesores, receptor de capilla, predicadores, maestro de ceremonias, al de la capilla, cantores, seises y demas que vestían sobrepelliz. Despues salía S. M. de la cortina, seguido de los embajadores; hincábase de rodillas en la almohada, se levantaba el prelado, y tomando de mano del asistente mayor un cirio dorado, encendido y tendido sobre una fuente, lo daba á S. M., el cual se volvía á la cortina, y el prelado á su asiento. Si la Reina había de ir en la procesion, asistian los embajadores á la capilla, si no iban tambien á tomar vela, siguiéndoles los grandes y mayordomos, besando todos los seglares la vela que recibían y la mano del prelado. Concluidas de distribuir las velas, comenzaba la procesion en este orden: Primeramente la cruz, á la que alumbraban con hachas los pajes de S. M.; los sacerdotes adscritos al servicio de la capilla, con velas; los

(1) Esto último fué despues lo más frecuente.

capellanes de honor y predicadores; el preste de pontifical; los mayordomos y los grandes. Al salir S. M. de la cortina, el limosnero mayor le cambiaba el cirio grande (1) por una vela delgada. El cerero daba velas á los gentiles-hombres. En llegando el Rey á los cancelles, la Reina, que estaba en la puerta inmediata á la de la capilla, recibía su vela de mano del limosnero mayor, y á falta de éste de su mayordomo mayor, quien la recibía del cerero, dándose las asimismo á la camarera mayor, dueñas de honor y damas, conforme iban saliendo. Cuando volvía la procesion, la Reina se quedaba en el cancel y daba su vela á su mayordomo mayor, y la camarera, dueñas y damas al cerero. A su vez, el Rey, en llegando á la cortina, daba su vela al limosnero ó al sumiller de cortina, y los embajadores, grandes y mayordomos al cerero. Desnudábase en seguida el prelado, y un capellan decía la misa ordinaria.

## XII.

## DOMINGO DE RAMOS.

Una semana ántes de esta fiesta escribía el mayordomo mayor al obrero mayor de la catedral de Toledo para que entregase las palmas acostumbradas, mandándole la carta por medio de un oficial de la furriera, que llevaba dos acémilas para traerlas, debiendo estar en Madrid el viérnes. El obrero daba orden al contador para que entregase á dicho oficial 200 palmas de las que la iglesia de Toledo recibía todos los años de Orán. Una vez en Madrid, se entregaban estas palmas al aposentador de Palacio, y el sábado por la mañana se enviaban con un acemilero 40 de ellas á San Lorenzo el Real, con carta del mayordomo mayor dirigida al prior.

El domingo de Ramos se cubría en la capilla una mesa con manteles de altar, al lado de la Epístola, y sobre ella se ponían dos fuentes, una con la palma para el Rey y otra con las de la Reina y Altezas: tambien se ponían dos cestas grandes, con palmas la una y con ramos de oliva atados en manojos la otra. Colocábanse junto á esta mesa el aposentador de Palacio y un ayuda de la furriera para servir las palmas y ramos al asistente mayor, de cuya mano las recibía el prelado para darlas á su tiempo.

S. M. salía por el corredor en la forma ordinaria, y al entrar en la capilla se levantaba el prelado, que estaba de pontifical, para bendecir las palmas y ramos, guardándose en la distribucion de ellos y en la procesion el mismo orden y disposicion que en el reparto de los cirios y velas para la procesion de la Candelaria.

(1) Este cirio y los de las demas personas reales pertenecía luego por costumbre al limosnero mayor.

## XIII.

## LAVATORIO Y COMIDA DE LOS POBRES EL JUEVES SANTO.

En este dia S. M. lavaba los piés y daba de comer á trece pobres en la pieza de la antecámara. Con este objeto, cuando S. M. había salido á la capilla, quitaban los oficiales de la tapiccria el dosel, y en su lugar ponían los oficiales de la furriera los bancos en que se habían de sentar los pobres para lavarles los piés, y enfrente unas mesas largas con bancos para la comida, poniendo debajo de ellas las cestas destinadas á recoger la vianda, y en el rincon que había entre la puerta de la antecámara y la antecamarilla un bufete con sobremesa, donde el mozo de la limosna dejaba el paño para los vestidos de los pobres y una bolsita con la limosna en cada uno de ellos. Armaba tambien la furriera mesas para colocar la vianda en alguna pieza cercana, sirviendo ordinariamente para esto la que llamaban de las Córtes, que estaba al otro lado del salon de la Guardia. La panetería cubría la mesa de los pobres, poniendo á cada uno su cubierto, cuchillo, salero y servilleta, cubriendo igualmente las mesas destinadas á la vianda. La cava ponía á cada pobre un jarro vidriado con cuatro azumbres de vino, una copa de vidrio de hechura de cáliz, y un jarro grande de la misma clase de los otros con agua. La frutería presentaba ordenados los principios y adornaba la mesa con ramilletes y flores. Los barrenderos de las mesas subían del guardamanager la vianda á las mesas, y un oficial de la cocina, ayudado de un portador, traía la comida que se había de tomar caliente. El mozo de limosna colocaba á los pobres en el banco donde habían de estar durante el lavatorio; el médico de cámara semanero los reconocía para ver si padecían alguna enfermedad contagiosa; el boticario, mozo de la limosna, aposentador de Palacio y limosnero mayor les lavaban previamente los piés.

Expuesto ya el Santísimo Sacramento, salía Su Majestad de la capilla y venía en procesion con la cruz hasta la antecámara. Los mayordomos le acompañaban con sus bastones, y el semanero despejaba la pieza donde estaba la vianda. La guarda de archeros estaba en la saleta, formada á uno y otro lado, y el teniente y dos soldados á la cabecera de la mesa de los pobres. El diácono cantaba el Evangelio, y al mismo tiempo iba S. M. quitándose la capa, espada y sombrero y ciñéndose una toalla que le daba el limosnero mayor, y en su ausencia el sumiller de cortina, tomándola de mano del mozo de la limosna, y acto continuo comenzaba á lavar los piés á los pobres. Terminado el lavatorio, mientras S. M. se ponía la capa, espada y sombrero, colocaba el mozo de la limosna á los pobres en la mesa, y empezaba S. M. á servirles la comida, levantando los principios que estaban sobre la mesa

y dándoselos al sausier que con una rodilla hincada en tierra y una toalla ceñida los iba metiendo en las cestas. Interin levantaba S. M. los principios al primer pobre, iban los gentiles-hombres de la cámara por la vianda á la puerta de la pieza donde estaba, y cada uno con su familia traía la de un pobre, entregándola al contralor, quien la iba dando á sus criados y éstos colocándola en una mesa cubierta, quedándose con los dos últimos platos en la mano para darlos á S. M., y así sucesivamente los demas. Éste los servía á los pobres, y el sausier los iba poniendo en las cestas, así como el sumiller de la cava dando de beber á los pobres por detrás de las mesas. Acabada de servir la vianda, volvían los gentiles-hombres por los postres, y S. M. los iba distribuyendo; los pobres tendían la servilleta, recogiendo en ella los confites, suplicaciones, pan, salero y cuchillo, y poniéndolo todo en su cesta.

La panetería levantaba el mantel, y los gentiles-hombres traían á S. M. los vestidos y bolsitas, quien los distribuía á los pobres; el limosnero mayor rezaba las *Gracias* y S. M. se retiraba á comer. La comida y servicio de mesa comprados para este acto lo pagaba el limosnero.

## XIV.

## PROCESION DEL CORPUS CON ASISTENCIA DE S. M.

Preveníanse en la iglesia de Santa María la cortina, sitial, banco y demas cosas necesarias. En llegando S. M., se empezaba la misa y se iba ordenando la procesion, de modo que, al acabar aquella, continuaba ésta sin detencion alguna. Al tiempo de mover la Custodia, daba la vela á S. M. el limosnero y capellan mayor, y el regidor comisario la daba á los grandes y mayordomos. Marchaban los primeros los trompetas y atabales, y seguían los niños desamparados, los de la doctrina, pendones y cofrades, cruces de las parroquias, hermanos de los hospitales de la Corte y General, los del de Anton Martin; frailes capuchinos, mercenarios descalzos, trinitarios descalzos, agustinos descalzos, mínimos de San Francisco de Paula, mercenarios, trinitarios, carmelitas, agustinos, franciscos, curas y beneficiados de las parroquias con la cruz de Santa María y la del hospital de la Corte, la cruz de la Real Capilla alumbrada con hachas por dos pajes de S. M.; los cantores y ministriles en hileras, los capellanes de S. M. hasta el palio, y en medio de ellos doce pajes de S. M. con hachas; á los lados de la Custodia los prelados; junto á los capellanes, hácia la parte de afuera, los consejeros en dos hileras (1). Marchaban

(1) Por decreto de Felipe IV dado el día del Corpus, 11 de Junio de 1648, se acordó que los consejeros de Castilla ocuparan preferente lugar á todos los otros, incluso los de Aragon. El orden en que antes solían marchar era: delante el Consejo de Hacienda, mitad á la derecha y mitad á la izquierda; segufan por el lado izquierdo el de Cruzada, el de Or-

delante de la Custodia los que llevaban los incensarios, y una parte de los regidores con las varas y los cordones del palio, y los restantes allí cerca para relevarlos en este cargo. Seguían detrás de la Custodia el prelado y ministros que oficiaban, el prelado que llevaba la mitra del anterior, los mayordomos y grandes de España en dos hileras, S. M., los cardenales, embajadores, consejeros de Estado y gestiles-hombres. Las guardas española y alemana iban formadas en dos filas, una á la derecha y otra á la izquierda por la parte de afuera, desde que empezaban los religiosos hasta donde estaba S. M., cerrando el medio punto la guardia de archeros. Entre el último soldado de la guardia española y el primer archero, iba el tapicero ó un ayuda sin espada con la almohada descubierta sobre el brazo, para servirla al mayordomo mayor y éste á S. M. Los títulos y caballeros se colocaban más abajo de los consejeros, entre la guardia y los religiosos, por la parte de afuera; los alcaldes de corte, cada uno con tres ó cuatro alguaciles, desde la cruz de los niños desamparados hasta la de los frailes capuchinos, cuidando de que no fuese ninguna persona extraña entre la procesion, y si necesitaban para apartar la gente salir del puesto que les estaba designado, habían de ir por fuera de la procesion, como lo mandó Felipe II por decreto del año 1568. Dirigía la procesion el mayordomo semanero, para lo cual daba las órdenes convenientes á los alcaldes y tenientes de las guardias.

En las procesiones del domingo de la infraoctava en la capilla, del miércoles en la Encarnacion y del jueves en las Descalzas Reales, á que asistía S. M., se guardaba el mismo orden y colocacion.

## XV.

## JURAMENTO Y PUBLICACION DE PACES.

Celebrábase este acto en el salon dorado del alcázar de S. M., colgándose al efecto en él y en las piezas de entrada magníficas tapicerías. En el testero del salon se levantaba un tablado, al que se subía por tres gradas, todo alfombrado: en medio de él se ponía un dosel con silla para S. M.; á veintitres piés de distancia se hacía una division con paños de la misma tapicería, y más atrás una valla para contener la gente. Solía asistir á esta solemnidad algun cardenal que fuese al mismo tiempo consejero de Estado, y en este caso se le ponía silla al pié del tablado, á la derecha de S. M. y enfrente de él á la mano izquierda un banco cubierto de terciopelo para el embajador del Príncipe con quien se había capitulado.

Al juramento de paces con Inglaterra, celebrado en Valladolid el día del Corpus del año 1605, asistieron, el de Italia y el de Aragon, y por el derecho el de Indias, el de Inquisicion y el Real de Castilla.

ron el caballero mayor, con el estoque, en la cortina al lado derecho de S. M., y al izquierdo el mayordomo mayor, colocándose los grandes en bancos á continuacion de la silla del cardenal. No era esta, sin embargo, la disposicion en que se solía celebrar esta ceremonia. Lo general era no presentar el estoque ni ocupar los grandes el mencionado banco, asistiendo solamente los consejeros de Estado y secretarios de este alto Cuerpo, y permaneciendo los grandes y demás personajes que acompañaban á S. M. arrimados á la pared, detras de la silla del cardenal (1).

El embajador llegaba á Palacio á la hora que se le habia designado, seguido de los caballeros de su séquito y familia. Recibiale en la puerta de la antecámara el mayordomo mayor del Rey, ó algun grande, con los mayordomos y caballeros nombrados para este efecto, acompañándole hasta el sitio donde se habia de celebrar el acto. Colocados los cuatro reyes de armas con las cotas reales junto á la pared, á mano izquierda de S. M., y los cuatro maceros á los dos lados de la puerta formada por la division de la tapicería, salía S. M., seguido de algunos grandes y gentiles-hombres, descubriéndose éstos y haciendo reverencia al embajador. Subía S. M. á la tarima, se sentaba y hacia señal al embajador y cardenal para que tambien se sentasen. Entónces se retiraban los caballeros al espacio comprendido entre la division de la tapicería y la valla. S. M. mandaba al secretario de Estado que entregase al cardenal el juramento escrito para que lo leyese, y en acabando de leerlo, sacaban el tapicero y el aposentador de Palacio un sitial, cubierto de terciopelo carmesí, y una almohada, y los ponían delante de S. M., y subiendo en seguida á la tarima ó tablado el capellan limosnero mayor, colocaba sobre la almohada un misal y un Crucifijo y se retiraba. Entónces S. M., de rodillas y descubierta, puesta la mano sobre el misal, decia: «Así lo juro,» y en seguida volvían á quitar el misal, el Crucifijo y el sitial los mismos que los pusieron, quedándose S. M. en pié. El embajador subía á hablar con S. M. y se cubría, y en acabando de hablar, volvía á descubrirse, se despedía y tornaba á su sitio. S. M. bajaba del tablado y entraba en su aposento, y el embajador salía con el mismo acompañamiento y séquito con que entró. La Reina y las damas solían ver esta funcion colocadas detras de unas celosías que habia en la puerta de salida al salon.

La publicacion de las paces solía hacerse al dia siguiente, juntándose en casa del presidente del Consejo de Castilla, ó en la del consejero más antiguo en su ausencia, los alcaldes de casa y corte,

los cuatro reyes de armas y los escribanos de cámara del Consejo. El Presidente les decía la forma que se habia de guardar en la publicacion de las paces, y entregaba al escribano de cámara más antiguo un papel rubricado de su mano, para que á su debido tiempo lo diera al rey de armas más antiguo á fin de que lo publicase. Acto continuo salian de la casa del presidente todos á caballo en el orden siguiente: Los trompetas y atabales, los alguaciles de corte, los escribanos de la cámara, los reyes de armas, y últimamente los alcaldes. Dirigíanse á Palacio y se apeaban los alcaldes, reyes de armas y escribanos; subían á un tablado preparado por la villa á este efecto, arrimado á la pared, alfombrado y con barandillas; los alcaldes se arrimaban á la pared, colocándose los más antiguos en medio, y á los lados de los modernos los escribanos de cámara; los reyes de armas se situaban junto á la barandilla de delante, dos á cada lado. Puestos en esta disposicion, tocaban los trompetas y atabales, y el escribano más antiguo entregaba el papel de las paces al rey de armas más antiguo; éste lo tomaba, volvía el rostro y hacia cortesía á los alcaldes quitándose el sombrero, y correspondiéndole de la misma manera ellos á él, vuelto al pueblo, decia: «Oid, oid, oid»; leía el papel, y siempre que nombraba á S. M. se quitaban todos el sombrero. Acabado de leer el papel, volvían á tocar los trompetas y atabales, el rey de armas hacia reverencia á los alcaldes, y ellos á él, bajábanse todos del tablado, y, en el mismo orden que ántes, se dirigían á la puerta de Guadalajara y desde allí á Santa María, donde habia otros tablados hechos como el de Palacio, publicaban el papel de paces con las mismas ceremonias que la vez anterior, y, terminada la publicacion por tercera vez, devolvía el rey de armas al escribano de cámara el papel que éste le habia entregado, quedando original en su poder, y se disolvía la comitiva.

#### XVI.

CEREMONIAL PARA RECIBIR EL ESTOQUE Ó CAPELO QUE LOS PAPAS SOLÍAN ENVIAR Á LOS REYES Y PRÍNCIPES DE ESPAÑA.

La noche de Navidad iba el Papa á la basílica de San Pedro, y ántes de celebrar la primera misa en la capilla que llaman Sacristía pontifical, bendecía, acompañado de los cardenales revestidos y de dos asistentes mayores, un estoque y un capelo que llevaban estos últimos, echándolos agua bendita, y pidiendo á Dios, por la intencion de San Pedro y San Pablo, que el estoque le sirviera de verdadera defensa contra los enemigos de la fe, y le cubriera el capelo contra las asechanzas de los luteranos; de suerte que el que se ciñera el uno y el otro fuera vencedor de sus enemigos. Su Santidad mandaba

(1) Así se ejecutó, además de otras muchas veces, en el juramento de las paces ajustadas con Inglaterra, celebrado el 17 de Abril de 1630.

guardar este estoque en su cámara, y en ocasión de ligas y guerras lo enviaba con un legado particular al Rey ó Príncipe que había de ser caudillo de la Iglesia. Así lo hizo Pío V con el famosísimo D. Juan de Austria en 1571, siendo general de la liga contra el Turco.

Gregorio XIV mandó también el estoque á Felipe III, siendo Príncipe, por mano de monseñor Darío, su secretario y Nuncio, de quien lo recibió en San Lorenzo del Escorial el 21 de Agosto de 1591.

La manera de recibirlo fué la siguiente: Llegó el Nuncio á San Lorenzo la vispera de San Bartolomé, se aposentó en la hospedería del convento, y al día siguiente, á las nueve de la mañana, salió por la puerta de la hospedería á la plaza del Pórtico, entrando en él acompañado de los mayordomos de Su Alteza, gentiles-hombres de la cámara de S. M., del Príncipe y de muchos caballeros que asistieron al acto. El conde de Orgaz y el marqués de Villanueva, mayordomos de S. A., iban á los lados del Nuncio, y todos entraron por la puerta principal de la iglesia, que se abrió para esta solemnidad. Delante iba un capellan, maestro de ceremonias de S. S., con el estoque levantado y en la punta el capelo. Llegados á las gradas del altar mayor hicieron oración, el capellan subió al altar y puso el estoque y el capelo al lado de la Epístola, y el Nuncio entró en la sacristía á vestirse para decir misa; estando ya en aquella prevenido un riquísimo ornamento bordado de piedras preciosas y de perlas, y esto en tal cantidad, que, por pesarle mucho la casulla, tuvo que ponerse otra encarnada, de tela de oro; pero los ministros y asistentes llevaron el magnífico ornamento. Celebróse la misa con gran solemnidad, oyéndola S. M. y AA. desde el oratorio; y ántes de echar la bendición pusieron entre los oratorios, sobre las primeras gradas, una alfombra y un sitial de brocado, tendido, y en él una silla de terciopelo carmesí, y frente á ella una almohada de brocado. Entónces bajó el Nuncio á la peana del altar, sentóse en la silla y se cubrió. D. Martín de Idiaquez, secretario de Estado de S. M., leyó en alta voz un Breve de S. S. en que éste decía cómo enviaba al Nuncio para que llevase y diese á S. A., en su nombre, el estoque y capelo como á hijo del Rey, de quien esperaba había de defender la fe y religion católica, como sus antepasados. Leído el Breve, salió el Príncipe por la puerta inmediata al altar, vestido de toda gala, precedido de los mayordomos con bastones, y de los duques de Béjar y de Maqueda, y seguido del marqués de Velada y de D. Cristóbal de Mora. Levantóse entónces el Nuncio, y S. A. se descubrió é hincó de rodillas en la almohada que le puso el marqués de Velada. El capellan de S. S. bajó del altar el estoque y capelo; el Nuncio dijo las oraciones acostumbradas, ciñó á S. A. el estoque, ayudándole el de Ve-

lada y D. Cristóbal de Mora, y desenvainándolo después lo puso en la mano de S. A., volviendo á decir otras oraciones. Luégo le colocó el capelo en la cabeza, y después de tenerlo un momento en ella, llegaron el marqués y el de Mora á quitárselo. Volvióse el Nuncio al altar, quedando S. A. de rodillas; echó la bendición, leyó el Evangelio y fué á la sacristía á desnudarse. El Príncipe salió por medio de la iglesia, puerta principal y patio grande, acompañado de los grandes y caballeros, precedido de D. Cristóbal de Mora, que llevaba el estoque envainado y levantado, con el capelo en la punta.

Análoga etiqueta se siguió cuando Paulo V envió el estoque á Felipe IV, siendo Príncipe, por medio de D. Francisco Chirino, patriarca de Jerusalem, obispo electo de Almería y Nuncio ordinario en esta corte.

A. RODRIGUEZ VILLA.

HISTORIA  
DEL  
MOVIMIENTO OBRERO EN LA SCANDINAVIA.

Península escandinava.—Progresos de Suecia.—Establecimientos de caridad.—Asociaciones obreras.—Noruega.—Sociedades.—Estado social de Dinamarca.—Consideraciones sobre la tendencia socialista de los obreros en el Norte de Europa.

La península escandinava se encuentra unida en estos últimos tiempos al destino de Rusia unas veces, otras al de Alemania, luchando interiormente los privilegios feudales de una aristocracia ilustrada, contra las pretensiones revolucionarias de un pueblo bastante inclinado á las costumbres políticas de los franceses, por efecto sin duda del estrecho contacto de unos y otros durante las guerras que con tanto empeño sostuvo Napoleón I en el Norte de Europa.

La industria manufacturera está poco adelantada en estas provincias. En cambio, la explotación de los bosques y las minas, la caza, y sobre todo la pesca, constituyen la base de su riqueza. La agricultura adquiere cada día mayor desarrollo.

Suecia, especialmente, preséntase, no ahora, sino hace años, como un modelo elocuente de instrucción pública. Las estadísticas de los cónsules ingleses en dicho país acusan la cifra de 1 por 1.000 que no saben leer y escribir. La mendicidad está admirablemente reprimida por medio de una organización de establecimientos destinados á procurar trabajo á los pobres y socorro á los viejos é inutilizados; estos centros viven con el auxilio de los ayuntamientos y de los legados ó mandas particulares, que ascienden todos los años á cantidades de regular consideración. Como en ninguna otra nación, se practica entre los suecos este salvador principio social: la miseria se detiene y la in-

moralidad decrece con una buena administracion municipal y una buena disposicion de los establecimientos de caridad.

Los obreros, por su parte, no permanecen inactivos. La primera asociacion fundóse en 1860 en Norrköping. En Schoonen, Hernosand, Upsal, Gothenburgo y Stokolmo se han fundado desde 1866 bancos populares sobre el modelo de los alemanes. En este último punto, capital del reino, tambien se han creado algunas cooperativas de consumo y produccion. Un periódico socialista, *El Obrero Sueco*, es órgano del movimiento económico de los trabajadores de Suecia, y por él sabemos que tambien existen otras sociedades de carácter cooperativo, con centros de lectura y bibliotecas, en Malmoe, Sala y Falun. La de Gothenburgo cuenta 4.000 miembros, y ha construido ya un local capaz para la caja de socorros mutuos, el banco popular, una tahona, depósito de comestibles, restaurant, biblioteca, salas de canto y música, y un gran salon de juntas.

Noruega va con paso más lento que Suecia por el camino del progreso; y como la parte de tierra cultivada no alcanza á la alimentacion de sus habitantes, la miseria deja sentir más pronto sus terribles efectos, motivando esto que en los contratos entre los jornaleros y los maestros ó fabricantes se haga constar casi siempre la obligacion de la comida ó rancho.

Pero tambien aquí el espíritu de asociacion vivifica á la clase obrera. Hay sociedades agricolas en Gistelles; las hay cooperativas de consumo en Christiania y Christiansad; las hay para la pesca en comun por Fiskebackskel, Bergen, y hasta en Wardus, pueblo el más septentrional de Europa, situado cerca del cabo Norte, en la Laponia, y donde la naturaleza apenas vegeta.

Comparativamente á Noruega, representa Dinamarca un superior grado en el progreso económico de aquellos pueblos. Todos los daneses, propietarios grandes, medianos ó pequeños, los obreros y hasta los domésticos contribuyen obligatoriamente al sostenimiento de los centros de beneficencia, para impedir la miseria privada y evitar la indigencia pública. Cuéntanse cerca de 2.000.000 de propietarios rurales y como 300.000 obreros en las ciudades. Los pobres socorridos pertenecen á tres clases: 1.ª, viejos, enfermos é inválidos, que reciben alimentacion, abrigo y medicinas; 2.ª, huérfanos y expósitos, que son colocados en casas particulares, donde reciben cuanto necesitan hasta que su edad les permite tomar algun oficio; 3.ª, familias ó individuos sin recursos suficientes para su subsistencia, que encuentran en el socorro lo indispensable para su alimentacion, pero que tienen el deber de trabajar segun sus profesiones. Diferenciase esta caridad de la restante de otros pueblos, en que se hace á título de préstamo, pues el socorrido paga con su trabajo el socorro que recibe como ayuda de sus necesidades.

Son muchas las sociedades de socorros mutuos repartidas por Dinamarca, lo cual dice qué entusiasmo domina al obrero danés por la union y la economía. Las principales funcionan en Copenhague, Odense, Aalborg y Altona. En estos mismos puntos, y en Thisted, Wiburg y Thorshaven, se han fundado últimamente sociedades de crédito popular, cooperativas de consumo y constructoras de casas para obreros. De seguir así, en breve los trabajadores scandinavos han de figurar en la misma línea de progreso que sus hermanos de Alemania, Inglaterra y Francia.

De estos y otros pueblos del Norte de Europa, que no mencionamos por su excesa importancia, poco más nos es dado hablar. Hemos reunido, á costa de mil esfuerzos, los datos más seguros sobre el estado actual de sus clases obreras, así en lo político como en lo económico y social, y del estudio que de ellos hacemos, deducimos que allí se opera con gran vigor y profunda fe un movimiento de union entre todos los trabajadores, el cual no ha de tardarse mucho tiempo en que le veamos bajar al Mediodía y extenderse por el Oriente y Occidente de Europa, realizando en esto, por su parte, el ideal de solidaridad que predicán con tanto entusiasmo los obreros de estos países, y que es el llamado en su día á reivindicar los derechos del proletariado.

No es de extrañar que siendo el cultivo del suelo una de las ocupaciones esenciales del trabajador del Norte, aquí dominen las asociaciones agricolas, medio fácil de concertar los esfuerzos, para lograr resultados más ventajosos en una industria que á cada paso vése combatida por obstáculos de todo género, desde los que presenta la naturaleza hasta los que aparecen con distintas condiciones en la esfera del comercio. Esas sociedades procuran inmediatamente ponerse en relacion con los bancos populares, á fin de conseguir un capital que, si bien relativamente pequeño, sirve para atender á gastos que son indispensables en las épocas de siembra y recoleccion, para compra de instrumentos y máquinas que el progreso reforma, perfecciona y descubre de dia en dia, y como remedio, en cierto modo salvador, de sus intereses en circunstancias anormales.

Es de notar que los obreros del Norte no escasean sus declaraciones de que desean luchar pacíficamente por el triunfo de su emancipacion, que no quieren implantar su derecho por la fuerza bruta; de aquí protestas enérgicas cuando sus adversarios les califican de sanguinarios y demagogos, á la vez que combaten con calma y mesura los privilegios, los abusos, las injusticias que advierten en la presente organizacion social y que son causas permanentes de sus dolores, privaciones y sufrimientos. Por esto, repetimos, en la solidaridad buscan la desaparicion del salariado y la extincion del pauperismo, adoptando como base de

doctrina el siguiente principio: Quien no trabaja y no produce, no tiene derecho á consumo. Abajo, pues, los parásitos ú holgazanes.

Dominados por este espíritu pacífico, pero revolucionario, no revisten sus huelgas ó coaliciones el carácter violento y tempestuoso que caracteriza á las coaliciones ó huelgas de los demas pueblos de Europa. Esto depende probablemente de que las revoluciones han afirmado en el Mediodía y Occidente de Europa la libertad civil, la libertad política, la igualdad ante la ley, en una palabra, los derechos del hombre y del ciudadano, y no se consiente en que por nadie sean violados ó ultrajados, mientras que las reacciones, casi siempre imperantes en el Norte, mantienen la ciega obediencia de las clases populares á las clases nobles, y de éstas y aquéllas á los emperadores ó reyes, por efecto, sin duda, de la ignorancia y envilecimiento en que han vivido durante su larga servidumbre. ¡Qué de dificultades hasta conseguir la asociación en estos países donde la iniciativa individual no verificaba nunca reforma alguna en bien del trabajo y del trabajador!

JOAQUIN MARTIN DE OLÍAS.

## LOS MUSEOS DE ESPAÑA.

### VIII.

#### EL MONASTERIO DEL ESCORIAL.

Aunque el monasterio del Escorial no es un Museo de pinturas, son muchas y peregrinas las que contiene, á pesar de haberse trasladado las más importantes al Museo de Madrid. Las que han quedado merecen estudiarse, así como los frescos que adornan el claustro principal bajo, la biblioteca, bóvedas de la iglesia y escalera principal.

No pienso dar tanta extensión á mi trabajo sobre los Museos que trate de comprender en él tesoros que aún existen esparcidos en esta y la otra iglesia, porque si bien sería muy interesante el hacerlo, serían también necesarios multitud de costosos viajes. El Escorial merece esta excepción por la gran colección de obras que contiene y por haberse reunido allí una colonia de italianos de los que, algunos que quedaron en España y abrieron estudio en Madrid, contribuyeron á difundir el arte en nuestro país.

No es necesario que haga una descripción del monasterio, habiendo como hay escritas tantas y tan prolijas; por lo que, no teniendo gran cosa de notable la estatua de San Lorenzo que adorna la fachada principal, y mucho menos los seis reyes colocados sobre el pórtico de la iglesia, empezaré desde luego á examinar las obras de Peregrin Tibaldi que hay en el claustro principal bajo.

Todos los cuatro lados de este claustro contienen pinturas á fresco dentro de los arcos de la pared, y aunque se creen pintadas por mano del mismo Tibaldi las cinco composiciones comprendidas entre la puerta de la iglesia que sale al claustro y el ángulo más cercano á la de la sacristía, sólo deben estarlo una ó dos, y las demas de este lado, como la colección completa, si bien por sus cartones, deben estar pintadas por discípulos.

Representa esta colección de cuadros la vida de la Virgen y la Vida y Pasión de Jesús.

Ignoro en qué datos se apoyaría Ponz para decir que las cinco composiciones que representan *San Joaquín y Santa Ana á la puerta del templo*, *El nacimiento de la Virgen*, *La presentación de la Virgen al templo*, *Los desposorios con San José* y *La Visitation á Santa Isabel*, son todas de mano de Tibaldi, pues á juzgar por la ejecución, sólo las dos primeras parecen pintadas por él, así como parecen también suyos el fresco de la misma banda que representa *El Juicio final*, y el de la del Mediodía en que se expresa *La Oración de Cristo en el huerto*. Todas las composiciones de estos frescos están bien expresadas, el dibujo es grandioso y recuerda las tradiciones de Miguel Ángel y de Rafael, y muchas figuras, y aun grupos enteros, están plagiados por completo de las obras de aquellos maestros. El colorido es monótono y desentonado; aunque en esto habrá tenido el tiempo mucha parte, pues los azules y verdes, con especialidad, han sufrido mucho. La ejecución es desigual, como de varias manos. En las más de las pinturas se ve el procedimiento de retocar punteando, única manera de poder retocar al fresco, muy usada entonces por los que no dominaban tanto este manejo como lo dominaron después los Jordan, Corrado y Tiépolo.

El fresco que representa la *Anunciación del ángel á María* está pintado por Federico Zuccaro.

En resumen, esta ornamentación del claustro bajo es muy estimable, y es de sentir que no se haya reproducido por el grabado; porque, aunque no tenga una importancia de primer orden, será sensible que el tiempo y la barbarie del vulgo la hagan desaparecer, pues hasta donde alcanza la mano de salvaje están completamente destruidas estas pinturas.

El fresco de la bóveda de la biblioteca es la obra más importante que dejó Tibaldi en este monasterio. Está dividido en siete compartimentos, en los que se representan con figuras de matronas, de colosal tamaño, la *Gramática*, la *Retórica*, la *Dialéctica*, la *Aritmética*, la *Música*, la *Geometría* y la *Astrología*; además, en el medio punto que resulta en el testero que hace frente á la puerta de entrada, sobre la cornisa, está la *Filosofía*, y en el opuesto la *Teología*. Todas las expresadas figuras y

grupos de niños que las acompañan están representadas en valientes escorzos, en los que se ve lo que Tibaldi había estudiado á Miguel Angel, y en muchas partes se ven marcadas reminiscencias del gran maestro, señaladamente en la figura de la Teología, que es copia de la sibila Eritrhea de la Capilla Sixtina.

El colorido es agradable y vigoroso, y la decoración en conjunto presenta un aspecto magnífico.

En los lunetos de las ventanas están fingidas unas claraboyas, en las que se ven niños con atributos de la ciencia á que corresponden, colocados en violentos escorzos, y á los lados, sobre la cornisa, insignes varones que brillaron en la ciencia que está representada en el compartimento inmediato de la bóveda. Estas figuras se hallan bastante estropeadas por la humedad, y mucho más por restauraciones de inhábil mano.

De las obras de Tibaldi, pintadas al óleo, que se conservan en este monasterio, los tres cuadros del retablo mayor son los mejores. Representan *El Nacimiento de Jesus*, *La Adoracion de los Reyes* y *El Martirio de San Lorenzo*. El alarde de hacer figuras escorzadas, hace afectada y extraña la última composición, á pesar de estar bien ejecutada, como los otros dos cuadros. *El San Miguel* colocado en la capilla de su advocacion es de colorido frío y monótono en las carnes, compuesto con retazos tomados de *El juicio final* de Miguel Angel.

En el claustro bajo pintó tambien Tibaldi dos trípticos de los que hay en los ángulos. El que representa *Cristo clavado en la cruz* tiene una composición extraña; en primer término, Longinos, montado en un huesoso caballo blanco, toma á tientas, de mano de un individuo, la lanza con que trata de herir al Crucificado; al lado derecho hay un grupo de las santas mujeres arrodilladas en el suelo para sostener á la Virgen, que ha caído desmayada; en segundo término, se ve á Jesus crucificado y San Juan abrazando la cruz. Lo que más llama la atención son las ancas del escuálido caballo; las figuras están amontonadas y aparecen en desproporción injustificada de tamaños; el colorido en muchas partes es de un gris desagradable, y la cabeza de la Virgen y el grupo de las mujeres, en el que hay cierta expresión y grandiosidad, pasan desapercibidos. El mismo asunto, pintado en el interior del tríptico, y *El Entierro de Cristo*, en una de las portezuelas, están mejor entendidos. En el otro tríptico se ve *La Resurrección*, cuadro en el que, como en *El Martirio de San Lorenzo*, los demasiados escorzos de los soldados y la actitud teatral del Cristo forman un conjunto amanerado y poco agradable.

En resumen, Peregrin Tibaldi demuestra en las pinturas que dejó en este monasterio que era un

artista de talento, pero que le faltaban muchas condiciones de sentimiento y originalidad para poder figurar en primera línea. Discípulo de Bagnacavallo, que lo era de Rafael, y entusiasta de Miguel Angel, conserva, aunque en decadencia, las tradiciones de aquellos maestros. Carece de la gracia de Rafael y de los conocimientos de Miguel Angel, es apasionado por los escorzos, que emplea sin discernimiento, quitando toda importancia á la expresión de los asuntos por dársela á la convención escolástica de la forma; así es que nunca compone una obra sin acordarse de aquellos maestros, á quienes toma sin escrúpulo las figuras que le convienen, resultando de esto la falta de sentimiento que se nota en la mayor parte de sus obras.

El fresco de la bóveda del coro de la iglesia es obra de Lúcas Cangiasi, conocido por *Ingueto*. Esta pintura ha sido desde que se pintó objeto de muchas y justas críticas; pero, á pesar de todo, es de agradecer á Jordan el que se excusara de hacerla de nuevo. Representa *La Gloria*. En el centro, en la parte superior, se ve á la Santísima Trinidad, y debajo, en filas simétricas, los coros de bienaventurados, rodeados de ángeles según sus jerarquías. En los costados, á manera de friso, hay otros coros de santos y santas, entre los que se ven tambien algunos personajes y escritores notables, como el Dante. A uno de los costados, fuera de la composición é independiente de ella, se retrató Cangiasi, acompañado del P. Villacastin, en actitud de enseñarle la obra de cuya distribución teológica fué el fraile el autor.

No es precisamente la monotonía y ordenamiento simétrico de la composición lo que más perjudica á este fresco, sino la falta de degradación y términos convenientes y la poca armonía de los colores. Colocadas como están todas las figuras en el mismo plano, y con igual detalle y claro oscuro, carecen completamente de unidad y conjunto. Hay forzosamente que mirar cada figura por sí, ó en grupos muy pequeños, lo cual es muy fatigoso en un tan gran número de personajes.

Es muy difícil conseguir unidad en una bóveda cilíndrica de la extensión de esta; pero pueden salvarse los inconvenientes haciendo varios cuadros, separados por motivos de arquitectura, como hizo Tibaldi en la biblioteca, ó como Tiépolo en el salón de embajadores del palacio de Madrid, esparciendo la composición de modo que pueda gozarse en cuatro ó cinco grupos distintos que constituya cada uno un conjunto. La obra de Cangiasi, considerada en detalle, ofrece algunas bellezas y tiene grandiosidad y gracia en el dibujo. Hay además en este coro, pintadas por el mismo artista, en figuras mayores que el natural y repartidas en diferentes sitios, *La Anunciación*, *Las Virtudes Teológicas y Cardinales*, *San*

*Lorenzo y San Jerónimo.* La bóveda y lunetos de la capilla mayor son también obra de Cangiasi. En la bóveda representó *La Coronación de la Virgen*, y en los lunetos los cuatro profetas mayores y dos grupos de angelitos, todo perfectamente distribuido con mucha sencillez y gusto en el ornato que lo rodea, muy de acuerdo con la severidad de líneas del templo. Bajo este punto de vista hubiera sido muy superior toda la decoración ejecutada por Cangiasi ó Tibaldi á la que después ejecutó Jordan.

Se conservan también en este monasterio algunos cuadros de Cangiasi pintados al óleo, pero que seguramente no dan idea de un artista muy notable. *El martirio de Santa Ursula y sus compañeras, El martirio de San Lorenzo y el San Miguel*, que se ven en la iglesia vieja, fueron desechados, con mucha razón, en el tiempo mismo en que el autor los pintó. Mejor es el *San Juan predicando*, que se halla en una de las capillas de la iglesia. La composición de este cuadro es sencilla y bien entendida, y tiene un colorido agradable. El pintor ha vestido á los personajes con trajes de su tiempo, y si el San Juan no tuviera en la mano una crucita de caña, ni se supiera positivamente por el lugar en que está colocado lo que representa, parecería un improvisador italiano entreteniendo al pueblo en cualquier punto de la campiña de Roma.

Lúcas Cangiasi, por las obras que dejó en el Escorial, demuestra que, si bien no carecía de algunas cualidades importantes, está muy lejos de poder figurar en primera línea.

Rómulo Cincinato pintó los cuatro grandes cuadros que hay en el coro, á los lados de los dos órganos, que representan, en figuras mayores que el natural, á *San Lorenzo presentando al tirano los pobres como tesoro de la iglesia, El prendimiento de San Sixto, San Jerónimo escribiendo, y San Jerónimo instruyendo á sus discípulos.* Los dos primeros son quizás las mejores obras de este autor, y los otros dos de las más flojas. Estos cuadros están pintados al fresco en las paredes; pero tiene también Cincinato varias obras al óleo, como son los trípticos en el claustro y un cuadro en una capilla de la iglesia. La parte exterior del tríptico que representa la *Transfiguración*, es una reminiscencia del mismo asunto pintado por Rafael, y la parte superior es casi una copia. Este poco escrúpulo que tenían los pintores de segundo orden de apropiarse en todo ó en parte las concepciones de sus maestros, les hacen desmerecer mucho. El otro tríptico representa en su parte exterior *La cena legal*; Jesús y sus discípulos están en pie alrededor de la mesa con traje de camino y bastones en las manos. En las cabezas de los personajes se nota un *amaneramiento*, que hace parezcan todas retrato del mismo modelo. En el interior del tríptico se ve *La cena sa-*

*cramental*, que no ofrece tampoco nada verdaderamente notable. El cuadro del *Martirio de San Mauricio*, que está en la primera capilla de los pies de la iglesia, á la izquierda, es de un conjunto disparatado, y está lleno de faltas de perspectiva que hacen desmerecer tal cual trozo magistralmente pintado y detalles de buen dibujo que se ven en algunas partes.

Rómulo Cincinato es inferior á Tibaldi, y acaso á Cangiasi, aunque alguna vez, como en los dos frescos del coro, se eleve á la altura de sus compañeros.

Si los pintores italianos que vinieron para decorar el monasterio del Escorial tuvieron una influencia directa en el adelantamiento y tendencias de los artistas españoles, quien parece haberle tenido mayor es Bartolomé Carducci, que, en mi entender, fué el de más valía de los artistas que entonces vinieron á España. Todas las composiciones pintadas al fresco que hay entre lo alto de los estantes de la biblioteca y la cornisa están pintadas por Bartolomé, y corresponden con las alegóricas pintadas en el techo por Tibaldi.

Representan los cuadros correspondientes á la *Gramática*, uno en cada pared, *La confusión de lenguas en la torre de Babel*, y *Daniel aprendiendo en una escuela la lengua de los caldeos.* Los que hacen referencia á la *Retórica*, *Cicerón defendiendo á Cayo Rabirio*, y al otro lado *Hércules, de cuya boca salen cadenas de oro que atraen á las gentes*; con cuya alegoría se quiere indicar la fuerza de la elocuencia. La *Dialéctica* está indicada por *Cenón Eleates, señalando á sus discípulos una puerta donde se lee la palabra Veritas, y otra en que está escrito Falsitas*; en frente, *San Ambrosio y San Agustín disputando*, varios doctores presencian la escena, y Santa Mónica en ademán de orar. Representan la *Aritmética*, al un lado *Salomón descifrando enigmas á la reina de Saba*, y al otro, *Varios filósofos tratando de averiguar las cualidades del alma por el sistema de Pitágoras.* En el compartimiento correspondiente á la *Música*, *David tocando el arpa delante de Saul*, y *Orfeo adormeciendo al Cervo con los acordes de la lira, para sacar á Eurídice del infierno.* En el de la *Geometría* se representa á *Los sacerdotes egipcios señalando sus tierras á cada propietario por medio de demostraciones geométricas*, y *Los romanos en Siracusa en el momento de ir á matar á Arquímedes, que no oye á los asesinos, abstraído en hacer cálculos.* En el de la *Astrología* se ve á *San Dionisio Areopagita y otros, observando el eclipse de sol ocurrido en la muerte de Cristo*, y al otro lado, *Ezequías enfermo, é Isaías que le muestra como señal de su curación el prodigio de retroceder el sol en el reloj de Achaz*; y, finalmente, en los dos testeros, debajo de la *Filosofía*, representa la

*Escuela de Atenas*, y debajo de la *Teología*, el *Primer Concilio Niceno*.

Se conservan además siete cuadros al óleo de Carducci, que representan la vida de San Lorenzo, en los asuntos siguientes: *San Sixto confiriendo las órdenes á San Lorenzo*; *San Lorenzo administrando la comunión*; *curando á los enfermos*; *convirtiendo al carcelero*; *bautizando al carcelero*; *San Lorenzo, presentando al tirano los pobres como tesoro de la Iglesia*; *San Lorenzo en el tormento del potro*, y *Entierro del Santo*. Todas estas composiciones están bien dibujadas y tienen colorido agradable; sobresalen entre las demás *El bautismo del carcelero* y *El entierro del Santo*: en este último cuadro es notable la expresión de la escena, pues parece estarse viendo la tristeza en todos los semblantes, y el temor y precaución con que descienden á las catacumbas las sagradas reliquias, que ocultan al odio de los perseguidores del cristianismo.

Los frescos de la biblioteca y esta colección de cuadros de la vida de San Lorenzo acreditan á Carducci como pintor de gran valer. Es dibujante y colorista, compone con sencillez y naturalidad, y es muy acertado en dar la expresión conveniente á cada escena. Tiene más originalidad que los demás artistas que vinieron á pintar al Escorial, y se inspira más en el natural y ménos en los clásicos, sus antecesores.

La preciosa colección de cuadros de la vida de San Lorenzo pasa casi desapercibida del público por hallarse en mal estado y adornada de feos marcos de pino pintado, sin el lucimiento que merece. No sería muy difícil su restauración, y sería de desear que se hiciese con inteligencia.

Las bóvedas de la sacristía, ante-sacristía, salas capitulares, algunas fajas en el techo de la biblioteca y el techo y paredes del salón llamado de *Batallas* están pintados al temple por los hermanos Fabricio y Granelo. En el *Salón de Batallas* representaron la de la Higuera, ganada por el rey don Juan II á los moros de Granada. Es tradición que esta pintura se copió de unos lienzos contemporáneos al suceso que se hallaron en el alcázar de Segovia. Algunos detalles y trajes indican que tal vez se tuvieron delante los tales lienzos; pero debieron copiarse muy libremente. Las dos expediciones á las islas Terceras, representadas en los testeros de la sala, y los episodios de la *Batalla de San Quintín*, no tienen otro interés artístico que el de documentos históricos contemporáneos á los hechos.

Donde los dos hermanos se mostraron verdaderamente hábiles, en su género de ornamentistas, fué en las bóvedas citadas, con especialidad en las de la sacristía y salas capitulares. Pintaron en todas ellas *grutescos* por el estilo de los que se ven en Roma ejecutados por Polidoro Caldara y Juan de

Udina, en los que se ven infinitos caprichos, temples, vichas, frontispicios, medallas, figuras mitológicas ó de la historia sagrada, hojarascas, artesonados y piedras fingidas.

El techo de la celda prioral baja es de los mejores que hay en el monasterio; está pintado por Francisco de Urbino, y la mayor parte de los cartones que le sirvieron para la obra se conservan, siendo de sentir que estén guardados y no se coloquen convenientemente en lugar que puedan verse. En el centro del techo representó, en un cuadro, *El Juicio de Salomón*, y en las varios compartimentos en que está dividido lo demás y en la cornisa se ven diferentes adornos y cartelas del mejor gusto, y las figuras de los profetas, grupos de niños y diversas cariátides y medallones.

Para concluir la revista de los pintores que decoraron los techos del monasterio, sólo me resta hablar de Lucas Jordan, á quien en tiempos más cercanos á los nuestros tocó adornar las partes más importantes, como son las bóvedas de la iglesia y la bóveda y friso de la escalera principal.

En la bóveda de la iglesia, cabeza del crucero, representó *La Muerte* y *La Asunción de la Virgen*; en la inmediata al coro, *El Juicio Final*; en la del crucero, al lado del Evangelio, *Los israelitas después del paso del Mar Rojo*, y en la del lado de la Epístola, *La batalla contra los amalecitas*. Además pintó las cuatro bóvedas de las naves menores. En una de ellas representó la *Bienaventuranza, con muchos santos*, y en lugar principal *San Jerónimo sostenido por los ángeles*; en otra *varios coros de vírgenes* y *María Santísima sentada en un carro triunfal, en la proa del cual está Jesucristo en forma de cordero*; en otra *El triunfo de la Iglesia y confusión de las herejías*, y en la última *El Nacimiento, La Adoración de los Reyes*, y otros asuntos relativos á *La Encarnación*.

En las dos bóvedas de los antecoros pintó cuatro asuntos en cada una, relativos á las historias de David y Salomón.

En la gran bóveda de la escalera principal representó: en el centro, la Santísima Trinidad, y á su lado la Virgen; á un costado, y algo más abajo, San Lorenzo, acompañado de ángeles, en actitud de interceder; hácia el mismo sitio, San Hermenegildo, San Fernando, San Enrique, San Estéban y San Casimiro; más abajo, sobre un grupo de nubes, se ve á Carlos V, presentado por San Jerónimo, y á su lado Felipe II. En los cuatro ángulos están representadas, en grupos alegóricos, la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza. En el lado que hace frente al claustro principal hay un *rompimiento*, en que se finge un corredor al que está asomado Carlos II con su mujer doña Mariana Neoburg y su madre doña Mariana de Austria contemplando la obra.

En tres de los lados del friso se ven episodios de la batalla de San Quintín, y en el cuarto la fundación del monasterio, en cuyo fresco se retrató Jordan entre los acompañantes de Felipe II.

No faltan tampoco cuadros al óleo del fecundo artista napolitano; en el claustro principal alto hay un gran lienzo que representa á *San Fernando*, arrodillado, en adoración de la Virgen, que tiene al niño en los brazos y se halla acompañada de Santa Úrsula y otras muchas santas. En las salas capitulares hay cinco ó seis cuadros de Jordan; pero no citaré más que los que representan á *Noé y sus hijos* y *El Ángel deteniendo la burra de Balaam*, que son los más notables.

Si no bastasen las obras que dejó en el Escorial para poder juzgarle, aún tendríamos en Madrid la iglesia de San Antonio de los Portugueses, el Cason del Retiro y sus innumerables cuadros en el Palacio Real, casas de los grandes y Museo del Prado, y todavía en Toledo la gran bóveda de la sacristía de la catedral, que no hacen sino corroborar la opinión que se forma en viendo una sola de sus obras.

En Jordan se ve la mano que ejecuta, la memoria que retiene, el instinto que guía; pero le falta lo esencial: carece de cabeza que medite, de corazón que sienta, de estudio profundo que determine; cualidades sin las que se tendrá un gran *decorador*, como lo era, pero no un pintor.

Tiene del colorido, la armonía; del dibujo, la proporción; de la composición, el equilibrio; pero le falta decisión en todo. En el claro-oscuro es indeterminado; en las cabezas y extremos, monótono, y las deja á medio hacer; tanto en ellas, como en el conjunto de las composiciones, carece por completo de expresión. No es tan fecundo como parece, pues un número, relativamente pequeño, de figuras le repite siempre en diferentes combinaciones y permutaciones. Su amaneramiento es tal, que los personajes, sean jóvenes, viejos, niños ó mujeres, y hasta los animales, tienen aire de familia en sus cuadros. No es original tampoco, pues todas sus figuras recuerdan las de su maestro Pedro de Cortona.

Jordan tiene una gran cualidad, que es el aspecto del color, el gran ambiente y armonía de su pintura, que fascina por un momento; pero, pasado éste, el exámen va desvaneciendo el encanto. A pesar de todos estos defectos, demuestra un gran talento desaprovechado por falta de conciencia artística. Nacido en una época en que más que el saber se buscaba el aparato y la novedad, siguió la moda, y recibió los aplausos sin cuidarse del arte, que no desconocía, puesto que le comprendía y respetaba en sus antecesores.

En el monasterio del Escorial, sus pinturas no corresponden con las líneas severas del edificio, y

los tonos grises de la piedra irían mejor con el complemento de los espejos y molduras doradas de los salones de un palacio. Cuando trata de imitar á otro autor, se sujeta más y ganan sus obras en perfección; pero hay que tener presente, contra la opinión vulgar, que nunca estas imitaciones pueden confundirse con los autores imitados.

Desgraciadamente, tuvo una gran influencia en la pintura española, viniendo á romper las buenas máximas que aún conservaban Claudio Coello y Palomino. Coello murió agarrado á la bandera; pero Palomino se pasó al campo contrario con armas y bagajes, si bien no consiguió, á su pesar, abandonar por completo todos los buenos principios que había tenido.

Acabado el exámen de los pintores á fresco, réstame dar noticia de los muchos cuadros al óleo que aún se conservan en el monasterio.

Del gran Ticiano son: *La Cena*, que pintó para el refectorio; *El martirio de San Lorenzo*; *San Jerónimo*, y *La Oración en el huerto*, que están en los altares de las salas de capítulos, y tal vez sea también suyo un *Crucifijo* que se halla en la sacristía. El catálogo y las tarjetas que tienen debajo los cuadros atribuyen á este autor algunos cuadros que manifiestamente son copias, y medianas las más.

Dice Viardot, hablando de los cuadros de Ticiano que han perecido en España: «Otro tanto ha sucedido con la grande y magnífica *Cena*, rival del *Cenáculo*, de Leonardo, en la cual Ticiano trabajó siete años, y que proclamaba la mejor de sus obras aún después de haber pintado la *Asunción*, que Venecia reverencia piadosamente como la más santa reliquia de su pintor. Demasiado degradado para soportar una traslación, ha habido que dejar los pingajos de esta gran composición colgados en las paredes del refectorio desierto del Escorial, en donde manos impías la han mutilado y destruido en un lento suplicio.» Positivamente no vió Viardot la tal *Cena* y le contaron lo de su fatal estado, pues aunque hubo que restaurarla bastante, para cuyo fin se trajo á Madrid, el estado no debía ser tan absolutamente deplorable, puesto que hoy se puede juzgar bastante bien de lo que sería en sus mejores tiempos. Ticiano pintó esta *Cena* siendo ya de edad muy avanzada, y si bien se pasaron siete años desde que se la encargaron hasta que hizo entrega de ella, es porque la dejaría descansar largo tiempo, pues no es obra en la que emplearía más de dos ó tres meses un maestro de tanta práctica. El que tuviera este cuadro en tanta estimación como su *Asunción*, si es que tal aprecio le daba, prueba que un autor no es siempre el mejor juez de sus obras; pues aunque este cuadro sea excelente y lleno de grandes cualidades, como cuanto salió de sus manos, no justifica, sin embargo, los elogios que de él hacen Palomino y otros auto-

res. El grupo de Apóstoles que se ve á la derecha, entre los que suponen algunos está el retrato del autor, es de primer orden; pero la figura de Jesus es muy vulgar, y toda la parte izquierda del cuadro es muy inferior á sus buenas obras.

*El martirio de San Lorenzo*, cuadro que pintó inmediatamente despues que el de la *Cena*, es repetición, aunque con algunas variantes, de otro cuadro del mismo asunto que había pintado muchos años ántes para una iglesia de Venecia: este primer cuadro fué grabado por Cornelio Cort, y una prueba, tirada en seda amarilla, se conserva en la habitacion de Felipe II; por ella pueden verse las diferencias del cuadro de Venecia y el del Escorial. *El martirio de San Lorenzo* está pintado con una valentía é inteligencia admirables, dibujado con correccion, tiene un colorido precioso y un gran efecto de claro-oscuro y perspectiva. Es lo mejor de Ticiano que se conserva en este convento. El *San Jerónimo* y *La Oracion en el huerto* son de ménos importancia. Todos estos cuadros están firmados por su autor.

De Pablo Veronés son: *Jesucristo acompañado de los padres del Limbo, apareciéndose á la Virgen* (núm. 108), y *La Anunciacion* (núm. 478), ambos cuadros muy notables. El primero, de figuras menores que el natural, es una obra maestra, en que el color, el dibujo y la expresion nada dejan que desear. *La Anunciacion* se pintó para el altar mayor de la iglesia, donde nunca llegó á ser colocada: con decir que es de las buenas obras del autor, está hecho su elogio.

Varios son los cuadros que se ven de Carlos Veronés, hijo de Pablo, su discípulo é imitador. *El bautismo de Jesus* (núm. 158), *El descendimiento* (núm. 189), y *El descendimiento* (núm. 113). Todos ellos son muy apreciables, aunque distan mucho de las obras de su padre. Tambien hay dos cuadros de otro discípulo de Veronés, Miguel Parrasio, que representan: *Las Marías visitando el sepulcro de Cristo* (núm. 456), y *La adoracion de los Reyes* (número 364). El primero está firmado «Opus Parrasii»; pero el catálogo supone que la firma debe ser apócrifa. Tanto este cuadro como los del Escorial, son marcadamente de estilo de Veronés, de quien Parrasio fué uno de los mejores discípulos, y, de consiguiente, no hay motivo racional para suponer falsas las firmas, pues si la especulacion, ú otra cualquiera causa, hubiera inducido á suplantarla, se hubiera puesto la del maestro y no la de un discípulo. El cuadro de *La Adoracion de los Reyes*, compañero en tamaño y en estilo al de *Las Marías*, se atribuye en el catálogo á Carlos Veronés, siendo evidentemente de Parrasio. Ambos cuadros son muy estimables y apreciables, por dar á conocer á un autor de quien en España se conocen pocos cuadros, y que pueden poner en camino y dar luz para algunas nuevas in-

vestigaciones que den por resultado la clasificacion de algunas pinturas atribuidas hoy á Carlos Veronés ó á los imitadores anónimos de Pablo.

Tintoreto está mejor representado aún que Ticiano y Veronés, pues tiene mayor número de obras, algunas de las cuales son de primer orden. El cuadro más importante es el que representa á *Jesus lavando los piés á sus discípulos* (núm. 72), adquirido en la testamentaria del rey Carlos I de Inglaterra. Nada más felizmente representado que el palacio veneciano donde pasa la escena; la vista de la ciudad, los canales y las góndolas que los surcan, la disposicion de las figuras y la valentía de la ejecucion, son cosas maravillosas. Es verdad que el asunto está tratado de una manera poco grave, que ha dado el autor demasiada importancia al detalle grotesco de quitarse las calzas los Apóstoles; pero en la mayor parte de los pintores antiguos no hay que buscar otra cosa; rara vez el asunto les sirve más que de pretexto para lograr el aspecto pintoresco de las cosas, la pureza del dibujo ó la riqueza y verdad en el colorido. *El Nacimiento* (núm. 479), cuadro compañero en tamaño al de *La Anunciacion* de Veronés, fué pintado tambien para el retablo mayor, donde no se puso. Está ejecutado con más detenimiento que el que ordinariamente empleaba su fogoso autor, y es de suma importancia.

Dominico Theotocopuli (el Greco), tiene tambien obras muy importantes, como son *El Purgatorio* (núm. 62); *El martirio de San Mauricio* (núm. 485); *San Eugenio* (núm. 90); *San Pedro* (núm. 96), y *San Francisco* (núm. 63).

La biografía del Greco es muy oscura con anterioridad á su venida á Toledo en 1577. No consta en parte alguna que estudiase con Ticiano directamente; pero es indudable que imitó su colorido y tradiciones. Por buscar originalidad, sin duda, adoptó un modo extraño y exagerado de dibujar, y una manera de pintar descompuesta; pero á pesar de esto, todas sus obras respiran sentimiento, elegancia y dignidad. Es siempre modelo de colorido, y en el género de retratos igualó muchas veces á Ticiano, Tintoreto y Velazquez, que debió más de una vez contemplar con admiracion las obras del Greco. Aunque tuvo discípulos en Toledo, como Tristan, Orrente y el Padre Maino, no siguieron el estilo del maestro, y, á excepcion de Orrente, ninguno de los otros recuerdan á los maestros venecianos. Aunque no tuvieron las extravagancias del Greco, tampoco le aventajan en sus cualidades. Todos los cuadros que se conservan en el Escorial de este autor son de valor. El que representa *El martirio de San Mauricio* es muy superior al que pintó con el mismo asunto Rómulo Cincinato. El de *El Purgatorio*, ó una vision de Felipe II, es del colorido más rico y admirable que puede imaginarse,

y los otros, aunque de una sola figura, son muy estimables.

Los pintores venecianos están bien representados en este monasterio, pues además de las obras citadas, hay seis cuadros de Jacobo Bassan, que no me paro á describir porque nada notable ofrecen sobre los demás trabajos de este artista que se conservan en el Museo de Madrid y que son tan conocidos.

Federico Zuccaro pintó: el fresco del claustro bajo que representa *La Anunciación*; en el segundo cuerpo del retablo mayor de la iglesia, *Jesus en el camino del Calvario*, y *Jesus azotado por los sayones*; y en el tercero, en el centro, *La Asunción de la Virgen*, y á los lados, *La Resurrección* y *La venida del Espíritu Santo. El Nacimiento* (núm. 481), y *la Adoración de los Reyes* (núm. 483), fueron hechos para el primer cuerpo de dicho retablo; más después se substituyeron con los mismos asuntos ejecutados por Tibaldi. *El martirio de San Lorenzo*, que hizo también para el mismo sitio, ocupó hasta muy recientemente el altar de la iglesia del pueblo, de donde se quitó para poner un retablo nuevo, hallándose hoy arrollado y almacenado. Son también obra de Zuccaro las puertas de los dos relicarios de los altares colaterales de la iglesia del monasterio, en las que representó: *La Anunciación* en el lado del Evangelio, y *San Jerónimo* en el otro. Todas estas pinturas son muy estimables, y prueban que, aunque fuese exagerada, no faltaba base á la fama que trajo de Italia. Influyeron, sin duda, causas ajenas al arte en la prevención con que Felipe II miró sus trabajos, pues valían tanto como los de Tibaldi y mucho más que los de Cangiassi y Cincinato. Zuccaro dibuja, compone y pinta bien, constituyendo esto su mayor defecto, pues no tiene ninguna de estas cualidades en aquel grado eminente que constituye el artista de primer orden. Los cuadros del retablo mayor son de muy buen efecto y no tienen las exageraciones de Tibaldi. *La Anunciación*, pintada en la parte interior de uno de los relicarios, está llena de elegancia y gracia, y es tal vez la mejor de las obras que hizo para el monasterio.

Federico Barroquio es el autor del cuadro (número 142) que representa *La vocación de San Pedro y San Andrés*: está tratado el asunto con grandiosidad y buen aspecto de color; los extremos son vulgares, y el conjunto muy concluido en unas partes, en otras parece bosquejarlo solamente.

Otro de los maestros italianos, que como Carducho, tuvieron estudio en Madrid y contribuyeron á difundir el arte en España, fué Patricio Caxés. Dos cuadros suyos se conservan en el Escorial, cuyos asuntos son: *San Joaquín y Santa Ana á la puerta del templo* (núm. 140), y *La presentación de la Vir-*

*gen en el templo* (núm. 139): no dan, por cierto, idea de su talento, pues aunque el aspecto es agradable y hay cabezas y extremos bien entendidos, las figuras son ridiculamente cortas y el colorido monótono y pesado. Caxés, como Carducho, es más bien pintor *naturalista* que clásico, y séase propia inclinación, ó las máximas de estos maestros, el hecho es que la mayoría de los pintores españoles posteriores á ellos fueron *naturalistas*; por eso, como es tradición vulgar que los italianos que vinieron al Escorial tuvieron una influencia directa en nuestros artistas, fueron éstos sin duda quien la ejercieron, pues los que cultivaron el estilo clásico, como Céspedes, Pacheco, Becerra, Barroso, Carvajal, Juanes, etc., nada debieron á la colonia escorialense, pues fueron anteriores ó contemporáneos á ella.

Pocos cuadros hay de pintores flamencos en esta colección; pero uno de ellos es muy importante, *El descendimiento* (núm. 53), de Roger Vander-Weide; no repetición, como se supone, del que está en el Museo del Prado, sino el original, pues el de Madrid es copia, hecha tal vez por Miguel Coxein.

Aunque de aspecto florentino, deben ser obra de algún artista flamenco dos tablas que representan *El Profeta Isaías* (núm. 52), y *La Sibila Eritrea* (núm. 54), las cuales llaman la atención de los inteligentes, más que por el mérito real que tengan, por su buen aspecto.

Del citado Miguel Coxein hay ocho cuadros muy apreciables, como el tríptico que representa el *Martirio de San Felipe* (núm. 417); el *David cortando la cabeza á Goliath* (núm. 80), y el asunto místico (núm. 103), tabla en cuyo reverso está pintado *San Joaquín después de la ofrenda en el templo* (número 107). Todos ellos hacen ver lo hiperbólico del nombre de Rafael flamenco con que se ha gratificado á Coxein.

Varios floreros del jesuita Daniel Segers son obras maestras en su género; pero lo verdaderamente notable son los cuadros del holandés Jerónimo Bosch: *El Jesus presentado al pueblo* (núm. 371), y los dos trípticos, tanto el que representa *El carro del heno* (núm. 378), cuanto el que puede llamarse de *La lujuria* (núm. 129), tienen toda la fantasía y extrañeza que acostumbraba este autor emplear en sus obras; sería menester un libro para describirlos é interpretarlos. Los dos trípticos representan simbólicamente las mismas ideas, que son: la creación del hombre, su entorpecimiento en el pecado y los castigos del infierno. Son cuadros para mirados despacio y estudiados con detenimiento.

Del célebre Haus Holbein, ó, por lo ménos, que se le atribuyen con mucho fundamento, se ven algunos estudios á la aguada, que representan paisajes, animales é insectos (núm. 260), y un precio-

sisimo tríptico, pintado en vitela pegada en tabla, en el que se representa á *San Jerónimo*, *San Antonio de Pádua* y *La huida á Egipto* (núm. 910).

De pintores españoles se encuentran tambien algunas obras muy interesantes, porque de muchos de ellos tenemos pocos cuadros en otras partes. Juan Fernandez Navarrete (el Mudo) figura en primer lugar, tanto por el mérito de sus cuadros como por el número de ellos, que es de diez y nueve. En los altares de la iglesia hay ocho, en que están representados: *San Juan y San Mateo* (núm. 14), *San Pedro y San Pablo* (9), *San Felipe y Santiago* (10), *San Lucas y San Marcos* (13), *San Bartolomé y Santo Tomás* (46), *San Bernabé y San Matías* (47), *Santiago el mayor y San Andrés* (49), *San Simón y San Judas* (50).

En el claustro principal alto están colocados cinco grandes lienzos, que representan: *San Jerónimo penitente* (núm. 174), *Nacimiento de Jesus* (173), *Sacra familia* (187), *Jesus atado á la columna y azotado por los sayones* (188), y la *Aparicion de Jesus á la Virgen despues de resucitado* (144). En otras varias partes del edificio, que no debo determinar, porque han sufrido diferentes cambios y pueden seguirlos sufriendo, se ven: *El entierro de San Lorenzo* (núm. 111), *Jesus crucificado y á los lados la Virgen y San Juan* (128), pintado en tabla; *La degollacion del apóstol Santiago* (476). Además en uno de los tránsitos altos de la iglesia está *La vocacion de San Pedro y San Andrés al apostolado* (número 131), y á los lados del Crucifijo de Benvenuto Cellini, dos tablas con *La Virgen y San Juan* (255).

Hay, pues, ancho campo donde poder juzgar á Navarrete. Se ve por estas obras que no siempre se valió del mismo estilo; en el *Crucifijo* recuerda la manera alemana, y en el *San Jerónimo*, la de los flamencos que estudiaron en Italia; pero, sin embargo de esto, su modo de pintar mejor y más general es italiano, con reminiscencias de Miguel Angel en el dibujo y de Ticiano en el colorido. Navarrete es un maestro importante. Su *Apostolado*, y especialmente el *San Pedro y San Pablo*, *San Bartolomé y Santo Tomás*, y *San Matías y San Bernabé*, son de una nobleza, una grandiosidad de dibujo y una armonía y una brillantez de color admirables. *El Nacimiento*, aunque muy ennegrecido y estropeado, tiene las mismas cualidades y puede figurar entre sus mejores obras. Es lástima que este pintor no sea más conocido, y que el Museo de Madrid no contenga alguna de sus obras importantes que le dieran á conocer mejor que las insignificantes con que figura en él.

Muchos de estos cuadros del Escorial están bastante estropeados por las malas condiciones del edificio para guardar pinturas. Ponz cita un cuadro del Mudo, que representa *Abraham y Sara reci-*

*biendo en su casa á los tres ángeles*, que dice estaba en su tiempo en el altar de la portería, y que ha desaparecido, no conservándose hoy más que una pequeña copia (núm. 465). Esta falta data de la época de la invasion francesa.

Encierra tambien este convento algunos cuadros de José de Rivera, el Españolito, y varios otros que infundadamente se le atribuyen. Los indudablemente originales son: *Jacob guardando un rebaño* (68); *San Jerónimo en el desierto* (60); *El Nacimiento* (339); *San Pedro, librado de la prision* (76), y algun otro cuadro de ménos importancia. Como ya tuve ocasion, en la visita al Museo de Valencia, de apreciar las cualidades de este autor, me limitaré aqui á algunas pequeñas observaciones para deshacer algunos errores del catálogo, ó para señalar alguna particularidad de estos cuadros. El *Nacimiento* está firmado de este modo: *Jusepe de Rivera español valenciano de la ciudad de Xativa académico romano F. 1640*. Está este cuadro en un lastimoso estado de conservacion. Otro *Nacimiento* (343), aunque clasificado como de Rivera, no es más que una mediana copia ó imitacion. Tampoco, aunque está firmada, es más que una buena copia *La Santísima Trinidad* (450). Otro tanto sucede con *La Sacra Familia* (441), de la que hay una repeticion en las monjas de D. Juan de Alarcon en Madrid, y otra, que tal vez sea el original, aunque tambien es dudoso, en el Museo de Toledo. Las mismas circunstancias y semejantes repeticiones concurren en el *San Antonio* (339), que es una muy mediana copia, igual á otras muchas, como las del Museo de Madrid y la de las monjas Capuchinas.

Segun Ponz, el cuadro de Velazquez que representa *Jacob recibiendo de sus hijos la túnica ensangrentada de José* (341) es de lo mejor que pintó el autor; pero creo que hoy se tiene con razon la opinion contraria y se considera como el más flojo. El claro-oscuro de este cuadro es muy bueno; hay trozos en él admirablemente pintados, pero es de color pesado y de una vulgaridad extremada. Contra la costumbre de Velazquez, las figuras están *puestas*; se está viendo el *modelo*. A pesar de todo, es un buen cuadro, como no puede ménos de serlo estando ejecutado por tan gran artista en la misma época que las *Fraguas de Vulcano* del Museo de Madrid.

Alonso Sanchez Coello es llamado por algunos el Ticiano portugues; pero los criticos modernos creen que no fué portugues, sino valenciano, y lo que tiene de *ticianesco* es algo remoto. Se parece al pintor italiano en que ambos pintaron muy buenos retratos; pero ni el color, ni la manera de pintar, ni el detalle, ni el dibujo, se parecen más que al flamenco Antonio Moro, su maestro. En los altares de la iglesia hay varios cuadros de Sanchez Coello,

representando diferentes santos y santas; los dos más notables son: *San Vicente y San Jorge* (32), y *San Estéban y San Lorenzo* (28). En este último son de notar dos composiciones que se figuran bordadas en las casullas de los santos, en las que representan los martirios de cada uno de ellos. Están muy bien entendidas, llenas de movimiento y pintorescamente agrupadas. Me fijo en este detalle, porque no deja de ser interesante para poder formarse idea de cómo hubiese tratado este autor la composición, pues generalmente no se conocen de su mano más que retratos, ó santos de devoción, en figuras aisladas ó colocados en grupos simétricos. Por error, sin duda, atribuye el catálogo á Sanchez Coello el cuadro (núm. 20) que figura *El martirio de los niños Santos Justo y Pastor*, que consta fué pintado por Juan Urbina. También debe ser error el suponer que el magnífico retrato del *P. Fr. José de Sigüenza* (192), original de Coello, es la copia de Carreño, pues que la copia hecha por éste lleva el número 293, y se incluye malamente entre los retratos ejecutados por Ponz para la biblioteca. También es de Coello *La Virgen de la Antigua* (número 395). Alonso Sanchez Coello era un pintor de talento; tiene menos armonía y suavidad que su maestro Moro, aunque dibuja tanto como él. En la minuciosidad del detalle sabe conservar el conjunto, y esto debió valerle la fama que logró; porque al público que se retrata le agrada mucho poder contar los anillos de la cadena y ver el hilo del tejido de la ropa: no trato por esto de rebajar el mérito de Coello; pero de él á Ticiano hay un mundo.

Conforme Coello es un punto menos que Moro, Pantoja es un punto menos que Coello. La escala, aunque no mucho, va bajando. Nueve cuadros de Pantoja se conservan en el Escorial, y son: cuatro de escudos de armas de la casa de Austria (números 477, 480, 484 y 486); otros dos, en que se ven los enterramientos de Carlos V y de Felipe II (468 y 474), copiados de los dos que hay en la iglesia á los dos lados del presbiterio. Un retrato de Carlos V, de más de medio cuerpo (419); otro retrato del mismo emperador, de cuerpo entero (256), y el de Felipe III (257). Esta sucesión de retratistas de personas reales, que empieza en Antonio Moro, va descendiendo siempre, como he dicho, y termina con Bartolomé González, autor del retrato de Felipe VI, niño (421).

Luis de Carvajal es un pintor muy notable, de quien se conocen pocas más obras que las que se conservan en este monasterio. Fué discípulo de Villoldo, y por sus cuadros se ve que, directamente ó por tradición, imita el estilo de los discípulos de Rafael. Tiene dos trípticos en el claustro principal, y son los que representan *El Nacimiento* y *La adoración de los Reyes*; en éste último cuadro se ve el

retrato del autor entre la servidumbre de los Reyes Magos, en la tabla de la parte interior. También hay en los altares de la iglesia varios cuadros de santos de devoción debidos á su pincel. En todas sus obras hay un equilibrio de buenas cualidades que hace que ninguna sobresalga, que es lo que sucede generalmente á los pintores que siguen la tradición ó el estilo de otros; sus cuadros se ven con aprecio, pero no con admiración.

Miguel Barroso es muy semejante á Carvajal, aunque tal vez valga algo más. Tiene también dos trípticos en el claustro principal: *La Ascension del Señor* y *La venida del Espíritu Santo*, que, aunque son menos brillantes, en nada desmerecen de los pintados por Tibaldi y Cincinato, y aun tal vez tengan menos amaneramiento.

Juan Gomez, que pertenece á la misma familia artística que los autores anteriormente citados, vale mucho menos. Los cuadros de *La vida de San Jerónimo* (números del 163 al 171) son muy medianos, y el del *Martirio de Santa Úrsula*, que se ve en la iglesia en la capilla de la Santa, si bien es mejor, es tradición también que fué compuesto y dibujado por Tibaldi. Al saber el aprecio que hizo Felipe II de Gomez y la manera cómo despidió á Zuccaro, así como el poco aprecio que hizo de las obras del Greco, se ve que en su criterio artístico debieron concurrir muchas veces circunstancias ajenas al arte.

He dejado para el último á Claudio Coello, autor del famoso cuadro de *La Santa Forma*, que se ve en altar de la sacristía; para despedirme dignamente de las obras notables de pintura que hay en este templo, que, como se ve por lo que llevo dicho, son escogidas y numerosas.

Representa esta obra la procesion y ceremonia que se hicieron al colocar en el altar la Sagrada Forma. El P. Fr. José de los Santos, que es el celebrante, tiene la Custodia en las manos; á su lado, de rodillas, se ve al diácono y subdiácono; enfrente, de rodillas también, apoyado en un reclinatorio está, el rey Carlos II; á su lado, los duques de Medinaceli, de Pastrana, y otros personajes de la corte. En primer término, hácia el lado donde se halla el celebrante, se distingue entre otras figuras el retrato del pintor. En segundo término, están los religiosos, coristas y músicos, y los demas concurrentes; siendo el fondo la perspectiva de la sacristía. En la parte superior, como flotando en el aire, se ven las Virtudes teologales y unos angelitos en lo más alto, sosteniendo unas cortinas que cierran la composición.

Como efecto de perspectiva aérea, es este cuadro uno de los mejores que se han pintado; pero aparte de esta cualidad, secundaria hasta cierto punto, hay que admirar la verdad del dibujo, la armonía del color, la vida y la expresión. La dificultad de arreglar tantas figuras en un tamaño desproporcionado

por lo angosto y alto, está salvada con un talento tan grande, que parece como si el autor hubiera tenido ancho campo donde explicar su pensamiento. Si el arte consistiera no más en dar idea exacta del natural y causar ilusión óptica, pocos cuadros igualarían al de *La Santa Forma*.

Además de las obras que guarda el monasterio, en la parte del palacio hay también una pequeña colección de cuadros muy estimables, y casi todas las salas están forradas con tapices fabricados en Madrid, en tiempo de Carlos III, Carlos IV y hasta Fernando VII, la generalidad de los cuales, dan una pobre idea de nuestra industria en este género. Creen muchos que todos aquellos tapices que representan cacerías y bambochadas, sacadas de los cuadros de Teniers, Wouvermans y otros pintores antiguos, son tejidos en las fábricas flamencas, y esto es un error: la única colección de las fábricas de Bruselas es la que representa pasajes de la historia de Telémaco; todas las demás están hechas en Madrid.

Habiendo pocos pintores en disposición de suministrar buenos originales para la fábrica de tapices, tuvieron que encargarse á muchos de ellos que copiasen los asuntos de las estampas de los maestros flamencos, y este es el origen de estar reproducidos muchos de los cuadros de Teniers. Goya, Bayeu y Castillo fueron los autores de los originales más importantes, sobre todo el primero, de cuyos interesantes cartones no dan ni pálida idea estos medianos tapices.

De los cuadros que adornan el palacio, son los más notables una *Sacra familia* (610), repetición de la que hay de Andrea del Sarto en el Museo de Madrid; *La Adoración de los reyes* (539), de Benvenuto Garofolo; *La Virgen con el Niño Dios y San Juan* (548), de Pordenone; *Retratos de familia* (554), de escuela flamenca (por más que el catálogo los crea de Gaetani); *Jesús burlado y abofeteado por los sayones* (559), de Correa, y una *Anunciación*, del Sódoma.

Sin que pretenda que todas las obras importantes de arte se centralicen en Madrid, pues que deben fomentarse también los Museos provinciales, creo que muchos de los cuadros del Escorial deberían traerse al Museo del Prado. El Escorial se encuentra en muy diferentes condiciones que una capital de provincia, y hay en él ciertas obras muy notables que están materialmente perdidas por no poder estudiarse y no contribuir tampoco al ornato del templo. Los cinco cuadros de Navarrete que se hallan en el claustro; *El Lavatorio*, *El Nacimiento*, y todos los cuadros de Tintoretto; *La Cena y el Martirio de San Lorenzo*, de Ticiano; *La Vocación de San Andrés*, de Barrochio; casi todos los cuadros del Greco; todos los de Bosch, y otros muchos,

estarían mejor en Madrid, donde completarían el Museo, pudiéndose traer al monasterio en sustitución muchos Jordanes, Guidos, Carduchos, etc., que allí están muy repetidos. Es una gran aflicción para todo amante del arte ver el magnífico *Descendimiento* de Wanderweyde en las penumbras de la antesacristía, cuando cualquier otro cuadro de menos importancia causaría allí mejor efecto.

También en la casita del Príncipe, llamada Casita de Abajo, hay otra colección de cuadros, de los que algunos, como los dos de Goya, los dos de Waiteau, la preciosísima colección de tablitas de Altorfer, el Garofolo, el Durero y el Holbein, es una verdadera desgracia que no estén en Madrid; porque donde están, ni se ven bien, ni se puede entrar más que cortos instantes, ni hay facilidades para copiarlos. Sé que todo esto no se hará en mucho tiempo, tal vez nunca, porque la ignorancia, la rutina y la poca afición que tenemos á las artes son dificultades casi insuperables.

CEFERINO ARAUJO SANCHEZ.

Escorial, Octubre 1868.

## LAS OBRAS PÚBLICAS

EN LA ANTIGÜEDAD Y EN NUESTROS DIAS. (1)

No carece de dificultades para aquel á quien la Asociación Británica dispensa el honor de presidirla, elegir tema para su discurso.

Muchos asuntos han tratado ya mis predecesores; han hablado del mundo orgánico y del mundo inorgánico, de las cosas del espíritu, y á veces hasta de las que no están al alcance del espíritu; de manera que creo que no estará fuera de lugar un asunto algo más humilde.

Propóngome hablar esta vez de la profesión á que he consagrado mi vida entera. Tal vez este asunto no parecerá á algunos tan importante é interesante como me lo parece á mí; pero lo he elegido porque creo comprenderlo mejor que otro asunto cualquiera.

Por rápidos que hayan sido los progresos que han hecho los ingenieros en el espacio de un siglo, para encontrar el origen de su arte, es preciso remontar á los primeros tiempos de la civilización. En los primeros tiempos, cuando los centros de población eran poco numerosos y estaban muy separados, era casi nula la comunicación de conocimientos adquiridos. Frecuentemente los resultados obtenidos por los trabajos acumulados de los hombres más sabios y más hábiles, se perdían con el

(1) Discurso leído por Sir J. Hawkshaw, miembro de la Sociedad real de Londres, en la apertura del congreso celebrado en Bristol, por la Asociación Británica para el progreso de las ciencias.

pueblo que los había obtenido. Así desaparecían inventos que después volvían á hacerse. Más de un sabio se ha fatigado buscando la solución de un problema que otro sabio más afortunado había resuelto muchos siglos ántes.

Los antiguos egipcios poseían en metalurgia conocimientos que se perdieron casi por completo durante los años que siguieron al apogeo de su civilización. Los asirios conocían el arte de revestir el bronce de hierro, aunque su introducción en la metalurgia moderna es reciente; en 1869 se concedieron privilegios para ciertos procedimientos de fabricación de vidrio que se practicaron hace muchos siglos. Bajo el reinado de Tiberio encontró un inventor el medio de fabricar vidrio flexible; pero destruyeron completamente su fábrica para impedir, según decían, la depreciación de las obras de cobre, de plata y de oro (1).

Muchos errores en la práctica han procedido de no haber podido conocer los ingenieros los trabajos de sus predecesores. Cuando se trató de abrir el istmo de Suez, uno de los argumentos opuestos al proyecto fué la supuesta diferencia de 40 metros entre el nivel del mar Rojo y el del Mediterráneo. Laplace declaró en seguida que era imposible la diferencia, porque el nivel medio de los mares es igual en todas las regiones de la tierra. Muchos siglos ántes de Laplace, se había opuesto la misma objeción á un proyecto de igual naturaleza. Según los antiguos historiadores griegos y romanos, Darío, y más tarde Ptolomeo, vacilaron en abrir un canal entre Suez y el Nilo por temor de inundar el Egipto con las aguas del mar Rojo. Sin embargo, este canal existió muchos siglos ántes de la época de Darío.

Strabon refiere que los ingenieros opusieron, hace cerca de dos mil años, la misma objeción de la diferencia de nivel entre los dos mares á Demetrio, que quería abrir el istmo de Corinto. Pero Strabon contesta con Arquimides que la gravedad establece igualdad de nivel en las aguas de todos los mares.

Cuando corto número de hombres conocía las ciencias elevadas, los que las poseían se veían llamados frecuentemente á prestar servicios de muy diferentes naturalezas al país á que pertenecían: así vemos matemáticos, astrónomos, pintores, escultores y sacerdotes encargados de trabajos que hoy son de la competencia de nuestros arquitectos é ingenieros. Y cuando la civilización progresó bastante para permitir la acumulación de la riqueza y del poder, los reyes y los jefes procuraron aumentar sus glorias construyéndose espléndidos palacios, tumbas y templos suntuosos. Por esta razón,

vemos en seguida hombres hábiles é instruidos consagrar parte de su tiempo á la arquitectura, y la arquitectura producir honores y riquezas. En una de las canteras más antiguas del Egipto, un gran arquitecto real de la dinastía de los Psammetichus dejó grabada en la roca una genealogía que remontaba á veintitres generaciones que se sucedieron en el mismo punto, acumulándola con funciones sacerdotales de las más elevadas.

De la misma manera que en aquellos remotos tiempos existían funcionarios encargados especialmente de los planos y construcciones, había otros que atendían á la conservación y reparación de los palacios y templos. Por una tablilla que encontró M. Smith en el palacio de Sennacherib, sabemos que existía en Asiria, 700 años ántes de la era cristiana, un funcionario que llevaba el título de maestro de los trabajos. La tablilla en cuestión contiene una petición dirigida al rey por el guardián de uno de sus palacios, para que enviase el maestro de sus trabajos á fin de que hiciese algunas reparaciones urgentes.

Bajo el imperio romano existía una división de trabajos para los planos y construcciones casi tan grande como en nuestros días. Ejecutábanse y se conservaban las grandes construcciones de aquella época por un verdadero ejército de funcionarios encargados respectivamente de trabajos especiales.

Sin hablar de los primeros ensayos de la arquitectura, destinados á las necesidades de los individuos y de las familias, debemos buscar en el Oriente los primeros trabajos que exigían la ciencia del ingeniero; pero difícilmente podríamos contestar á la pregunta de si esta ciencia era propia de los caldeos ó babilonios, ó la recibieron de los egipcios. Los asirios y los egipcios fueron dos pueblos agrícolas; habitaban fértiles llanuras surcadas por caudalosos ríos, con un suelo que solamente necesitaba agua para producir ricas cosechas. Dejando aparte la cuestión de prioridad de conocimientos, sabemos que hace cuatro ó cinco mil años encontrábanse en Mesopotamia y en Egipto hombres muy adelantados en mecánica y en hidráulica. Poco sabemos sobre aquellos hombres; pero, por fortuna, las obras subsisten, cuando están largo tiempo olvidados ya los nombres de los que las construyeron.

Se ha dicho que la arquitectura debía su origen, no sólo á la naturaleza, sino también á la religión; y si consideramos las primeras obras que exigieron conocimientos de mecánica, lo mismo podemos decir del arte del ingeniero. Elegíanse para los edificios sagrados las piedras más grandes, con objeto de que estos edificios fuesen á la vez más duraderos é imponentes, lo cual hubo de producir perfeccionamientos é inventos en las máquinas que servían para trasportar aquellas piedras y elevarlas al

(1) Plinio. *Hist. Nat.*, lib. xxxvi, cap. lxxvi.

punto que debían ocupar. Por la misma razón, se eligieron los materiales más duros y costosos, lo que obligó á perfeccionar el metal de las herramientas que servían para tallarlos. Perfeccionáronse también los trabajos de los metales para hacer las imágenes de los dioses y para decorar el interior y el exterior de los santuarios con los ornamentos más preciosos.

Los primeros monumentos de piedra á que podemos asignar una fecha casi exacta son las pirámides de Gizeh, que, para sus autores, fueron edificios sagrados, más sagrados aún que sus templos y palacios. Estas pirámides estaban destinadas á conservar los restos de sus reyes, hasta que, después de tres mil años — creo que este era el lapso de tiempo necesario — volviese al cuerpo el espíritu que en otro tiempo le animó. Más de cinco mil años hace que las construyeron, y en nuestros días no podríamos hacer mejor una obra de albañilería, como aseguran cuantos, como yo, las han visto y examinado; además, el plan seguido para su construcción era el mejor, atendiendo al uso á que las destinaban, que era la duración. Durante diez siglos continuaron construyendo pirámides en Egipto, quedando en la actualidad de sesenta á setenta; pero ningunas tan bien construidas como las de Gizeh. Gran número de ellas contienen enormes sillares de granito, de 10 á 14 metros de largo, pesando más de 300 toneladas; observándose también la mayor habilidad en la manera de estar construidas y disimuladas las cámaras funerarias.

No desapareció con los constructores de las Pirámides la habilidad de edificar con piedras enormes, sino que sus descendientes progresaron en este camino, á juzgar por los inmensos sillares que sabían unir con extraordinaria exactitud. El transporte de estas pesadas masas, de las que algunas llegaban á 800 toneladas, no puede asombrarnos en una época en que se disponía de considerable número de brazos, y sabemos cómo se verificaba este transporte, puesto que lo vemos representado en las paredes de muchas tumbas de la época.

Pero á medida que aumentó el peso de las piedras, no bastaron los brazos para moverlas. Cuando en el pasado siglo se trató de transportar la mole que forma el pedestal de la estatua de Pedro el Grande, en San Petersburgo, y que pesa 1.200 toneladas, no faltaba fuerza, sino una sustancia bastante dura para resistir el peso: las bolas de hierro sobre que se quería hacer rodar la mole, quedaron aplastadas, siendo necesario sustituirlas con un metal más duro. Los egipcios construyeron calzadas de granito desde el Nilo hasta las Pirámides para facilitar el transporte de materiales, y, según Herodoto, que las vió, aquellas calzadas eran más sorprendentes que las mismas Pirámides.

Nada nos han dejado los egipcios que nos enseñe cómo realizaban una operación mucho más difícil que el transporte de pesadas masas; me refiero á la erección de obeliscos de más de 400 toneladas de peso. Muchos de estos obeliscos tuvieron que ser elevados verticalmente para ser colocados en su sitio, como hizo Fontana en Roma, en los tiempos modernos, cuando los conocimientos en mecánica estaban tan adelantados como todos sabemos.

Desde los tiempos más remotos, y en todas las partes del mundo, se encuentra el empleo de grandes masas de piedra, bien como monólitos, bien como partes de edificios.

Los peruanos se servían de piedras que pesaban de 15 á 20 toneladas, colocándolas de la manera más exacta en sus trabajos de fortificación.

En la India usaban grandes piedras para las puertas cuando las hacía necesarias la repugnancia de los constructores indios por el arco, empleándolas también en los templos: así se encuentran en el piramidal techo del templo del Sol, en Orissa, piedras de 20 á 30 toneladas á 25 metros próximamente del suelo. En el pasado siglo empleaban los indios, con ayuda de máquinas, sillares de granito de más de 13 metros de largos en la construcción de la puerta de Serigham, y traviesas de la misma piedra de más de siete metros de largas para construir techos.

En Persépolis, más de un viajero ha observado en las ruinas de los palacios de Jerjes y de Darío la magnitud de las piedras, algunas de 18 metros de largas por dos ó tres de anchas. De la misma manera en los templos griegos de Sicilia, gran número de piedras de la parte superior pesan de 10 á 20 toneladas.

Los romanos no acostumbraban á usar piedras tan enormes; sin embargo, supieron transportar los obeliscos más grandes de Egipto y elevarlos en Roma, donde actualmente se encuentran muchos más que quedan en Egipto. En los templos de Baalbek, que se elevaron durante la dominación romana, encuéntrase las piedras más grandes quizá que se han empleado en las construcciones desde la época de los Faraones. El muro de la terraza de uno de estos templos está formado por tres filas de piedras, de las que ninguna mide menos de 10 metros de larga, y aún permanece en la cantera un sillar tallado y dispuesto para el transporte, que tiene 23 metros de largo, por 5 de ancho y otro tanto de espesor; pesa más de 1.135 toneladas, es decir, casi tanto como uno de los tubos del puente Britannia.

No he hablado de los dólmenes y menhirs, esas piedras brutas que á veces pesan de 30 á 40 toneladas y que se encuentran desde Irlanda hasta la India, y desde la Escandinavia hasta el monte Atlas. El transporte y elevación de estas masas no exigía ni grandes conocimientos ni grande habilidad en

mecánica, y estas operaciones han excitado más admiración de la que merecen. Además, Fergusson casi ha demostrado que la fecha que se ha asignado á estos monumentos es demasiado remota, puesto que la mayor parte ó casi todos los del Norte y del Oeste de Europa se erigieron después de la época de la ocupación romana (1). El mismo escritor demuestra que, en nuestros días, las tribus montañosas de la India alzan menhirs con piedras que frecuentemente pesan más de 20 toneladas, al lado de edificios de piedra perfectamente contruidos por hombres de otra raza.

Sea el que quiera el objeto con que se eligiesen aquellas piedras enormes, bien para aumentar el valor ó bien para aumentar la duración de los edificios en que se empleaban, la dificultad de removerlas y de colocarlas debieron contribuir al progreso de las artes mecánicas.

Tal vez los asirios y egipcios de la antigüedad tenían mayor número de máquinas de lo que creemos. En las pinturas murales y en las esculturas que representan la manera con que trasportaban los enormes sillares, solamente vemos la palanca; y esto es natural, porque pudiendo disponer de cuantos brazos fuesen necesarios, el medio más expeditivo para arrastrar pesos considerables era emplear hombres; servirse de poleas ó de cabrestantes, como se hubiera hecho en nuestros días, habría sido perder tiempo. Hoy mismo, en aquellos países donde abundan más los brazos que las máquinas, empléase gran número de hombres para trasportar pesos considerables, y el trabajo adelanta mucho más que con todas nuestras máquinas modernas. En otras operaciones, como la erección de obeliscos ó el levantamiento de grandes piedras empleadas en sus palacios, operaciones en que el empleo de los brazos no era tan cómodo, es muy probable que los egipcios se sirvieran de máquinas. En una plancha esculpida procedente del revestimiento de las paredes del palacio de Sardanápalo, edificio que se construyó cerca de novecientos treinta años antes de nuestra era, vése una simple polea, con ayuda de la cual eleva un cubo un hombre,—sin duda para sacar agua de un pozo.

Algunas veces se ha dudado que los egipcios conociesen el acero; pero no parece razonable negarles este conocimiento. Desde los primeros tiempos históricos se conoció el hierro: la Biblia y Homero hablan frecuentemente de él; en las pinturas murales primitivas de los sepulcros de Tebas vense representados los sacrificadores aguzando los cuchillos sobre trozos de un metal azulado que proba-

blemente es acero. Háse encontrado gran cantidad de hierro en las ruinas de los palacios de Asiria; en las inscripciones de este país háblase de cadenas de hierro, y de este metal, como de otros, se habla en términos que parece indicar era uno de los metales comunes. Además, en la gran Pirámide se encontró un trozo de hierro en un sitio donde debió ser colocado cinco mil años ántes. La facilidad con que se oxida el hierro debe hacer rara y excepcional su conservación durante tiempo considerable. El hierro que actualmente saben preparar los indígenas de Africa y de la India es el que llaman hierro forjado, siendo este el que, según el doctor Percy, trabajan los antiguos. Este hierro es casi puro, y bastaría para convertirlo en acero corta cantidad de carbono. Según el doctor Percy, la extracción del hierro maleable directamente del mineral exige mucha menos habilidad que la fabricación del bronce. Tampoco es muy difícil fabricar acero: los indios construyen hoy excelente acero por un método muy primitivo, que practican desde tiempo inmemorial. Para fabricar acero aumentan un poco la cantidad de carbono que emplean con el mineral y dan menos viento que para hacer el hierro forjado. Por este método, un hombre vigoroso manejando el fuelle obtendría hierro forjado, cuando un perezoso obtendría acero. Lo único que se necesita para convertir el mineral de hierro en excelente acero es un poco de arcilla para construir un horno de cuatro pies de alto, por uno ó dos de ancho, un poco de carbono vegetal para combustible y una piel y un tubo de bambú para proyectar aire.

El hierro se conoció mucho en la India desde los siglos IV y V. La columna de hierro de Delhi es obra muy notable para la remota época en que se construyó. Es una pieza de hierro forjado, de un solo trozo, que mide 17 metros de longitud y no pesa menos de 17 toneladas. No conocemos de qué manera forjaron los indios esta enorme masa de hierro y otras más grandes, que su poca confianza en los arcos les hacía construir para los techos. En los templos de Orissa se encuentran enormes vigas y armaduras de hierro para sostener los techos, labradas en el siglo XIII. No es exagerada la inmensa influencia que se atribuye al descubrimiento del hierro en el progreso de las artes y de las ciencias. La India ha pagado generosamente las ventajas que pudo obtener de la civilización de los occidentales, si fué la primera en suministrarles el hierro y el acero. Es interesante comparar la posición de la India y de Inglaterra en sus respectivas relaciones en la presente época. Hace treinta ó cuarenta siglos, la India era hábil en la fabricación del hierro y tejidos de algodón, fabricaciones en que tanto ha adelantado Inglaterra en menos de un siglo. Verdad es que en la India no es tan abundante el carbono

(1) La opinión de Fergusson se rechaza universalmente hoy, reconociéndose por todos que los dólmenes, no sólo son anteriores al imperio romano, sino hasta al conocimiento de los metales, lo cual les da notabilísima antigüedad.—(Nota de la Dirección.)

está repartido de un modo tan general como en el Reino-Unido. Si miramos más al Este, veremos que la China supo quizá utilizar los metales desde época tan antigua como la India, y, además, la China tenía inagotable provision de carbon y de hierro. El baron Richthofen, que ha visitado y descrito algunos yacimientos de hulla de la China, cree que una sola provincia, el Shanshi meridional, bastaría para alimentar el consumo actual del mundo entero durante muchos millares de años. El carbon se encuentra casi en la superficie del suelo, y el hierro abunda en los mismos parajes. Marco Polo nos dice que el carbon de piedra era el combustible ordinario en los puntos de la China que visitó á fines del siglo XIV; y por lo que sabemos, segun otros datos, podemos asegurar que hace 2.000 años quemaban los chinos carbon mineral. Pero ¿qué progresos ha realizado la China desde hace diez siglos? Sin duda alguna está reservado grande porvenir á aquel pais; pero ¿puede la raza que lo ocupa actualmente desarrollar los recursos que encierra, ó se necesita esperar para ello la intervencion de una raza ariana? ¿Ó bastaría tal vez un cambio de instituciones, que podría verificarse de un modo inesperado como en el Japon?

En Inglaterra se practicó desde muy antiguo el arte de extraer los metales de los minerales que los contienen. Hecho universalmente conocido es la existencia de minas de estaño en el pais de Cornouailles, citadas frecuentemente por los autores clásicos. Es probable tambien que los antiguos bretones sabían extraer el hierro del mineral, porque se empleaba mucho este metal en Bretaña antes de la conquista romana. Los romanos explotaban en grande escala el hierro del condado de Kent, como lo demuestran los enormes trozos de escorias conteniendo monedas romanas que se encuentran aún en nuestros dias. Los romanos aprovechaban constantemente las riquezas minerales de los países conquistados, y los trabajos de sus minas eran siempre considerables, como, por ejemplo, en España, donde, en las minas de Cartagena empleaban de ordinario 40.000 obreros. Desde el siglo IX se empleaba el carbon de piedra en Inglaterra para los usos domésticos; pero parece que hasta el XVIII no se empleó mucho para el trabajo del hierro, aunque se encuentra un privilegio para la extraccion del hierro por medio del carbon de piedra, firmado en el año 1611. A principios del presente siglo fué cuando se renunció al empleo del carbon vegetal para la preparacion del hierro, y desde esta época tomaron considerable desarrollo las industrias mineras y metalúrgicas: en 1873 la cantidad de hulla extraída en el Reino-Unido se elevó á 127 millones de toneladas, y la de hierro á más de seis millones y medio de toneladas.

En los antiguos tiempos, los principales monumentos que se construían eran tumbas, templos y palacios.

Como ya hemos visto, hace cinco mil años el arte de construir con piedras había llegado en Egipto á toda su perfeccion, y en Mesopotamia el arte de construir con ladrillos estaba tambien muy adelantado un millar de años despues. El hecho de la conservacion hasta nuestros dias de edificios de ladrillo demuestra la perfeccion de la obra, y si actualmente se encuentran en ruinas, es porque sirven de canteras desde hace tres ó cuatro mil años: así resulta que el nombre de Nabucodonosor, que parece fué uno de los más grandes constructores de los tiempos antiguos, es tan comun sobre los ladrillos de muchas ciudades modernas de la Persia, como lo fué en otro tiempo en Babilonia. La construccion de templos y palacios de ladrillos en Caldea y Asiria debió costar enorme trabajo. Solamente el montecillo de Koyungik contenía 14 millones y medio de toneladas de ladrillos, y representaba el trabajo de 10.000 hombres durante doce años. El palacio de Sennacherib, que se alzaba sobre el montecillo, es probablemente el más grande que monarca alguno mandó construir jamás, puesto que contenía tres kilómetros de muros revestidos de placas de alabastro esculpido y veintisiete pórticos, formados por toros y esfinges enormes.

No son ménos notables por su trabajo los templos piramidales de la Caldea, y mucho más superiores, por la excelencia de sus ladrillos, los de Asiria.

La costumbre de construir grandes templos piramidales parece que se propagó hácia el Este hasta la India y el pais de los birmanes, donde se manifiesta en monumentos más recientes; las pagodas búdicas, verdaderas maravillas de albañilería, son muy superiores por la riqueza del dibujo y de la construccion á los antiguos montones de ladrillos de Caldea. En este mismo siglo un rey de birmanes ha empezado á construir un templo de ladrillos por el modelo de los antiguos; templo que, si hemos de creer á Fergusson, será el edificio más grande que se ha emprendido desde la construccion de las Pirámides.

La magnitud de muchas de estas obras no debe sorprendernos si consideramos el inmenso número de brazos que podían emplear los reyes de aquellas épocas. Despoblábanse países enteros, y los habitantes iban á lejanas tierras á trabajar para los conquistadores. Las inscripciones asirias nos dan la lista detallada de los despojos arrebatados al enemigo y del número de los cautivos; y en Egipto encontramos frecuentemente mencion de los trabajos ejecutados por pueblos en cautiverio. Herodoto refiere que se emplearon hasta trescientos sesenta mil hombres en la construccion de uno de los palacios de Sennacherib. Pero al mismo tiempo no debe olvi-

darse que el mismo carácter de aquella multitud exigía por parte de un solo hombre la habilidad y facultades necesarias para concebir la obra, organizar y dirigir la ejecución.

Muy asombroso sería que hombres capaces de emprender y llevar á término obras inútiles de tal importancia, no hubiesen empleado también sus facultades en trabajos más provechosos; pero quedan aún restos de estos trabajos, y los restos son suficientes para demostrar, á falta de documentos escritos, que la prosperidad de países como Egipto y la Mesopotamia no dependía exclusivamente de la guerra y la conquista, siendo lo contrario lo más probable, y que las ventajas naturales de aquellos países se veían aumentadas con obras útiles que podrían competir con las de los tiempos modernos y aún superarlas en determinados casos.

Es muy probable que en el tiempo de los Faraones los trabajos de irrigación en Egipto fuesen superiores á los de hoy. A los que no conocen las dificultades que hay que vencer ántes de establecer un buen sistema de irrigación, hasta en las comarcas donde son favorables las condiciones físicas, podrá parecer quizá que basta para ello disponer de suficiente número de brazos. Pero, en realidad, se necesitaba en Egipto mucho más que brazos. Los egipcios tenían ciertos conocimientos de agrimensura, puesto que Eustatius nos dice que indicaban sus marcas en mapas; pero probablemente estos conocimientos eran muy limitados en aquella época, necesitándose gran superioridad de espíritu para apreciar la utilidad de obras tan extensas como las de Egipto y Mesopotamia, y, una vez reconocida la utilidad, para concebir el plan y ejecutarlo. Citemos un ejemplo tomado del Egipto: el lago Moeris, cuyos restos han sido explorados por M. Linant, era un depósito construido por uno de los Faraones y que se alimentaba de las inundaciones del Nilo. Su extensión era de 380 kilómetros cuadrados, conteniendo las aguas un dique de 60 metros de largo y 10 de alto, que aún se reconoce en extensión de más de 20 kilómetros. Ni aún en la época presente, que se distingue por sus grandes obras, se ha emprendido un trabajo de este género en tan vasta escala.

De tal manera dependía la prosperidad de Egipto de su gran río, que debemos creer que los egipcios, tan adelantados en artes y ciencias, procuraron desde muy antiguo conocer su régimen. Sabemos que marcaban cuidadosamente la altura de las crecidas anuales del Nilo; indicaciones que permanecen aún escritas en las rocas que bordean el río, con el sello real con que fueron grabadas.

Los habitantes de Mesopotamia observaban también el régimen de sus grandes ríos, y en el trazado de sus canales aprovecharon la diferencia de épo-

cas en que se habían verificado las crecidas del Tigris y del Eufrates. Había en Babilonia un empleado especial encargado de medir la altura del río, y una inscripción encontrada en las ruinas de esta ciudad mencionó el registro de la altura de las aguas hecho por este empleado en el templo de Bel. Los asirios, cuyo país desigual y pedregoso presentaba mayores dificultades, eran todavía más hábiles que los babilonios en el trazado de sus canales y en la construcción de diques de mampostería para el Eufrates. Aunque en Egipto y Mesopotamia el mayor número de los canales estaban destinados á la irrigación, parece que se construyeron otros para la navegación. Tal era el canal que unía al Mediterráneo con el Mar Rojo, obra notable si se tiene en cuenta las necesidades de la época. Su longitud era próximamente de 130 kilómetros, y su anchura suficiente para el paso de dos trirremes. Uno de los canales de Babilonia, atribuido á Nabucodonosor, puede compararse por su longitud á cualquiera de las obras de los tiempos modernos. Creo que Sir H. Rawlinson ha seguido este canal en casi toda su extensión, desde Hit, sobre el Eufrates, hasta el golfo Pérsico, ó sea de 700 á 800 kilómetros. Demuestra la importancia que los babilonios daban á este género de trabajos el que entre los títulos del dios Vul se contaba el de señor de los canales y creador de los trabajos de irrigación.

Pero la ciencia babilónica y asiria no estaba destinada á larga duración. Después de la caída de Babilonia y de la destrucción de Ninive, desapareció la población sedentaria de las fértiles llanuras que rodeaban las dos ciudades, y lo que no era más que un desierto ántes de que lo regasen los trabajos de los hombres, volvió á ser desierto, vasto y digno campo para los trabajos de los ingenieros del porvenir.

No fué igual la suerte del Egipto. Mucho tiempo después de haber llegado al apogeo de su prosperidad, quedó como manantial de ciencia para los griegos y romanos. Los filósofos de Grecia, y los que, como Arquímedes, marchaban á la cabeza de la mecánica, iban á estudiar á Egipto y allí adquirían la base de sus conocimientos.

Pero sea la que quiera la deuda que contrajeron Grecia y Roma con Egipto, la lectura de las tablillas de piedra encontradas en los montecillos de Asiria y Caldea, demuestra que aquellos dos pueblos deben, por lo ménos, tanto á la Asiria como al Egipto. Tal es la opinión de M. Smith, que, en el libro en que refiere estos últimos descubrimientos en Oriente, dice que los dos pueblos clásicos «tomaron mucho más en el valle del Eufrates que en el del Nilo.»

En la ciencia astronómica, que tan maravillosos descubrimientos hace en nuestros días, la Caldea

era incontestablemente la primera. Entre los restos de aquellos antiguos pueblos llevados á Inglaterra por M. Smith, se encuentra un trozo de astrolabio de metal procedente del palacio de Sennacherib, y una tablilla en que están marcadas las divisiones del cielo, segun las cuatro estaciones, y la regla para colocar el mes intercalado.

No solamente hicieron los caldeos un mapa del cielo y agruparon las estrellas, sino que siguieron el movimiento de los planetas y observaron la aparicion de los cometas, determinaron los signos del zodiaco y estudiaron el sol y la luna, así como tambien la época de los eclipses.

Pero volvamos al ramo de las ciencias, sobre que particularmente deseo llamar la atencion, y á su paso de Oriente á Occidente, de Asia á Europa. De todas las naciones de esta parte del mundo, los griegos eran los que más relaciones tenían con la civilizacion oriental. Navegantes por la posicion misma de su país, establecieron colonias en las costas con quienes comerciaban, y de esta manera contribuyeron más que cualquier otro pueblo á extender por las orillas del Mediterráneo y por el Mediodia de Europa las ciencias del Oriente.

Las primeras construcciones de los griegos hasta el siglo VII ántes de Jesucristo forman violento contraste con las de los tiempos de su prosperidad. Estos monumentos, conocidos con el nombre de pelásgicos, son más notables por la habilidad de los ingenieros que los construyeron, que por su belleza artística. Muros de enormes piedras brutas, admirablemente unidas, túneles y puentes caracterizan esta época. Por el contrario, en los siglos sucesivos, el principal objeto de todas las obras griegas es agradar á la vista, satisfacer el sentimiento de lo bello, y en ninguna otra época se consiguió mejor este objeto.

Ahora que las cuestiones de salubridad adquieren cada año más importancia, podemos recordar que, hace veintitres siglos, la ciudad de Agrigento poseía un sistema de alcantarillado que mereció lo citase Diodoro á causa de su desarrollo. Pero no es este el primer ejemplo de trabajos de este género: la *Cloaca Máxima*, que formaba parte del sistema de alcantarillado de Roma, se construyó dos siglos ántes, y grandes conductos abovedados pasaban por debajo de los montecillos de adobes de los palacios de Ninroud y de Babilonia. Tal vez debemos en gran parte la conservacion de muchos de los interesantes restos encontrados en los montecillos de ladrillos de la Caldea al sistema de tubos de drenaje que Loftus descubrió en ellos y describió.

Mientras un arte más bello reemplazaba en Grecia al pelásgico, se fundaba la ciudad de Roma, ocho siglos ántes de nuestra era; y poco á poco desaparecía en Italia el arte etrusco, como en Gre-

cia el pelásgico ante el de la raza ariana. Los etruscos, como los pelasgos y los antiguos egipcios, se distinguían por la solidez y fuerza de sus trabajos. Las murallas de sus ciudades son muy superiores á las de las demás razas antiguas, siendo muy notables tambien sus trabajos de drenaje y sus túneles. La única época que puede compararse á la nuestra por la rápida extension de los trabajos de utilidad en todo el mundo civilizado, es la de la dominacion de los romanos, que pertenecían, como nosotros, á la raza ariana. Como perfectamente ha dicho Fergusson, parece que la mision de las razas arianas es difundir por el mundo las artes útiles é industriales. Si los romanos decoraron sus puentes, sus acueductos y sus caminos; si al construir sólidos edificios los hacían al mismo tiempo elegantes, era probablemente porque por sus venas circulaba alguna sangre etrusca, y por sus inmensas riquezas, que les permitían no reparar en gastos.

Imposible me sería citar ni aún una pequeña parte de las obras de arte que han resistido á catorce siglos de lucha, y que subsisten aún como para atestiguar la habilidad, la energía y la ciencia del pueblo romano. Por fortuna, esos monumentos son más accesibles que los que nos han ocupado hasta ahora, de manera que serán familiares á considerable número de los lectores.

Después de haber conquistado la mayor parte del mundo civilizado, supieron los romanos, gracias á su admirable organizacion, emplear bien los ilimitados recursos de que disponían, y mientras enriquecían su capital, no descuidaban el desarrollo de las riquezas de las provincias del imperio, hasta de las más apartadas.

A pesar de todos sus males, la guerra ha prestado algunas veces servicios á la humanidad. Durante los largos sitios que tuvieron lugar en las guerras de los primeros tiempos de Grecia y Roma, el genio del hombre concentró todos sus esfuerzos en la invencion de nuevas máquinas de ataque y de defensa. Los matemáticos y los físicos más hábiles trabajaban para asegurar el triunfo de sus compatriotas. Más de uno de ellos pereció, como Arquímedes, bajo los golpes de los soldados, mientras empleaban su ciencia en la investigacion de nuevos medios de defensa. En los presentes tiempos debe tambien mucho la ciencia á los trabajos de nuestros ingenieros y de nuestros sabios, ocupados sin cesar en el mejoramiento de la artillería ó de las planchas de blindaje, ó en estudiar la marcha de nuestros buques de guerra.

La necesidad de caminos y puentes para los movimientos militares ha impulsado á construirlos, cuando las demás razones hubiesen sido insuficientes para ello; de manera que la guerra ha creado

medios de comunicacion y de comercio tan necesarios para la prosperidad de los pueblos. Esto sucedió muchas veces con los romanos. De la misma manera, la ambicion de Napoleon I cubrió la Francia en el presente siglo y los países que conquistaba con admirable red de caminos militares. Preciso es reconocer tambien á Napoleon que su previsor genio dió grande impulso á todos los trabajos favorables al comercio. De la misma manera, la revolucion de 1745, y la necesidad de caminos militares, hicieron que se emprendiese en Inglaterra un sistema de caminos como no se había hecho desde el tiempo de la ocupacion romana. En fin, la India, Alemania y Rusia podrian proporcionarnos más de un ejemplo de caminos de hierro utiles al comercio, y que se construyeron con objeto puramente militar.

Pero volvamos á los romanos. Los caminos brotaban bajo los pasos de sus soldados hasta en las provincias más apartadas. En el itinerario de Antonino encontramos hasta trescientos setenta y dos caminos imperiales, sumando un total de diez y seis mil leguas.

La provision de agua que recibía Roma en el primer siglo de nuestra era hubiese bastado para las necesidades de una poblacion de siete millones de almas, si se hubiese repartido en la proporcion adoptada para la poblacion actual de Lóndres. El agua llegaba á Roma por nueve acueductos, aumentándose despues la cantidad con otros cinco. Tres de los acueductos antiguos bastan para las necesidades de la Roma moderna. Deben contarse los acueductos de Roma entre los trabajos más grandes de sus ingenieros. No hablaré de los puentes y de los puentes, de las basílicas y de las termas, y de los trabajos que construyeron los romanos en Europa, Asia y Africa, trabajos que, no solamente ejecutaban con extraordinario cuidado y solidez, sino que se conservaban por medio de verdadero ejército de empleados, divididos en cuerpos especiales. Los primeros dignatarios del Estado presidian estos trabajos y se enorgullecian con unirles su nombre, haciendo á veces construir á sus expensas obras considerables.

La caída del imperio romano detuvo estos progresos en Europa. Del IV siglo al VI la saquearon y asolaron hordas bárbaras del Asia, que no experimentaban necesidad de caminos ni de puentes.

El siglo VII vió alzarse el poder musulman, que, en cierta manera, trajo á condiciones más favorables el progreso de las artes útiles, porque volvieron á encontrarse reunidas bajo manos poderosas vastas extensiones de terreno. La ciencia debe mucho á los árabes, que conservaron y trasmisieron á sus sucesores conocimientos en cuya adquisicion se había empleado mucho tiempo y que sin ellos se hu-

biesen perdido. Sin embargo, el número de trabajos útiles que dejaron los musulmanes es corto, en comparacion con el que produjeron los siglos anteriores.

(Continuará.)

J. HAWKSHAW.



## LA PSICOLOGIA CIENTIFICA EN INGLATERRA.

LA FISIOLÓGIA MENTAL DE M. CARPENTER.

Los que han leído los *Principios de fisiología humana* de Carpenter, especialmente la quinta y sexta edición, han podido observar lo ámpliamente que en esta obra se tratan las cuestiones mentales. En las ediciones más recientes se han acortado los capítulos psicológicos para dar cabida á nuevos estudios de orden más estrictamente psicológicos. Reunidos por el autor estos capítulos, y formando una obra separada, deben ocupar un puesto en la Biblioteca científica internacional. «Pero ha ocurrido, dice, que al revisar mi primera exposicion para enriquecerla con ejemplos y aclaraciones, el libro ha crecido demasiado.» (1). El fondo de la doctrina no ha cambiado y el autor nos la presenta como la última expresion de su pensamiento, confirmada y extendida por la experiencia y reflexiones de veinte años.

La tésis general que domina en el libro es la siguiente: «De la inutilidad de las controversias tan frecuentemente repetidas entre los partidarios de la hipótesis materialista y los de la hipótesis espiritualista:—controversia absurda, porque unos y otros tienen razon en algunos puntos y en otros no.»

Existen personas, dice M. Carpenter, que despues de haber estudiado atentamente la relacion íntima del estado físico con los estados mentales, han creído que *todas* las operaciones del espíritu no son más que manifestaciones ó expresiones de cambios materiales en el cerebro: que el hombre no es más que *una máquina pensadora*, cuya conducta está enteramente determinada por su constitucion primitiva, modificada por condiciones subsiguientes que escapan á su poder, y que es pura ilusion la facultad que cree tener de gobernarse. Por consecuencia de esto, la nocion de responsabilidad no tiene fundamento real; el carácter del hombre está formado *para él* y no *por él*, y su manera de obrar en cada caso es sencillamente la consecuencia de la reaccion de su cerebro sobre las impresiones que lo ponen en juego. Lo que comunmente se llama

(1) Un grueso volumen de cerca de 800 páginas, que se ha publicado aparte con el título de *Principles of mental physiology, with their applications to training and discipline of the Mind and the study of its morbid conditions*, by W. CARPENTER. 1875.

crimen, no es más que una especie de locura, y debe ser tratado como tal, siendo la locura misma una acción morbosa del cerebro: y para que el hombre llegue á su más alto grado psíquico, es necesario que se encuentre en condiciones que favorezcan su desarrollo físico.

Muchos hechos existen que apoyan esta teoría materialista: necesidad para la actividad normal del espíritu de una nutrición normal del cerebro bien alimentado de sangre oxigenada, efecto de los tóxicos sobre el mecanismo del pensamiento y del sentimiento; influencia de las afecciones locales del cerebro, golpes en la cabeza sobre las enfermedades de la memoria, trasmisión hereditaria del idiotismo, del cretinismo, de los hábitos adquiridos, etc., etc. Preciso es tener en cuenta estos fenómenos para resolver el problema que nos ocupa; «pero no deben considerarse con exclusión de aquellos que nos proporciona nuestra propia conciencia. Al reducir al hombre pensador al nivel de un maniquí que se mueve según la cuerda de que tiran, el filósofo materialista se coloca en completa oposición con la convicción positiva que todo hombre posee de que tiene facultad real de elegir.»

Pasemos ahora á la doctrina opuesta que sustentan los espiritualistas, y examinémosla en sus relaciones fisiológicas. Para estos, el espíritu es una esencia inmaterial, distinta, misteriosamente unida á un instrumento corporal, pero del que sólo depende por la sensación y el movimiento. En esta hipótesis, las operaciones del espíritu mismo no dependen de las de la materia, ni son jamás afectadas por las condiciones del organismo corporal, cuyas enfermedades ó desórdenes pueden, á lo sumo, oscurecer las manifestaciones exteriores del espíritu, de la misma manera que la luz más brillante puede quedar velada por el medio que debe atravesar. El espíritu está dotado de un poder completo para gobernarse, siendo por tanto responsable de *todos* sus actos, debiendo ser juzgado según reglas fijas.

Esta doctrina reconoce plenamente lo que la otra olvida, y por su parte olvida muchas otras cosas, quedando en contradicción con hechos de la más vulgar experiencia. El delirio de la embriaguez ó de la fiebre basta, sin ir más lejos, para demostrar cuánta dependencia tienen nuestros pensamientos y nuestros actos de circunstancias materiales.

Así, pues, según Carpenter, los materialistas y espiritualistas reconocen y desconocen á la vez ciertas grandes verdades de la naturaleza humana, y toda la dificultad consiste en encontrar una solución más general «que esté en armonía con el resultado de la investigación científica y con esas sencillas enseñanzas de nuestra propia conciencia que son el último criterio de los principios psicológicos.» ¿Qué

solución es esta? El autor cree encontrarla estudiando atentamente la relación entre el *espíritu* y la *fuerza*.

Admitese generalmente en la actualidad, dice, que no conocemos ni podemos conocer la materia sino por medio de las impresiones que produce en nuestros sentidos, y que estas impresiones se derivan de *fuerzas* de las que es vehículo la materia. Nuestro conocimiento de dos propiedades muy generales de la materia, la resistencia y la gravedad, procede completamente de nuestras sensaciones factibles (comprendiendo bajo este nombre la sensación muscular ó sensación del esfuerzo). La extensión ó propiedad de ocupar un espacio que caracteriza especialmente la materia, es una inducción obtenida de nuestras percepciones sensoriales. Razones sólidas hay para asegurar que nuestra idea de *materia* es una concepción de la inteligencia, siendo la *fuerza* el agente exterior de que tenemos conocimiento más directo, tal vez el único directo.

En este caso, la fuerza constituiría lo que hay de fundamental en la materia. Pero el espíritu, como la fuerza, es esencialmente activo, siendo todos sus estados cambios de que tenemos conciencia inmediata: cada término que expresa un estado mental—sensación, percepción, idea, emoción—designa una fase de esta sucesión continua que el espíritu representa para nosotros.

Si nos fijamos en una forma primitiva de la actividad mental, la sensación visual, por ejemplo, ¿qué ocurre? La impresión obra sobre el nervio óptico que la trasmite á un ganglio cerebral: en otros términos, la luz, probablemente por cambios químicos en la sustancia del nervio, excita la fuerza nerviosa, y la trasmisión de esta fuerza nerviosa excita la actividad de aquella parte del cerebro que percibe la sensación visual. ¿Cómo se ha traducido el cambio fisiológico en el cambio psíquico que llamamos visión de un objeto? Lo ignoramos, como ignoramos también cómo verifica la luz un cambio físico, y cómo el cambio físico excita la fuerza nerviosa. Lo que en ambos casos vemos es una sucesión, una relación entre un antecedente y su consiguiente: en otros términos, la correlación que existe entre la fuerza nerviosa y la actividad mental (sensación), es la que existe entre la luz y la fuerza nerviosa.

Inútil es demostrar extensamente, con el autor, que la misma correlación existe entre dos estados psíquicos y esa forma de la fuerza nerviosa que produce el movimiento muscular. «De la misma manera que una pila eléctrica permanece inactiva mientras está interrumpida la corriente y vuelve á la actividad en cuanto se establece, así una sensación, un instinto, un sentimiento, una idea, una volición, que adquieren suficiente intensidad para

cerrar el circuito, ponen en actividad la fuerza nerviosa de que cierta parte del cerebro está cargada siempre, en el estado de vigilia. Así, pues, es igualmente cierto que antecedentes mentales provocan consiguientes físicos, y antecedentes físicos provocan consiguientes mentales; la correlacion entre la fuerza nerviosa y la fuerza física se muestra completa bajo sus dos formas, siendo apta cada una de ellas para sustituir á la otra.»

Tal es la tésis general que domina en el libro de que hablamos. Despues de estos preliminares, el autor expone detalladamente la anatomía y la fisiología del sistema nervioso en la serie animal, y particularmente en el hombre, y despues el mecanismo de la actividad psíquica como él lo concibe.

El cordón espinal, con su sistema de nervios centripetos y centrifugos, representa el grado inferior. Trasmítense las impresiones al centro nervioso que las refleja en movimiento: así el autor llama á la médula espinal un centro de reflexion *excito-motriz*.

Los ganglios sensoriales comprenden el conjunto de las masas gangliónicas situadas en la base del cerebro humano (médula oblongada, cuerpos estriados, tálamos ópticos), que parecen más particularmente en relacion con los nervios de los sentidos especiales, constituyen el *sensorium* y son el centro de los movimientos reflejos en relacion con las impresiones sensoriales. En los animales dotados de estos órganos encontramos sensaciones, y puede llamarse al centro que las recibe y reacciona, centro de reflexion ó *sensorio-motriz*. Estos ganglios constituyen el aparato automático necesario á nuestra vida puramente animal ó exterior, es decir, á las funciones de sensacion y de locomocion.

En fin, á este aparato se añade el cerebro, instrumento de nuestra vida psíquica ó interna. Las impresiones y sensaciones, despues de haber caminado á través de la médula y de los ganglios cerebrales, llegan á ser ideas ó sentimientos, y el cerebro, considerado como centro de accion automática (es decir, independiente de toda voluntad), puede llamarse centro de reflexion, *ideo-motriz*.

Sobre este mecanismo más y más complicado, segun que tiene por asiento la médula espinal, la base del cerebro ó los hemisferios cerebrales, descuella la voluntad cuya independendencia proclama á cada momento el autor y que hace del yo un agente libre (*a free agent*). «Gracias á ella no somos autómatas pensadores, aunque pueda admitirse que en realidad existen tales autómatas: porque hay muchas gentes cuya voluntad nunca ha sido puesta en ejercicio normal y que han perdido gradualmente la facultad de ejercerla, convirtiéndose simplemente en seres de costumbre ó instinto. Otros existen en que se presentan en ocasiones estos estados auto-

máticos, otros en quienes pueden producirse artificialmente (magnetismo, etc.)»

Carpenter trata bajo todas las formas esta oposicion entre el automatismo y la voluntad, y especialmente bajo una que le es propia, á pesar de que dice que encontró el germen en Hartley. Esta es la distincion que establece entre el automatismo *primitivo* y el automatismo *secundario* en los movimientos. Los movimientos de automatismo primitivo son anteriores á la accion de la voluntad, siendo aquellos cuya realizacion continua es necesaria para el mantenimiento de la vida, por ejemplo, las palpitations del corazón, la inspiracion y espiracion. Es indudable que en muchos animales inferiores gran parte de los movimientos ordinarios de locomocion tienen este carácter de automatismo primitivo, debiéndose simplemente á la accion de su estímulo sobre los centros nerviosos unidos con los órganos de locomocion; el animal decapitado los ejecuta con una coordinacion casi tan perfecta como el animal sano.—Pero, además de estos actos, existen otros que se produjeron en el principio por un esfuerzo distinto de la voluntad, en vista de un fin definido, y que, por frecuente repeticion, vienen á ser ejecutados independientemente de la voluntad y á formar un automatismo *secundario*.

Imposible nos seria dar aquí un análisis de los *Principios de fisiología mental*. Dividense en dos partes. La primera, titulada Fisiología general, trata de la atencion, de la sensacion, de la percepcion, de las ideas, de las emociones, de la costumbre y de la voluntad. La segunda, que se titula Fisiología especial, está consagrada á la memoria, al sentido comun, á la imaginacion, á la cerebracion inconsciente, á la electro-biología, al sueño, al ensueño, al sonambulismo, al espiritismo, al delirio y á la locura, y á la influencia del estado mental sobre las funciones orgánicas.

Este orden y esta disposicion de materias se prestarian fácilmente á la critica, porque, si es muy racional distinguir en la fisiología mental una parte general y otra especial, parece que esta última solamente deberia comprender el estudio de los casos excepcionales y accidentales; en una palabra, responderia á lo que de ordinario se entiende por psicología morbosa. Cosa singular es encontrar en esta el estudio de la memoria, de la imaginacion y del sentido comun; es decir, de muchas formas de la actividad psíquica, que son tan generales y tan poco accidentales como cualquiera otra. Tambien nos parece que debia haber tenido cabida en la primera parte el estudio de la *cebracion inconsciente*, que, en la fisiología mental, es uno de los títulos de gloria del autor.

Podría censurársele tambien no penetrar bastante en el fondo de las dificultades. Afirmar la libertad

porque nos sentimos libres, no basta ante las objeciones que este *dictum* de la conciencia ha levantado. Además, la relación del espíritu con la materia por medio de la fuerza, según el mismo doctor Carpenter, se encuentra muy lejos de estar explicado. Diremos también que es algo caprichoso el retrato que traza de materialistas y espiritualistas. Los materialistas no cortan tanto las dificultades, ni los espiritualistas prescinden tanto de la materia como supone el autor.

En suma, la obra nos parece un excelente y copioso repertorio de hechos y de observaciones. Muchas se deben al mismo Carpenter; otras, como él mismo dice, débense á los datos que muchos sabios han tomado de las obras de Abercrombie, de Holland y de Noble, no muy conocidas de la generalidad. Todos los espíritus curiosos encontrarán allí amplios materiales para la fisiología mental, aunque podrán sentir que la obra no sea más sistemática. Pero el mismo M. Carpenter dice que no pretende que su libro sea un sistema de psicología. «No he podido dedicarle ese trabajo *continuo* del pensamiento que es necesario para la ejecución sistemática de una investigación de esta clase y para la exposición de sus resultados. Retrasar la publicación de esta obra en la esperanza de encontrar un momento más favorable para producirla, hubiese sido, puesto que la vejez llega, perder la facultad de producir. Tal como es, la ofrezco á los que se interesan por el progreso de la ciencia psicológica y están dispuestos á ensanchar el círculo de sus investigaciones, y á los que desean una base definida para la educación intelectual y moral. En todo caso, aliento la esperanza de poder excitar á otros investigadores á entrar en el mismo camino y á llevar á la interpretación científica de los fenómenos psicológicos un conocimiento de la psicología que no poseo, y á hacerlas con espíritu más acostumbrado á abstracciones.»

TH. RIBOT.

(*Revue scientifique.*)

## VICENTE BELLINI.

### VI.

Ya he dicho que Bellini había firmado un contrato por el cual se obligaba á entregar una nueva ópera al director de la Scala de Milan, por la cual debían pagarle 1.000 ducados, prometiéndole por intérpretes á las señoras Meric-Lalande y Ungher, al tenor Reina y á Tamburini. Salió de Génova á fines de Abril y fué á Milan, donde estaba invitado á vivir con una familia amiga suya todo el tiempo que necesitara para escribir su nueva obra.

\* Véanse los números 82 y 83, págs. 468 y 503.

Era esta *La Straniera*, cuyo asunto había tomado Romani de una novela muy á la moda entonces del célebre vizconde d'Arincourt, hoy justamente olvidada. La musa de Bellini se hacía más rebelde á cada momento, según verá el lector por lo que diré enseguida; pero antes quiero demostrar hasta qué punto comprendía la grandeza é importancia del drama musical y el recto y justo sentido con que lo apreciaba. El siguiente fragmento de una carta dirigida á un amigo suyo, mientras que trabajaba en *La Straniera*: nos refiere el secreto de su estética y de su manera de componer:

«*Habiéndome propuesto escribir varias óperas, decía, nunca más de una por año, dedico á ello todos mis esfuerzos. Estoy persuadido de que gran parte del éxito depende de la elección de un tema interesante, del contraste de las pasiones, de la armonía de los versos y del calor de su expresión, no ménos que de los efectos teatrales. Necesitaba ante todo elegir un poeta experimentado en este género y por ello he preferido á Romani, poderoso genio, creado para el drama musical. Cuando ha terminado su trabajo, estudio atentamente el carácter de los personajes, las pasiones que en ellos predominan y los sentimientos de que están animados. Cuando estoy penetrado de todo esto, me pongo en el caso de cada uno de ellos y procuro sentir y expresar eficazmente lo que sienten y expresan. Sabiendo que la música resulta de la variedad de los sonidos y que las pasiones de los hombres se revelan en el lenguaje por tonos diversamente modificados, me esfuerzo con incansable observación en llegar, ayudado por el arte, á la manifestación exacta de estos diversos sentimientos.*

«*Encerrado en mi habitación, empiezo á declamar la parte de cada personaje del drama con todo el calor de la pasión; observo, en cuanto me es posible, las inflexiones de mi voz, la precipitación ó la languidez de expresión en cada circunstancia, y el acento y el tono que la naturaleza da al hombre entregado á las pasiones, y así encuentro los motivos y los ritmos musicales propios para demostrarlas y transmitirlos á otro por medio de la armonía. Lo escribo en el papel, lo ensayo al piano, y cuando yo mismo siento la emoción correspondiente, creo haber acertado. En caso contrario, vuelvo á empezar, hasta que consigo mi objeto...»*

Precisamente cuando acababa *La Straniera* llegó un día en que no pudo poner de acuerdo la inspiración y la razón. Faltábale sólo el aria final de la ópera; pero en vano se sentaba delante del piano, leía, releía y estudiaba los versos de su colaborador; los versos le dejaban frío é incapaz de atraer el pensamiento musical ausente. Sintiendo lo que á la situación convenía, observaba que el poeta se había extraviado, sirviéndole de estorbo en vez de servirle de ayuda. Rogó, pues, á Romani que le cam-

biara la letra de esta aria, quien consintió fácilmente, dándole una nueva y preguntándole si le gustaba.

—No, contestó.

—Pues bien, replicó Romani, te escribiré la tercera.

Pero como ni ésta ni ninguna agradaban á Bellini, sorprendido y despechado su amigo, acabó por decirle:

—Te aseguro que no comprendo tu idea y que no sé lo que quieres.

—¡Lo que yo quiero! exclamó á su vez Bellini animándose; quiero un pensamiento que sea á la vez un ruego, una imprecacion, una amenaza y un delirio.

Y al decir esto acudió al piano, y con febril y atrevida inspiracion intentó hacer comprender á su amigo cuál era su deseo. Romani le miró al pronto estupefacto y se puso á escribir mientras Bellini tocaba. Cuando acabó de tocar se levantó y dijo al poeta:

—Esto es lo que quiero; ¿lo has comprendido ahora?

—Aquí tienes los versos, le contestó Romani. ¿Son los que tú deseas?

Bellini los leyó y se arrojó á los brazos de su amigo lleno de admiracion. La famosa ária *Or sei pago ó ciel tremendo*, estaba hecha.

Representóse por primera vez *La Straniera* con un éxito inmenso el 14 de Febrero de 1829. Los excelentes versos; la música, esencialmente melódica, y rica, sin embargo, en movimientos dramáticos; los impulsos de la pasion, y una ejecucion admirable, justificaban este éxito, fatal para la artista que desempeñaba la principal parte. La señora Meric-Lalande, cantora admirable, pero que, por desgracia suya, y como sucedía á la Malibran, tenía el defecto de cantar siempre con toda la pasion de su alma, fué victima del régimen atroz que Bellini le impuso en esta ópera: obligada á cantar toda la obra en un diapason elevadísimo y en situaciones enérgicas que exigían incesantes esfuerzos, sin encontrar un instante de descanso, la desgraciada mujer luchaba con todas sus fuerzas contra dificultades de vocalizacion, insuperables para cualquiera otra. Triunfó de estas dificultades, y estuvo admirable en la expresion que daba á los sublimes acentos del compositor; pero estos inauditos esfuerzos de todas las noches, acabaron con ella, perdiendo para siempre la voz, y tanto, que al año siguiente, cuando fué á Paris, donde había dejado tan buenos recuerdos, no era ni su sombra y no se la reconocía.

*La Straniera*, sin embargo, seguía atrayendo numeroso concurso al grandioso teatro de la Scala; los periódicos prodigaban unánimemente sus elogios á esta obra, y el gran crítico italiano Carpani escribía lo que sigue acerca de ella:

«Encontrar acordes, cosa es de estudio y de trabajo; pero inventar una melodía nueva es cuestion de genio, y hacerla bella, cuestion de gusto. Ahora bien: Bellini con su *Straniera*, no sólo se ha dado á conocer como gran genio original, sino como artista que ha bebido en las fuentes puras de un gusto delicado y perfecto. Despues del prodigio que se llama *Il Pirata*, nadie esperaba las bellas y frescas melodias que ha puesto en su segunda ópera. *La Straniera* ha agradado y sorprendido, no sólo por la ingeniosa novedad de sus coros, sino tambien por la sombría y dulce melancolia que resplandece desde el principio al fin del drama, penetra en el alma y hace correr las lágrimas... Tal debe ser el objeto de la verdadera música; ó exaltar los sentimientos generosos y patrióticos, ó despertar la más cara y punzante de las pasiones humanas; es decir, el sentimiento del amor hácia una virtud desgraciada, ó hácia un sér privilegiado y sublime. Desde *La Straniera*, la música de Bellini fué popular, resonando en la boca de mil afectuosos admiradores, y recuérdese que Lulli tenía la costumbre de decir que se persuadía de que su música era buena cuando la oía cantar en el Puente Nuevo.»

El triunfo de Bellini fué tal en esta ópera, que los catanienses, sus compatriotas, determinaron darle público testimonio de su admiracion. Catania hizo acuñar en honor de su preclaro hijo una medalla, cuyo anverso reproducía el retrato de Bellini rodeado de las palabras *Vinc, Bellini Catanensis, Musicae Artis Decus*, y el reverso representaba una Minerva de pié con una corona en la mano derecha, y en la izquierda un escudo con las palabras *Meritis quasitam Patria*.

Afortunado como lo fué casi toda su vida, al ménos en lo que se refiere al ejercicio de su arte, recibió Bellini, en cuanto empezó á saberse el éxito de *La Straniera*, nuevas y brillantes proposiciones. La administracion del teatro ducal de Parma le ofreció mil duros por una ópera nueva para dicho coliseo. Aceptó inmediatamente, firmó el contrato, y en el mes de Marzo se trasladó á Parma.

En esta ocasion debía palidecer la estrella de Bellini. Todos los elementos parecía que se conjuraban contra él para hacerle expiar de una vez las alegrías de los pasados triunfos.

Apénas llegado á Parma, un abogado de esta ciudad llamado Luigi Torrigiani, conocido como autor de algunas obras teatrales, le presentó un libreto titulado *Cesare in Egitto*. Sea que el asunto le desagradara, que el drama no le gustase ó que no quisiera separar su imaginacion de la de Romani, cuyo genio poético casaba maravillosamente con el suyo, Bellini rehusó el libreto del abogado parmesano y se puso de acuerdo con su colaborador habitual para

escribir una ópera, cuyo asunto estaba tomado de la *Zaira* de Voltaire.

El resultado primero de este incidente fué enajenar á Bellini muchas voluntades y simpatías en Parma, por considerar su negativa un ultraje al genio poético que tenían. Italia no era entonces una nación fuerte, unida y homogénea, y ninguno de los pequeños Estados que la formaban quería olvidar sus antiguas rivalidades y seculares odios. Por desgracia, á estas mezquinas apreciaciones que hacían de cada parmesano un enemigo personal de Bellini, se reunían una porción de circunstancias desagradables, por medio de las cuales parecía de antemano asegurado el fracaso de la nueva ópera que el compositor iba á entregar al juicio público. La mala fortuna quiso que el poema de *Zaira* fuera precisamente el peor que Romani ha escrito. Bellini no estuvo tampoco inspirado al escribir la partitura, y la ejecución, muy desigual, fué débil en muchas piezas, aunque tomaron parte en ella la señora Meric-Lalande y Lablache, en compañía de la Ceconi, del tenor Trezzini y del baritono Inchindi.

Estrenada *Zaira* en 16 de Mayo de 1829, su resultado fué lo que los italianos llaman un *fiasco*, y no se volvió á hablar más de ella. Engañándose Bellini sobre el valor de su obra, dijo que la había presentado ante un público amaramente inclinado á *sprezzare quell'opera*; pero lo cierto es que suya fué la culpa principal del-desgraciado éxito.

Poco satisfecho del resultado de su permanencia en Parma, volvió en seguida á Milan, donde se encontraba ya en los primeros días de Julio. Los milaneses quisieron volver á oír *Il Pirata*, que, cambiando de teatro, pasando de la Scala á la Canobbiana, tuvo el mismo brillante éxito que anteriormente, recibéndola el público triunfalmente el 16 del mismo mes. Aprovechando el entusiasmo del público, la empresa del teatro tuvo la idea de poner en escena la primera ópera de Bellini *Bianca e Gerardo*, representada el 5 de Setiembre, pero sin grande éxito, á lo que parece, porque este primer ensayo debía parecer frío, después de una obra como *Il Pirata*, que con *La Straniera* habían consolidado la reputación del maestro, cuyo nombre volaba en alas de la fama por toda Italia.

Venecia, que no le conocía, quiso oír al afortunado *Pirata*. Llamaron á Bellini para dirigir los ensayos de su ópera, y verificóse la representación en el teatro de *La Fenice*, en 16 de Enero de 1830. Encontrábase aún en esta ciudad cuando se supo que Paccini, encargado de escribir la ópera *d'obbligo* (1) que cada año se cantaba, no podía cumplir su com-

promiso por hallarse gravemente enfermo. La temporada había avanzado, el tiempo apremiaba, y, desesperado el empresario, no sabía á quién dirigirse para obtener la nueva ópera que los venecianos reclamaban con grande instancia. Ya se había pensado en Bellini, pero sabíase que no se comprometería sin tener todo el tiempo que juzgara necesario para componer la nueva ópera.

De todos modos se le hicieron algunas indicaciones, pero, como se temía, no aceptó la proposición. Algunos amigos que tenía en Venecia le advirtieron que, persistiendo en su negativa, se mostraba poco agradecido á la entusiasta acogida que le habían hecho los venecianos; que éstos reclamaban á gritos una ópera nueva escrita para ellos, que la situación del teatro era desastrosa, y que sólo una buena resolución de su parte podía salvar al empresario de la ruina y á los artistas de una catástrofe. Sus afectuosas instancias triunfaron por fin de los escrúpulos y de las repugnancias de Bellini, que además proyectaba un subterfugio. Su ópera *Zaira*, desaprobada en Parma, no era conocida en Venecia, y resolvió servirse de ella y salvarla del naufragio, aplicando á la nueva partitura algunas de las mejores piezas de aquella. Como de costumbre, pidió á Romani un libreto. Éste no tenía ninguno hecho; pero propuso refundir el que había escrito, *i Capuleti ed i Montechi*, puesto ya en música por Vaccaj, á fin de aplicar las piezas posibles de la infortunada *Zaira*. En un mes hizo la ópera medio nueva, medio refundida, que se estrenó en el teatro *La Fenice* el 11 de Marzo de 1830, siendo sus intérpretes Giuditta Grisi, que estaba entonces en todo el esplendor de su belleza y de su incomparable talento, la Carradori y Bonfigli.

Por primera vez escribió Bellini en esta ópera una parte de contralto, la de *Romeo*, parte muy bien dispuesta. Por lo demás, *i Capuleti ed i Montechi* la recibieron muy bien los venecianos, aunque no sea, ni con mucho, la mejor ópera de Bellini. Las ideas son, por regla general, felices; las melodías abundantes, agradables y siempre distinguidas; hay frases encantadoras, pero se nota falta de inspiración en el músico, sobre todo en las situaciones patéticas. Y tan cierto es lo que decimos, que respecto á la escena capital de la obra, la de la tumba, que constituye el cuarto acto, se ha verificado un hecho completamente nuevo en el teatro. Cuando, muerto Bellini, se quiso representar *i Capuleti* en diversos teatros, los empresarios determinaron suprimir el cuarto acto y reemplazarlo por el de *Romeo è Giuletta* de Vaccaj, que es uno de los más bellos episodios de música dramática que pueden encontrarse. El procedimiento es por lo ménos singular, y no soy partidario de tales arreglos; pero el hecho se ha perpetuado en Italia,

(1) Así se llama en Italia la que cada empresario se compromete á poner en escena en su contrato con la municipalidad, al tomar el teatro y durante la temporada. Esta ópera ha de ser nueva en la ciudad, ó porque se escriba expresamente, ó porque no se haya representado en ella

y cuando la Academia imperial de Música quiso en 1859 poner en escena la ópera de Bellini para el estreno de la señorita Vestvali, se cantó en las condiciones y con la sustitución del cuarto acto de Vaccaj.

El éxito que tuvo en Venecia fué extraordinario, y tanto, que en la noche de la tercera representación, esperado Bellini por el público á la puerta del teatro, fué conducido hasta su casa al son de la música y á la luz de las antorchas.

El rey de Nápoles, Francisco I, le envió entonces la medalla de la Orden del Mérito Civil que había sido fundada pocos meses ántes y de cuya orden acababa de ser nombrado caballero el maestro Zingarelli.

En reconocimiento de la ayuda que le había dado su patria al empezar su carrera, y del afecto que después le había demostrado, quiso dedicar la partitura de *i Capuletti ed è Montechi* á sus conciudadanos, haciéndolo en los siguientes términos:



*A i Catanesi  
che il lontano concittadino  
nel musicale arringo sudante  
d'onorevoli dimostrazioni  
liberali confortavano  
quest' ópera  
sulla Venete scene fortunata  
pegno di grato animo è di fraterno affetto  
consacra.*

VINCENTO BELLINI. (1)

### VII.

Poco tiempo después de la representación de *i Capuletti*, Bellini abandonó Venecia, volviendo de nuevo á Milan, que le atraía siempre como irresistible imán. Había encontrado allí tan buena hospitalidad y obtenido tan grande éxito su *Pirata*, que conservó gran reconocimiento y profundo afecto á la noble ciudad y á sus amables habitantes; pero apenas llegó, vióse acometido de una grave y violenta dolencia intestinal.

Un músico de verdadero mérito que había trabado estrecha amistad con Bellini, Francisco Pollini, pianista muy notable y profesor del Conservatorio de Milan, le llevó á su casa y cuidóle como á hijo. Á pesar de los cuidados, la enfermedad progresaba de un modo terrible, y llegó al extremo de faltar á los médicos la esperanza de salvar al enfermo la existencia, que con razón consideraban los italianos preciosa para ellos, cuando la naturaleza jóven y

vigorosa del artista triunfó de la dolencia, desapareciendo el peligro y estando al poco tiempo el artista en disposición de continuar sus trabajos.

El empresario del teatro Carcano, en Milan, era entonces un hombre inteligente, muy amante del arte, y que hacía los mayores esfuerzos para colocar este teatro á grande altura. Había reunido una compañía de cantores de primer orden, al frente de los cuales se encontraba Rubini y la sublime Pasta. Acababa de firmar un contrato para que Donizetti le escribiese una ópera nueva (*Anna Bolena*), é hizo otro con Bellini, que se comprometió á escribir otra expresamente para él, escogiendo por tema de sus inspiraciones un libreto de Romani, *La Sonámbula*, que este había sacado de un *vaudeville* de Scribe, del mismo título, y cuyo éxito en Paris fué grande.

En la biografía que el abogado Coccentini ha hecho de Bellini encuentro algunos párrafos interesantes acerca de las circunstancias que acompañaron al nacimiento de esta obra adorable, maravillosa inspiración que será siempre la joya más pura y rica de la brillante corona del compositor siciliano. Como estos detalles son de corta extensión y serán leídos con interés, voy á reproducirlos:

«...La familia de la que Bellini podía decir que formaba parte (una familia milanese que había conocido en Génova algunos años ántes) se había retirado á la aldea de Moltrasio en el lago de Como. Naturalmente le invitó á vivir con ella, porque le unía sincero afecto, y porque aquellos excelentes amigos pensaban, con razón, que permaneciendo una larga temporada en sitio tan saludable, desaparecerían hasta los últimos rastros de la enfermedad que había estado á punto de quitarle la vida. Moltrasio está situado á la orilla izquierda del lago, á unas cincuenta millas de Milan, y casi enfrente á la antigua y soberbia aldea de Torno. Inundada de sol, es un paraje famoso por el esplendor del sitio que contribuye á embellecer, como por lo excelente del clima y la pureza del aire que allí se respira. Hay allí un valle magnífico bañado por una cascada que á veces se transforma en torrente y ofrece un espectáculo admirable, contribuyendo á aumentar la salubridad del sitio, donde mantiene constante y deliciosa frescura. El palacio de los condes Lucini Passalacqua se eleva majestuoso en las inmediaciones, presentando con sus jardines, adornados de gigantescos cipreses, jardines que llegan á la misma orilla del lago, un aspecto risueño y encantador, que completa la escena digna de inspirar el genio de un Cláudio de Lorena ó de un Poussin.

Estando prohibido á Bellini los paseos largos por su delicada contestura, agradábale mucho pasar de una á otra orilla del lago, de una á otra quinta, observando las costumbres familiares y los amores

(1) La partitura original de *i Capuletti i Montechi*, con esta dedicatoria de puño y letra de Bellini, se conserva en Catania en la biblioteca de la Universidad de los estudios.

El empresario del teatro «La Fenice» dió á Bellini por esta ópera 1.800 ducados.

*inocentes de las contadini que pueblan aquellos admirables sitios. El día más agradable para él era el sábado, porque los trabajadores que saltan de las fábricas embarcábanse en las lanchas para volver á sus moradas, haciendo resonar el aire con alegres canciones y deliciosas armonías. Sabido es que el sonido de los instrumentos y la suavidad de la voz humana adquieren en el silencio y en la tranquilidad de los campos un encanto inesplicable, y conmueven hasta los ánimos más rebeldes á las dulzuras de la música; júzguese el efecto que producirían en el alma tierna de Bellini. Sentado en una barca y acompañado de la familia con quien vivía, seguía con mirada atenta las evoluciones de los jóvenes aldeanos, y escuchaba sus cantos. Fatigábale á veces el inoportuno ruido de los remos, y entónces mandaba suspender el movimiento, escuchando con mayor placer y como fascinado aquellas expresivas canciones, que estudiaba para reproducir exactamente su carácter natural, sencillo é ingenuo.»*

Se ve, pues, que Bellini acudía á las fuentes vivas de la inspiracion, y que el carácter patético y la sensibilidad natural de sus óperas no puede decirse que nacen de los movimientos de su alma y de que se dejara arrastrar por los impulsos de su imaginacion. Buscando la verdad por todos los medios posibles, se hacia esclavo de ella, teniendo el valor de obligar su inspiracion á obedecerle, lo cual no se han dignado hacer nunca algunos músicos de instruccion más vasta, variada y completa.

ARTURO POUJIN.

(Continuará.)

---

## MISCELÁNEA.

---

Recientemente ha salido de Dortmund el *Walmer Castle* para la bahía de Mgoa, en el Africa austral. A bordo del citado buque iban Mr. Eduardo Young, antiguo compañero de Livingstone en el segundo viaje de este al Zambeze, un médico, un misionero, y varios carpinteros, mecánicos y otros obreros de diferentes oficios, con los útiles necesarios, y dos barcos de rio, uno armado y otro en trozos. El objeto de los expedicionarios es remontar el Zambeze y su afluente el Skire hasta el lago Nyassá de los Moravis, para fundar una colonia apellidada *Livingstone*, en el extremo de la península Mac Lear, situada en dicho lago en el Skire, donde hay un excelente punto. La expedicion remontará el Zambeze y Skire, en el barco que llevan armado, hasta las cataratas que interrumpen el curso de este, junto á las cuales tomarán tierra los viajeros, y conducidas

por ella las piezas del otro barco, lo armarán y botarán, pasadas las cataratas, continuando en él su viaje hasta el punto de su destino y asiento de la futura ciudad, fácil de fortificar, dominadora, por su posicion, del lago y del rio, y asentada en fértil suelo. Si Mr. Young, conocido, y generalmente apreciado en Morenga, capital del Estado indígena, consigue la cesion del terreno y edifica la ciudad, los futuros colonos de la poblacion en proyecto vendrán é irán del lago al mar y viceversa en los dos barcos ántes citados, traficando en frutos del pais, y acaso destruyendo el comercio de esclavos, hoy allí muy extendido.

\*\*\*

La Sociedad italiana de geografia ha resuelto enviar una expedicion científica al interior de Africa para buscar las fuentes del Nilo, y redactado una circular, de cual extractamos lo siguiente:

«El objetivo de la expedicion es la cuenca lacustre del Africa ecuatorial, ya ilustrada por Speke, Grant, Livingstone, Baker y Cameron, que actualmente recorren Stanley por el Sur y Gordon por el Norte.

La expedicion italiana cerrará el sitio que la civilizacion pone en este momento al *Caput Nili*, y marchando de Oriente á Occidente, tropezará con Stanley y Gordon en los lagos del Nilo.

Los expedicionarios saldrán de Berberah, puerto de la costa oriental de Africa, y llegarán á Ankober, capital del reino de Choa, despues de atravesar el desierto de los Somali. Despues por Enarea y Kaffa, Estados cristianos de la Etiopia meridional, se dirigirá á la inmensa y desconocida region de los Gallas, situada al Mediodía de Kaffa, entre este reino y Victoria Nyanza.

La expedicion durará cuatro años y costará 20.000 duros, cuya décima parte ofrece la sociedad promotora, si el resto lo da una suscripcion nacional italiana.

\*\*\*

El doctor aleman Nachtigal ha atravesado una parte de Africa, desde Tripoli hasta Karthum, en el alto Nilo, pasando sin novedad por Ouadai, donde murieron Vogel y Beurmar. El sabio viajero se ocupa actualmente en escribir su viaje, libre de preocupaciones sobre su subsistencia, gracias á la Sociedad geográfica de Berlin, que ha pedido para él al gobierno prusiano, y éste le ha concedido, una pension de 6.000 marcos, unas 7.500 pesetas anuales.

---